

—Ahora se convencerá Vd. de que siempre estamos en Nueva Pompeya con el agua al cuello.

—Como que este hubiera sido el sitio indicado para balneario, no el actual, que no sirve para nada. Mi antecesor no supo aprovechar este puerto natural. ¡Aquí, y no en Mar del Plata, es donde la gente debía bañarse!

FRAY MOCHO

Año IX — Buenos Aires, 3 de febrero de 1920 — Núm. 406

3 de febrero de 1852

En la lenta marcha de los años, llegamos a este 68° aniversario de la histórica batalla de Caseros, no tan grande por las condiciones técnicas militares que la caracterizaron, ni por la masa de sus ejércitos en pugna, aunque sí por el valor de todos los combatientes, como por el alcance sociológico y las consecuencias inmensas del acontecimiento en la organización constitucional de la república. Caseros señala el final de la dominación de los caudillos, la clausura de un ciclo de violencias, de anarquía, de la semibarbarie coronada por el absolutismo de un hombre, Rosas, cuyo influjo, si hoy puede incluirse, a la luz de las modernas investigaciones, en la categoría de los "males necesarios", no lo sería con entera justicia si a un tiempo se le negara el exceso de crueldades inútiles, o la extraña sinceridad y el arcaico patriotismo, alguna vez salvador, de su conducta.

"La caída del tirano" fué, de todos modos, la lógica consecuencia del progreso del país, anheloso de constituirse y hastiado del perpetuo vivir inquieto, cuando los campos ubérrimos de la confederación y la voluntad de sus hijos brindaban frutos de porvenir en el trabajo.

Y así, a pesar de los errores inevitables del día siguiente, de los fermentos de anarquía difíciles de extinguir, de las rivalidades geográficas y humanas en el vasto territorio desierto, fué posible, apenas transcurridos breves años, organizar un gobierno estable sobre la base de la fraternidad de los pueblos argentinos, para siempre unidos en la comunidad indisoluble de la patria.

Círculo vicioso

No es una novedad, y, lo que es peor, no hay manera de decirlo en forma novedosa: la vida es cara. Tampoco hay mérito ninguno en afirmar que de todos los remedios imaginados para contrarrestar la funesta pesadilla, el peor, porque es el único, precisamente opuesto a la finalidad buscada, consiste en el aumento nervioso y reiterado de los sueldos y salarios. Salta a la vista el círculo vicioso: porque el precio de las cosas sube, suben los salarios, y porque los jornales son altos, aumenta el precio de las cosas. ¿A dónde vamos en esta estéril puja? ¿Quién devorará a quién?

La última manifestación de este criterio "económico" acaban de dárnosla los militares, y, naturalmente, los empleados públicos al pedir aumento de sueldos. Ya no se trata, pues, de obreros urgidos por imperiosa necesidad. Ya no es cuestión de proletarios aplastados por la miseria negra y sus atroces consecuencias. Llega ya el turno de las otras clases sociales, que a justo título reclaman también su puesto al sol... de los aumentos. De aquí a poco (si es que no fueron los primeros en "debutar", según el run-run de los menesterosos) los pobrecitos millonarios harán su huelga y reclamarán a grito herido la consideración del mundo para sus tesoros venidos a menos...

No, decididamente, vamos por mal camino. Los jefes y oficiales del ejército y armada, los empleados de la administración pública, los dependientes particulares de todas las categorías podrán conseguir más o menos pronto el anhelado aumento... ¡Y? ¿Qué habrán conseguido con ello, si el mal no reside en la cortedad de sus emolumentos, sino en la galopante disminución del valor adquisitivo de la moneda? En otros tiempos, un peso moneda nacional bastaba para los gastos de la mesa diaria de una familia modesta. Hoy... pero mejor será que evitemos el enfurecimiento legítimo de alguna madre que nos lea, repitiendo una vez más qué valor insignificante e irrisorio representa aquella suma.

Desengañémonos: mientras el estupendo gobierno que en la actualidad rige los destinos del país, no desfrunza el olímpico ceño con que mira nuestros pequeños problemas caseros—sin duda, los más grandes y los únicos que positivamente le incumben—careceremos de perspectivas risueñas en la resurrección económica que todos anhelamos.

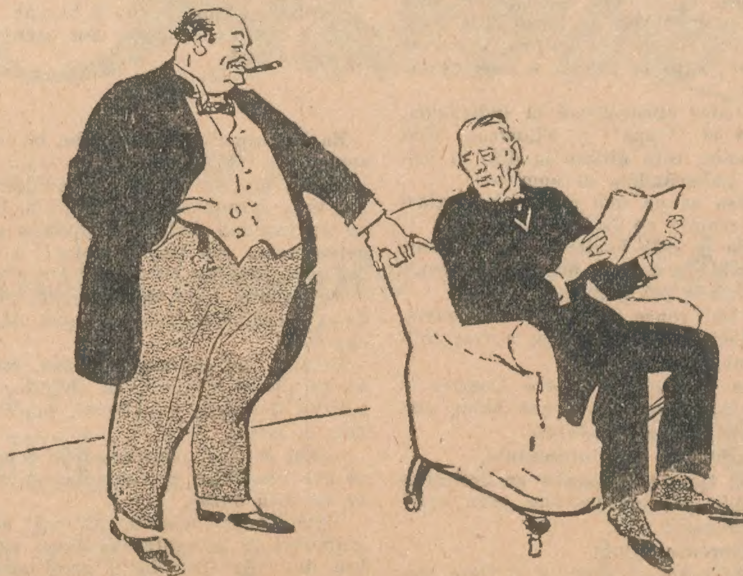
Se ha dicho y repetido hasta el cansancio que el abaratamiento de la vida no es un problema sentimental, ni político, ni mucho menos burocrático: es un problema técnico, abstruso, difícil, si los hay. Y por lo mismo, a nadie se le ha ocurrido confiar en la capacidad científica de los huéspedes de la Casa Rosada, personajes abismados por otro género de meditaciones; ni tampoco se espera gran cosa del Parlamento, siempre apurado, siempre falto de tiempo, y, por definición, siempre enemigo... del número.

En cambio, todo se habría logrado, si, como se procede para construir un barco, para trazar una línea ferroviaria, o para aislar un microbio, se hubiera entregado el asunto a la fiscalización y examen de una junta de técnicos, encargada de investigar las causas y de trazar el camino de la reacción en el huracán de desbarajuste que caracteriza la hora presente.

¿Por qué, pues, el gobierno, si la cosa es clara como la luz del sol, y si le consta categóricamente que él no es médico ni economista, no presta de una vez al país el servicio de nombrar esa junta y se prepara para adoptar sus indicaciones y su programa? ¿Qué tiene que ver la política con esto, y dónde se hallaría el desmedro de su autoridad si así procediera?

Entretanto, el culto del círculo vicioso hace de las suyas...

EL ANILLO DEL ENRIQUECIDO



—¿Qué haría usted si tuviera esto?
—Me compraría un cepillo de uñas.

A mi ciudad nativa

Noble rincón de mis abuelos: nada
como evocar, cruzando callejuelas,
los tiempos de la cruz y de la espada,
del ahumado candil y las pajuelas...

Pues ya pasó, ciudad amurallada,
tu edad de folletín... Las carabelas
se fueron para siempre de tu rada...
—¡Ya no viene el aceite en botijuelas!

Fuiste heroica en los años coloniales,
cuando tus hijos, águilas caudales,
no eran una caterva de vencejos.

Mas hoy, con tu tristeza y desaliño,
bien puedes inspirar ese cariño
que uno le tiene a sus zapatos viejos...

Luis C. LOPEZ.

VIDA SOCIAL



—¡Señor, me sirve toda la sidra y no deja nada para usted!
—No se inquiete por mí... voy a hacerme traer de la fresca.

MONEDA FALSA

por Otto Miguel CIONE

El capitán Bálsamo, más conocido en el pago por "El Querido", era el cacique de todo el partido, la quinta del mulato bravo y mal pegador que se conocía de memoria de hombre.

Eran célebres sus proezas de matón con los gauchos, cuando "me los agarraba cortados", sus bromas sangrientas y sus extravagancias de borracho consuetudinario.

No perdonaba afrenta por leve que fuera, y cumplía su venganza con refinamiento de crueldad, como verdadero y concienzudo artista del crimen.

Interrumpir un baile a ponchazos, acabar con un velorio, hacer bromas fúnebres, alzarse con las muchachas de los pobres paisanos, eran cosas que realizaba todos los días.

En la pulpería se discutía fuerte y firme.

Un "tape" de escasa estatura, lampiño de rostro, vestido de chiripá y chaqueta negra, cubierta la cabeza por un chambergo cuyo barbijo suelto mordía a ratos, decía, acariciando el mango cincelado de un inmenso facón:

—Mirá, Felumeno, vos tenés miedo a "El Querido", porque sos como todos los del pago, pior que garuga... al primer amago de soplo levanta el vuelo...

—Y vos hablás tan suelto e cuerpo porque "El Querido" es tu padrino. Otra cosa es con guitarra, hermano!...

—Aunque fuera mi tata. Yo no l'aguanto pulgas a náides... y cuando me dá la loca... soi pior que carancho pa dejarme caer...

Al llegar a este punto, sintióse que varios caballos se detenían de golpe en la puerta de la pulpería. "Felumeno" asomóse y díjole con sorna a su contrincante:

—Ahí está tu padrino, che...

El capitán Bálsamo entró ruidosamente en el despacho de bebidas, seguido por varios de sus acólitos.

Al ver al ahijado, fuerte arruga surcó su frente, y le dijo con voz airada:

—He sabido, "tape", que andás haciéndote el gallo por estos pagos, y lo qu'es pior, andás mentando a cada vuelta al diablo. No sea que se aparezca redepente y... ¡mucho ojo y cuidao con refalarte conmigo! Ya sabés que donde vuela este gavilán... todos son gallinas...

Al observar que el interpelado hacía mal gesto:

—No torzás la geta, mocoso... Diga: "la bendición, padrino".

El mozo, cohibido y asustado, repitió con voz insegura:

—La bendición, padrino...

—Así me gustan los pollos, dijo riéndose el capitán, agregando después.—¿Qué? ¿No se juega a la taba hoy?... Vamos pal galpón a ber si me les junto la cabeza a esos chambones.

Y todos obedecieron la indicación, menos el "tape" y Filomeno. Una vez solos, este último le dijo al primero palmeándole el hombro:

—Eso es pa que aprendas a alardear cuando no está el cuco.

—Se le está haciendo tierra firme el tembladeral... y que no se descuide. Vamos pal galpón.

—¡Ah! ronca... No te comprometás, hermano... y echóse a reir cínicamente el otro.

Una vez que hubieron llegado al sitio indicado, vieron que había una gran rueda de jugadores.

La jugada era interesante.

"El Querido" estaba en desgracia y había perdido ya una gran suma de dinero...

De pronto dijo:

—Apuesto mi apero y el flete contra cien onzas.

—Pago—contestaron varios de los jugadores.

—A todas las apuestas respondo con mi crédito...

¡Bueno estaba el crédito de "El Querido"!

Con mano nerviosa, cogió la taba el capitán, la tanteó como experto y le hizo voltear con su pericia proverbial.

Describió su parábola, pegó bien en el suelo, dió media vuelta y se plantó dejando a la vista el "lao triste".

—¡Me caigo y me levanto!—rugió "El Querido"—y sacando una pistola la amartilló diciendo:

—¿Quién dice que no es suerte?

Como ninguno de los presentes chistara, el capitán recogió el montón de onzas, las pasó una a una al cinto, y después de haber terminado su obra, agregó a manera de consuelo:

—No se aflijan, muchachos, mañana les daré la revancha. Y observando que la taba había quedado en mala figura, como muda protesta a su acción villana, la recogió con ira y arrojóla fuera de la estancia:

—Al guapo que me la traiga le doy las cien onzas, y guiñó los ojos picarescamente.

Filomeno murmuró al oído del "tape":

—Hay tenés una ocasión pa lucirte... ¡Que no se diga!...

Y el "tape":

—Aura no más la voy a buscar.

—¡A que no se corre esa carrera!

—¿Qué no?

En la pulpería se festejaba la ocurrencia de "El Querido".

Varios de sus acólitos le adulaban con toda franqueza, y el capitán, lleno de vanidad, había obsequiado generosamente con una "vuelta" a todos los presentes.

De pronto, algo de inaudito, algo de extraordinario, pasó en aquel estrecho local.

Delante del capitán Bálsamo, estaba en pie el "tape", su ahijado, en actitud tranquila y valiente, tendiéndole la taba.

—Ahí la tine, padrino—dijo el mozo con voz dulce y tranquila—me debe las cien onzas.

Varias ocurrencias a cual más sanguinarias se le agolparon en el cerebro de "El Querido"; pero quizás impuesto ante la actitud valiente del mozo, optó por ser generoso y le dijo arrojándole el cinto,

—Me gusta el golpe... muchacho, te las has ganao.

El "tape" lo abarajó en el aire, abriólo y contó pausadamente una por una las onzas; después, con arrogancia, como gozando de su triunfo:

—Creo que faltan dos...

—Tenés razón, faltan dos... interrumpió "El Querido", y en menos de lo que canta un gallo, sonaron dos tiros y todos los presentes vieron el cuerpo del "tape" revolcándose en un lago de sangre.

Una voz tranquila, la de "El Querido", dijo:

—Aura está completa la cuenta—y bajando el tono de la voz—no digan a náides que las dos onzas son falsas!... y lanzó una alegre carcajada.

El valor de los cuadros

Nadie puede poner precio al valor de ciertos cuadros célebres, porque la estimación se halla en razón directa de los gustos predominantes.

Hoy son Velázquez, el Greco y Goya las firmas que mejor se cotizan en los mercados mundiales. Mañana pueden ser otras del mismo relieve; pero que en el día no disfrutan del privilegio de la moda o de la manera de ver de esta generación.

El famoso Angelus, *de Francisco Millet, le valió a éste en vida 1.500 francos. Después que Millet murió de hambre, el cuadro fué vendido en cien mil dólares.*

Cuentan de Edgardo Degas que, ya ciego, acudió a tocar con las manos una obra hecha en su juventud, que se acababa de adjudicar en un precio fabuloso, y se sorprendió del escaso espesor de la pasta. Luego, dirigiéndose a la persona que había adquirido la producción, le dijo:

—Os han robado, caballero.

Fernando de SAGUIER.

Perros sagrados

Si la vaca es por excelencia el animal sagrado de los indios, sus vecinos los tibetanos, que son a la vez sus correligionarios, sólo abren el recinto de sus templos a la raza canina.

En todos los templos del Tibet, los sacerdotes crían perros de gran alzada, que, según parece, constituyen una casta especial del país. Los canes son objeto de constantes atenciones, dedicándose a su vigilancia y bienestar muchos lamas.

Cuando la comunidad va al refectorio, reserva para ellos buenos montones de comida, y por un curioso contraste, los lamas tibetanos, que tienen horror al agua, hasta el extremo de pasarse varios años sin lavarse, no dejan un sólo día de bañar a los chuchos en agua perfumada.

Todo ello hace creer que los lamas adquirieron esta costumbre en sus relaciones con la China, donde ciertas razas caninas son objeto de un verdadero culto.

Los barrenos, enemigos de la incubación

Si a cualquiera se le dice que la construcción de una línea férrea puede acarrear consecuencias fatales para la reproducción de una especie animal, es posible que no lo crea, y sin embargo, nada más cierto.

Los campesinos de varios lugares de Pensilvania (Estados Unidos) están desolados porque no se les logra una sola pollada desde que han empezado la explanación de una vía férrea en las cercanías.

La causa de ello se atribuye a las violentas conmociones de los barrenos de dinamita que emplean los operarios para abrir trincheras en las rocas.

La trepidación del suelo mata dentro del huevo a los pavos, gansos, pollos y patos que se están incubando, a muchas millas a la redonda.

Las madres de Southwark (Inglaterra), están obligadas por las autoridades a pesar a sus hijos semanalmente y a dar cuenta del peso al inspector del consejo sanitario.

SIEMPRE "FURBO"...



Repórter oligarca.—Si no fuera indiscreción, ¿podría saberse, doctor, por qué se decidió a cambiar de táctica?
Tintoretto Crotto.—Vea, amigo; si las cosas seguían "Alsina", esto amenazaba convertirse en un "Orfeó Catalá", sin "Emparanza" de arreglo. Más claro, agua...

Liquidación Harrods

No se habla hoy sino de este

Acontecimiento de calidad y precio

SORPRENDE LA LIQUIDACIÓN HARRODS

por los precios excepcionales con que se han remarcado todos los artículos sin excepción.

Más sorpresa causa, al apreciar que son los mismos artículos HARRODS que todo el año ofrece la Casa y que ahora, en razón de nuestra práctica, liquidamos de verdad.

Un asunto de palpitante actualidad:

La LIQUIDACIÓN HARRODS



Harrods



FLORIDA 877
PARAGUAY 554

EL ODIO

por Rafael BARRETT

Hay odios que no son más que amor. Cuando Zola, en el primer arranque de su talento titánico, escribió el famoso artículo "Mes haines", que es una fulmínea imprecación a los imbéciles y a los hipócritas, demostró heroico amor a la ciencia y a la sinceridad. Benvenuto Cellini discutía escultura a puñaladas en las calles de Florencia. Su puñal estaba tan enamorado al defender la belleza, como su cincel al retratarla. Delante de Napoleón no había enemigos que aniquilar, ni aborrecimientos que estrangular, sino problemas que resolver. "Para un espíritu superior—decía el sublime combinador de batallas—no existen más que hechos". Napoleón amaba la guerra sin odiar a nadie. Los grandes ambiciosos, nacidos del pueblo para apoderarse del pueblo, fueron grandes amantes de sí mismos. Su vitalidad desbocada engendró el sueño insolente de la gloria, y con fanatismo profético transfiguraron su destino en leyendas deslumbradoras. ¿Quién cuenta las víctimas anónimas del tirano que funda naciones? Su mano ensangrentada es venerable. Su espada y su látigo son reliquias. Sólo el amor arraiga y procrea.

Los fuertes no pueden odiar. Se odia de abajo a arriba. La salud no odia, y el odio absoluto, la obsesión del mal por el mal, el designio de la destrucción inútil es cosa de enfermos. La lucha por la vida, con todas sus ferocidades, no es más que el santo amor a la vida. De las decepciones que exageró sin soportarlas nuestro cerebro anémico, de las humillaciones merecidas que nuestra cobardía y nuestra debilidad hizo fáciles y no dejó castigadas, se amasa nuestro odio. Los que apenas tienen fuerzas para no ser aplastados las emplean únicamente en odiar, y destilan la última defensa de los organismos inferiores: veneno.

El odio y la corrupción empiezan juntos. "Compadezco al demonio—exclamaba Santa Teresa—porque le está prohibido amar". El amor se queda a la puerta donde el Dante leyó la inscripción terrible. El Infierno es el lugar del odio eterno. Si en los instantes de dolor y de angustia, cuando nos rodean las tinieblas y la maldad humana, somos aún capaces de amar, de combatir sin odio, estamos salvados. Si odiamos, estamos perdidos. Cuando los romanos empezaron a odiarse y a delatarse bajamente, comenzó la agonía de Roma. No eran los emperadores crueles, sino viles los ciudadanos. Llegó un día en que los cristianos odiaron también, y se hicieron católicos. Los instrumentos de tortura que el odio inquisidor imaginó en España asesinaron por segunda vez a Cristo, y Cristo no resucitó. La religión española, deshonrada desde entonces, se ha convertido en un materialismo grosero. Así mueren los cultos, alma de las razas, y así mueren las almas de los hombres. Odiar es obedecer a la muerte.

No es al amor a quien hay que pintar ciego. Es el odio el que no ve ni comprende. Las ideas se aman, y sólo se odian las personas. El odio es mezquino como su objeto. Toda la ilusión del que odia consiste en herir la miserable envoltura ya condenada por leyes fatales a desvanecerse. ¿Cuál será tu triunfo, odio que caminas con los ojos bajos, buscando un arma que se clave, un alfiler que pinche, un pedazo de lodo que manche? Desgarrar unas entrañas: ahí concluye tu obra. El amor las fecunda, y su obra no tiene fin.

Odiamos demasiado. Al despojarse del prestigio que le daban los tradicionales factores históricos, semianulados hoy por la democracia, el odio social se ha desnudado de cuanto lo volvía interesante y casi poético. Ha sido, como tantas otras cosas, reducido a su verdadero tamaño por el positivismo del siglo XIX. Se ha revelado individual, vulgar y monótono. Ha descubierto netamente su repugnante raíz, la envidia, y su procedimiento habitual, la calumnia. De gigante que dislocaba fronteras se mudó en microbio que infecciona el hogar y hace irrespirable la política.

Pero la trágica cuestión económica tornará a organizarlo vastamente. La humanidad se ha dividido en Caín y Abel; el rico y el pobre. Los desniveles de dinero, en vez de producir energía matriz como todos los desniveles mecánicos, producen odio mortal. La estúpida y salvaje dinamita había de ser el verbo de ese odio. El trabajo es un tormento; el afán de libertad, sed de venganza, y el progreso, crimen. Emponzoñada en sus fuentes vivas, la civilización se siente más en peligro que cuando el Asia volcó sobre Europa el mar furioso de sus hordas innumerables.

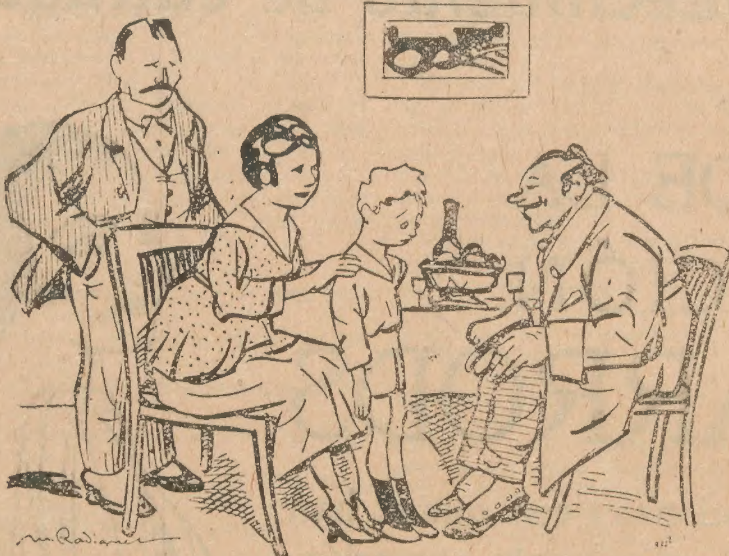
Hasta a la Naturaleza odiamos. Nuestras horrendas construcciones profanan los suaves y profundos paisajes que hubiéramos cantado en otro tiempo. Esclavos del oro, cotizamos los encantos del planeta, explotándolo sin compasión. Nuestra admiración es industrial. Hemos olvidado el virgiliano amor a la tierra madre. No es ya el secular arado quien abre con ternura su vientre para preparar la venida de la simiente misteriosa. Encontramos mayor placer en hendirlo a golpes de explosivo para saquearlo. Y también nos odiará la tierra. Vagaremos hambrientos sobre su seno destrozado y estéril. Temblará de ira formidable, y hará desplomarse nuestras fútiles torres de Babel.

DEL MAL EL MENOS



—Las ostras son muy chicas.
—Sí, señor.
—Además, no parecen frescas.
—Entonces, es una suerte que sean chicas.

EN ESTOS DÍAS DE ORATORIA



—Es muy inteligente, pero todavía no habla.
—Es la más notable señal de inteligencia.

Un precursor de los vegetarianos

Hace ya muchos años, más de sesenta, que el doctor Layet presentó un "hombre hervíboro", como le llamaba la gente de su tiempo, que constituía un caso muy curioso.

Antonio Julián, nacido en Niza, había sufrido tan espantosa miseria en su juventud, que se vió precisado a recurrir a la masticación de hojas y plantas crudas para remediar la insuficiencia del pan que le daban. Pero lo que no fué en un principio sino una especie de adición a su alimento, se convirtió bien pronto en el único objeto de su gusto, y al cabo de algunos meses, Julián no comía ya sino plantas y hierbas, a las que añadía solamente tres o cuatro onzas de pan al día, y un poco de vino, del que podía privarse con suma facilidad. Su estómago se acostumbró sin gran esfuerzo a este régimen particular; la digestión de sus nuevos alimentos se efectuaba con la más perfecta regularidad, y sus fuerzas y salud se desarrollaron de una manera notable.

Pero Julián recibía también sensaciones más o menos agradables cuando comía sus hierbas, lo que le condujo a distribuir éstas en tres categorías distintas. En la primera figuraban la pimpinela, las mielgas, los pámpanos de la cepa, las hojas de la patata, los botones o yemas del roble, las hojas de morera, del rosal, etc. Estas plantas agradaban sobremanera a su paladar. La segunda categoría, que no le hacía experimentar tan superior goce, comprendía los diversos cardos, las hojas de zanahoria silvestre, de los nabos, del hinojo, de la col, de la parietaria, etc., y los tallos tiernos de los cereales. En la tercera división se encontraban las hojas del pino, de la jara, del roble blanco, de la encina, del romero, del olivo, etc. Estas últimas no causaban a nuestro hombre otra satisfacción que la que proviene de una necesidad satisfecha.

Un carácter dulce, bueno y compasivo distinguía a Julián, y sus costumbres eran sencillas y tranquilas, aunque su inteligencia estaba suficientemente desarrollada. Su sueño era reposado y ligero como el de la mayoría de los herbívoros, y el ruido más suave, el más lejano, bastaba para interrumpirle. Su sensibilidad cutánea estaba, por el contrario, muy poco desarrollada; las rozaduras y cortaduras no ocasionaban absolutamente en él los agudos y súbitos dolores que determinan en los demás. Por eso, en razón de esta disposición sensitiva, no sentía el frío, cuando todos los que estaban a su alrededor se quejaban vivamente de los rigores de la estación.

Origen de los amuletos

La palabra amuleto proviene de la voz latina "amuleta", originariamente "amoleta" que, según Vossius, se deriva de "amoliri" (apartar, alejar-.

El Oriente es la patria de los amuletos. Los judíos los conocían con el nombre de "Tothaphoth". Moisés, con objeto de destruir esta superstición de su pueblo, ordenó que se llevasen en la mano o sobre la frente preceptos escritos de la Ley, y que se fijasen en los umbrales de las casas y en los pilares de las puertas, sustituyendo de esta suerte una costumbre moral que a todas horas debía recordar a los israelitas los deberes que tenían que cumplir a una práctica supersticiosa. Pero esta costumbre de llevar escritas en los vestidos sentencias tomadas del Pentateuco, pronto degeneró en una superstición absolutamente semejane a la que Moisés había querido desterrar.

Las mujeres de los judíos llevaban ciertas alhajas que creían eran preservativos poderosos. Entre ellas se contaban las figuras de serpientes de que habla Isaías y que, según la creencia popular, tenían la propiedad de apartar a los malos espíritus y librar de los animales venenosos.

CERVANTES.—Un recuerdo y un juicio

por Juan G. BELTRAN

Cuando en 1904 visité la ciudad de Toledo, al admirar los ricos recuerdos de la civilización árabe que en ella perduran, tuve también oportunidad de conocer un rincón de la villa, donde la memoria del ilustre autor del Quijote ha sido perpetuada.

El puente de Alcántara sobre el Tajo, de estilo gótico, construído en la época de los reyes católicos, conduce a la ciudad de estrechísimas calles accidentadas y por las cuales los borriquillos alzan en árganos la arena del río para las escasas construcciones.

La catedral de Toledo, que fué mezquita y en el siglo XV el cardenal Mendoza la convirtió en catedral, guarda un mosaico de estilos entremezclados: árabe, gótico, renacimiento y churrigueresco; pero, todo ello, de una magnificencia estupenda, entre lo cual descuella una capilla de estilo plateresco, donada por Juan II, que mandó decapitar a don Alvaro de Luna, condestable de Castilla. Allí, cerca la capilla, se halla también la tumba que guarda los restos de don Alvaro y su esposa, y fué construída por su hermano, el cardenal don Pedro de Luna, en 1488, en estilo gótico, imitación de la de San Juan de los Reyes.

En una callejuela próxima, en abierto contraste con ese esplendor del arte, una casucha, casi un cobertizo, miserablemente tenido, ostenta una placa con esta inscripción: "Este fué el mesón del Sevillano, donde, según la tradición y la crítica, escribió "La Ilustre Fregona" el mayor de los ingenios españoles, Don Miguel de Cervantes Saavedra, a cuya buena memoria consagra un recuerdo la gratitud de los toledanos el día 23 de abril de 1872, aniversario CCLVI° de su muerte".

Renové en esa oportunidad mi lectura del "Quijote", y en mis ocupaciones de estudioso turista leí, al mismo tiempo, a Shakespeare, que Carlyle prefería al Imperio de las Indias.

Pienso hoy, con Jaime Brossa, que España, desposeída de su poderío marítimo y colonial, mantiene el cetro indestructible del "Quijote", esa fuerza creadora permanente, "precursora de sí misma", a lo Nietzsche, "tesoro humano que rivaliza con la riqueza contenida en una religión, una filosofía, una moral, porque en él concurre todo esto, y, además, lo que ni la religión, ni la filosofía, ni la moral, son susceptibles de dar de por sí, ni juntas, eso es, la belleza viviente, la emoción producida por el desfile del mundo ante nuestro espíritu atónito. Hijo del entusiasmo, de la fiebre de una mente fecundada con vigor por la realidad tiránica, viene a impresionar a las multitudes esclavas del egoísmo de la voluntad de vivir, señalándoles la inevitable tragedia a que está sometido todo cuanto vive, ama, sufre y muere". Y agrega que ningún novelista ni dramaturgo, desde Voltaire y Rousseau, hasta nuestros días, ha dado al mundo una figura como la de "Don Quijote", síntesis de la poesía del mundo, reflejo del más allá, vida y acción de la belleza.

Las horas del dolor universal tienen en ese poema perenne su trasluz inmanente; la catástrofe actual también lo tiene. El Sanchopancismo, prevalente sobre las quimeras del Hidalgo, parecen hasta haberse trasbordado a ciertos conceptos panamericanistas. Pero la revancha del Romanticismo, que sobrevendrá inevitable, por estar en el vaivén sin términos de la naturaleza humana—y la historia lo prueba—mostrará el valor substantivo de "Don Quijote", para quien "basta forjarnos la ilusión de la verdad, para que ella exista".

El té

Seguir las evoluciones de la hoja de té desde el momento de su recolección hasta aquel en que sirve para confeccionar la aromática bebida, es, en verdad, evocar una serie de imágenes pintorescas y entretenidas.

Contra lo que generalmente se cree, el consumo del té en Europa es muy moderno. Como que las primeras muestras de la hierba de China fueron traídas a Holanda por unos navegantes de dicha nacionalidad, pocos años antes de mediar el siglo XVII: en 1640, según unos autores, y en 1675, al decir de otros.

La China aparecía entonces como un país extraño y fabuloso. Esto unido a las virtudes curativas atribuídas al té, puesto que los doctores de la época lo prescribían nada menos que para veintisiete enfermedades, contribuyó a la rápida boga del nuevo producto. De ser hierba curandera pasó el té muy pronto a bebida de lujo, extendiéndose su consumo desde el país de primera importación al resto de Europa, en particular a los del Norte, donde el oloroso y humeante brebaje combate victoriosamente los efectos de un clima brumoso y triste.

Pero si el té es nuevo en aquellas latitudes, no ocurre lo mismo en el Celeste imperio. Allí remonta su uso a la más remota antigüedad, siendo lo más curioso del caso que, desde tiempo inmemorial, reemplaza al vino en las mesas de aquellas buenas gentes.

El cultivo del té en China está lleno de singularidades dignas de mención. Por el pronto, se encuentran estrechamente reglamentadas la plantación, los cuidados culturales, la recolección, el envase y hasta la preparación de la bebida; no por leyes, disposiciones o costumbres modernas, sino por buen golpe de libros escritos 600 años antes de la era cristiana, por dos venerables bonzos llamados Chin-Nong y Tsang-Ki. Desde tan lejana época no se han infringido una sola vez las disposiciones dictadas por dichos bonzos. El agricultor chino efectúa hoy el cultivo de sus campos de té con los mismos aperos y observando las mismas prácticas que su antecesor, contemporáneo de Confucio.

Las plantaciones más importantes se hallan en la China meridional, sobre todo en el feracísimo valle del Yang-Tse-Kiang. La siembra se lleva a cabo disponiendo los arbustos en largas filas paralelas, eligiéndose para el emplazamiento de la plantación las laderas de las colinas opuestas a los vientos del Norte, perjudiciales en alto grado para la delicada planta que nos ocupa.

Aparecen los primeros brotes en los comienzos de febrero. Son unas ramitas de un color verde pálido, aterciopeladas, ligeramente viscosas y de tamaño que no excede de un centímetro. Estas hojas son recolectadas sin pérdida de tiempo, rodeando la operación, de los cuidados más exquisitos, con las precauciones más extremadas. Es casi, casi, una ceremonia sagrada, la que realizan entonces los labradores chinos, y esto porque el té de la primera cosecha, que es el más fino, el de perfume más delicado, y el de sabor más exquisito, correspondía exclusivamente al emperador, a la familia del "Hijo del Cielo" y a los grandes mandarines.

Los indígenas encargados de la recolección, se abstienen, durante las tres semanas anteriores a la misma, de comer pescado y ciertos manjares considerados impuros. Mientras duran los trabajos, están obligados los obreros a bañarse dos o tres veces al día, y además, a coger las ramitas del té, cubiertas las manos por grueso guante.

A los dos meses de efectuada esta peligrosa cosecha se empiezan a hacer ya las recolecciones del té destinado al consumo público, continuándose así hasta junio, en que se verifica la última, y que es de calidad inferior.

Inmediatamente de desechadas las hojas, dan principio las largas y complicadas operaciones del desecado al sol, del prensado (a mano o en artefactos pesados y viejísimos) a fin de extraer del té ciertos productos que comunicarían a la bebida un gusto acre y desagradabilísimo, de la fermentación al aire libre, y, por último, del tostado. Esta última, y de la que depende en gran parte el buen gusto del te, se efectúa por el sistema primitivo de la sartén y el fuego lento, estando el secreto en que el tostado no exceda de ciertos límites, con objeto de evitar que la planta adquiera un amargor desagradable.

EN EL GARAGE

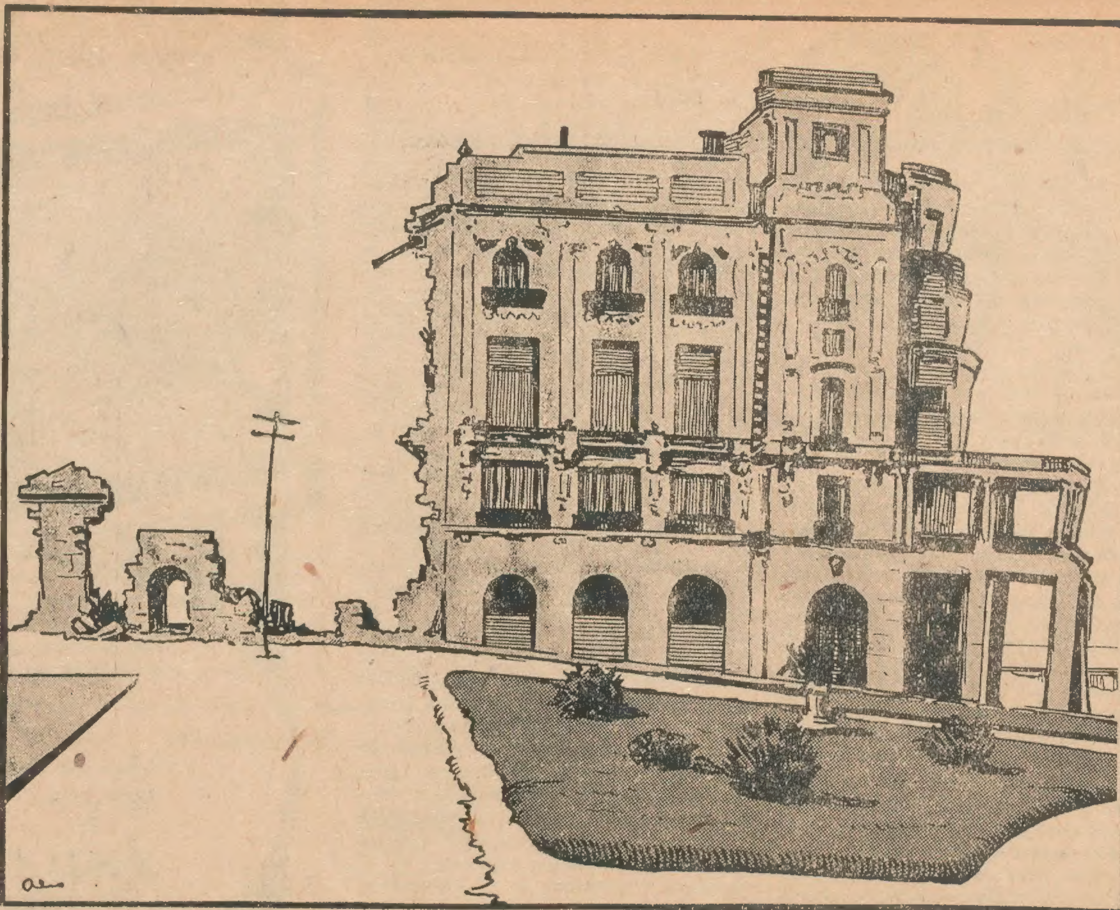


—¡Y otra vez que le diga a un cliente lo que debe hacer para evitar que se descomponga el motor, se va inmediatamente de la casa! Esta no es una academia de chauffeurs.

Mar del Plata humorístico



En el muelle de pesca.—Un ''as''



El Club

Te danzante en el Club.

Dib. de B. Alió.

DE LAS MEMORIAS DE JULIA

por José M. BRAÑA

Yo odio a mi padre. Le odio tanto como amo a mi madre. El lo sabe y en venganza simula odiarme... Odiarme profundamente. Mi madre no sabe de esto ni una palabra; no se lo imagina siquiera... ¡Si lo supiera! ¡Si supiera por qué nos odiamos! Pero no lo sabrá nunca... Yo no le revelaré jamás este secreto mío, que es muy inmoral, muy amargo. Este secreto mío, el día que dejase de ser secreto, sería un veneno para mi madre, un puñal para mí y un gran remordimiento para mi padre.

Mi madre es una santa. Honesta, laboriosa, discreta, diríase que es una excepción. Ella me adora y yo, a mi vez, la venero. Mi madre constituye mi orgullo, mi gran orgullo... Lo digo porque otras, muchas, casi todas las madres son la mayor vergüenza de sus hijos... Ella no debe tampoco estar descontenta de mí; sabe cuánto la quiero, cuánto la respeto y que la obedezco gustosa en todo. Mi padre, en cambio... mi padre, para mí, no es hoy el mismo de ayer; para mi madre, sin embargo, siempre es el mismo, un hombre prosaico, bonachón, inactivo, en una palabra, ¡un hombre sin voluntad ni espíritu!

A mi madre, tan activa, tan dispuesta y tan escrupulosa, este modo de ser de mi padre la exaspera de continuo; pero jamás pelean; él no quiere peleas, si él quisiera... Pero él no quiere, y no quiere porque no sabría defenderse... Más claro aún; por no molestarse en defenderse.

Y así han vivido veinte años, y así vivirán hasta que la muerte les separe para siempre...

Si mucho le amó y le ama mi madre, estoy convencida de haberle amado yo mucho más que ella... ¡Estoy segura de haberle amado como *deben* amar los hijos! El me amó a mí también con amor de padre, con amor santo, con amor... Porque su delito, su crimen no pudo ser la obra de un loco, no pudo ser perversidad, no pudo ser indiferencia... Su delito, su crimen, debió ser, fué, mejor dicho, un exceso de amor...

Yo me sabía hermosa... Yo sabía que mi padre me adoraba y me admiraba, yo sabía que, en la calle, yendo a su lado, las flores que los mozos me brindaban, lo enorgullecían primero y le exasperaban después. Le enorgullecían por saberse mi padre, mi dueño, mi creador... Le exasperaban por... yo no sabía ciertamente por qué, pero creí adivinarlo. Le exasperaban porque sabiéndose creador y dueño de mis bellezas, mis bellezas eran fruto prohibido para él. El, precisamente porque era el creador y el dueño de ellas, debía respetarlas más, muchísimo más que todos los demás hombres... Y esto que—a mi juicio—le pasaba a mi padre, estoy casi convencida que debe pasarles a todos los demás padres... ¿Qué padre puede ser feliz junto a una hija hermosa, coqueta, incitante, que—por saberle su padre—se le brinda confiada?... ¿Qué padre puede ser feliz, repito, junto a una hija que le ofrece los labios para que se los bese y el cuerpo para que se lo abrace?... Yo no concibo que una niña, luego de cumplidos los diez años deba besar a su padre ni dejarse besar por él. Esto tampoco lo concibo en una madre con respecto a un hijo... Es inmoral; es el colmo de la inmoralidad...

Y, sin embargo, yo, entonces, lo hallaba natural. Besaba y abrazaba a mi padre con la misma efusión que lo hacía él, y, sin embargo, si alguna vez, estando yo vistiéndome, entraba él en mi cuarto, confieso que me ruborizaba sobremanera... Estoy segura que un desconocido jamás me hubiera ruborizado tanto... Y ahora digo yo: ¿Por qué me ruborizaba el hecho de que mi padre me hallase a medio vestir? Siendo él mi dueño, mi creador, ¿no tenía legítimos derechos para contemplar y extasiarse contemplando su obra de bellezas? Yo creo que sí, y a pesar de todo... Es muy natural, pero es muy inmoral...

Ahora bien; he dicho al principio que odio a mi padre y quiero dejar fundado mi odio. Jamás me hubiese llevado a este extremo el hecho de que me hubiese maltratado o se hubiese rebelado a satisfacer el más caro de mis caprichos; no; nada me hubiera transformado, pero...

Una mañana, de regreso de un baile, al que había concurrido acompañada de mi madre, mientras dormíamos las dos, es decir, mientras dormía ella, y yo—en mi cama—apretaba los ojos ganosa de dormirme, mi padre, que había dormido toda la noche y ya se había levantado, se introdujo en mi cuarto de puntillas y se detuvo a los pies de mi cama a contemplarme... Yo le sentí entrar y me hice la dormida... Mirándole a hurtadillas le ví deleitarse, engreído, satisfecho y avaro de su obra de bellezas... Y sentí miedo, un miedo horrible, un miedo que yo creo que paralizó mis miembros y ahogó los gritos en mi garganta... ¡Qué ojos tenía mi padre aquella mañana, contemplándome!...

Y ansiosa, sin embargo, esperé inmóvil...

Mi padre, en aquel momento, se me antojó un bandido. Me miraba y miraba a su alrededor como para convencerse de que no le espiaban ni le veían... Era un ladrón mi padre, y yo, su hija, era la joya, el objeto que quería robar...

Y en mi terror le ví acercarse más, palpar las sábanas, mirar nuevamente en torno suyo, y levantarlas por fin... Abrí yo entonces los ojos y sin moverme clavé en sus ojos de fiera mis ojos reprochadores, mis ojos justicieros...

Sostuvo él un momento la mirada de mis ojos y en seguida, de puntillas, salió... Luego; no sé más... Atontada, aterrada, debí dormirme...

Cuando al dar las doce me levanté me pareció un sueño todo lo que me había sucedido... pero no era un sueño... no era un sueño, desgraciadamente... mi rostro conservaba aún las huellas de mi terror...

Al salir al patio, con quien primero tropecé fué con mi padre... Yo no hubiera querido encontrarme con él, pero... Ya no tenía remedio... Le di los buenos días—procurando aparecer serena—y el infame no me contestó... Si me hubiese contestado le habría perdonado...

Desde entonces mi padre y yo nos odiamos; pero mi odio es superior al suyo y es porque mi odio tiene un fundamento... ¡Mi odio es una justicia!...

El baño en el harén

El secreto del harén del sultán de Turquía, que tan cuidadosamente se guardaba desde hace siglos, ha dejado de serlo, gracias a una periodista decidida, que ha logrado penetrar en él.

Dice la curiosa viajera, que el baño es el único recreo que el gran turco concede a sus mujeres.

La primera habitación que se encuentra al entrar en la parte del harén destinada a este servicio, es el ropero donde las mujeres se desnudan vigiladas o presididas por una que a la vez se encarga de recoger y guardar las joyas que la entregan. Cada vez que entra una dama en el baño, la saluda con estas palabras: "Espero que saldréis complacida".

En el aposento contiguo, a lo largo de las paredes, hay camas bajas y en el centro un reloj, una estufa destapada, llamada "mangal", que sirve para conservar la temperatura conveniente y para perfumar el salón.

El baño es de mármol blanco y contiene agua perfumada, en la cual se sumergen las bañistas y juegan como los niños en la playa. Acabado el baño se someten a un tratamiento con jabón común y luego a un masaje cuyas propiedades refrescantes y vivificadoras son de todos conocidas, y para terminar, se sirve a cada mujer una taza de café que se saca de una gran caldera de bronce.

La resistencia de los renos

Son verdaderamente asombrosas la fuerza y la resistencia de un par de renos enganchados a tronco. Aunque su peso es próximamente de doscientos kilos, arrastran a gran velocidad un trineo con trescientos kilos de carga, haciendo en un solo día recorridos de sesenta, ciento y hasta ciento cincuenta kilómetros y a sus extraordinarias facultades, se añade la de que, por tener las pezuñas muy anchas, no se hunden en la nieve.

El servicio de correos más septentrional del mundo lo hacen trineos tirados por troncos de renos que llevan correspondencia y viajeros desde Kotzebue a Poin Barrou (Alaska), recorriendo mil doscientos kilómetros.

Los renos ofrecen la inmensa ventaja de no tener que preocuparse el conductor de darles piensos, pues en soltándolos en algún punto de parada o al finalizar el viaje, ellos escarban la nieve y buscan el musgo blanco que les sirve de alimento.

Palabra de honor

El abogado dijo a la parte acusada:

—Mi cliente desea, ante todo, obtener su palabra de honor de que jamás volverá a ofenderle.

—Muy bien, estoy de acuerdo: tiene mi palabra de honor de que jamás volveré a ofenderle.

—Con la condición — agregó el abogado — de que si usted falta a su palabra, le pagará cinco mil pesos.

—¡Ah!, no, — protestó la parte acusada — ¡eso es inadmisible! ¡Es robarme la plata!

PUNTO DE VISTA



El pato.—¡Qué lindo tiempo! Por fin tenemos una inundación.

Los peces que vuelan

En el mundo hay muchos más animales voladores que no voladores. La mayor parte de los insectos vuelan, y los insectos son mucho más numerosos que todos los demás animales juntos; y además, las aves, cuyo principal carácter es la adaptación para el vuelo, están en mayor número que todos los otros vertebrados terrestres.

Pero a más de esto, en otros grupos zoológicos encuéntranse también especies que disfrutan de la facultad de volar. Entre ellos suelen incluirse los llamados peces voladores, animales verdaderamente notables, puesto que siendo por naturaleza seres acuáticos, no sólo pueden salir del agua, sino también surcar el aire casi como las aves.

Los naturalistas distinguen varias especies de peces de esta clase. Todas ellas están provistas de aletas pectorales muy grandes, y cuando salen fuera del agua, se les ve moverlas rápidamente, como si fuesen las alas de un enorme insecto. Todos estos peces viven en el mar; solamente el explorador francés, Savorgnan de Brazza, ha encontrado un pequeño pez volante en los ríos del Congo francés. En el Mediterráneo y en el Atlántico abunda mucho el pez volador llamado triglagolondrina, que se parece mucho a la gallineta o trigla común, pero tiene las pectorales muy desarrolladas. Rara vez se les ve nadando, pues cuando no vuelan, bajan al fondo, especialmente si éste es poco profundo, y andan por la arena, valiéndose de sus aletas ventrales como de patas, mientras con las pectorales arañan el suelo para poner al descubierto los pequeños crustáceos de los cuales se alimentan.

Pero aunque la profundidad no sea mucha y el agua esté tranquila y transparente, no se crean que es cosa fácil ver a las triglas ocupadas en esta operación. En efecto, este pez, a semejanza del camaleón, cambia de colores. Generalmente, sus escamas son pardas en el lomo y sonrosadas en los flancos, con manchas de un verde dorado; pero estos matices pueden obscurecerse o palidecer de tal manera, que fácilmente se confunden con las algas o con la arena del fondo del mar.

Otra rareza de la trigla volante consiste en que es uno de los peces que tienen voz. Cuando se le molesta o en el momento de salir del agua, emite un gruñido especial, bastante fuerte, que produce el animalito, no con la garganta, sino con la vejiga natatoria; pero además de este sonido, puede emitir otro mucho más curioso que hasta cierto punto recuerda el canto estridente de una langosta o de una chicharra. El instrumento con que la produce es el cráneo. La trigla puede mover a voluntad cierto hueso de la cara, que rascando contra la mandíbula inferior da el expresado sonido.

No es sólo en esto en lo que tales peces recuerdan a los insectos. Cuando saltan fuera del agua y se elevan un tanto en el aire, vibrándoles rápidamente las alas hasta que se hunden de nuevo en las olas, su vuelo semeja el de un enorme saltamontes, de esos que no vuelan a largas distancias.

La violencia con que las triglas avanzan en el aire es extraordinaria. Se ha dado el caso de que una de ellas, pasando sobre la cubierta de un barco, tropezase contra la frente de un marinero, el cual cayó inmediatamente sin sentido. Lo peligroso de estos choques se debe especialmente a que la cabeza de las triglas está revestida de una especie de armadura ósea, tan dura, que puede resistir una descarga de perdigones.

Otro pez que vuela es el vulgarmente llamado "arenque volador", el cual, aparte de sus enormes aletas, tiene efectivamente, bastante parecido con un arenque orinario. Al igual de éste, es también comestible, y en las costas de los Estados Unidos se le persigue para emplearlo en este sentido.

Según parece, estos peces voladores van periódicamente a desovar en el Mar de los Sargazos, y también crían muchos en las islas Chinchas. Cuando son jóvenes no pueden volar; reunidos en bandadas innumerables, pululan entre las algas y entre las rocas, procurando no salir al mar libre para no ser presa de sus innumerables enemigos.

A pesar de que las costumbres de los peces voladores son bastante conocidas, aun discuten los zoólogos sobre si tales animalitos vuelan o no. La cuestión, sin embargo, puede hoy considerarse como resuelta.

Los hechos prueban que estos peces no vuelan, en el verdadero sentido de la palabra. Lo que hacen es saltar oblicuamente fuera del agua, y una vez en el aire, lo ancho de sus aletas, que hacen las veces de paracaídas, les permite sostenerse en él algún tiempo antes de caer de nuevo. A diferencia de las aves, de los insectos y de los murciélagos, no pueden cambiar de dirección cuando se encuentran en el aire, ni tampoco se les ve agitar las alas. Estas presentan a veces un movimiento vibratorio, pero es debido solamente al choque con el aire. El viento influye también en el vuelo de estos peces. Siempre vuelan en la misma dirección de aquél, o en la contraria, pero nunca cortándolo. Si el viento da a uno de ellos de costado, lo desvía inmediatamente de su dirección primitiva.

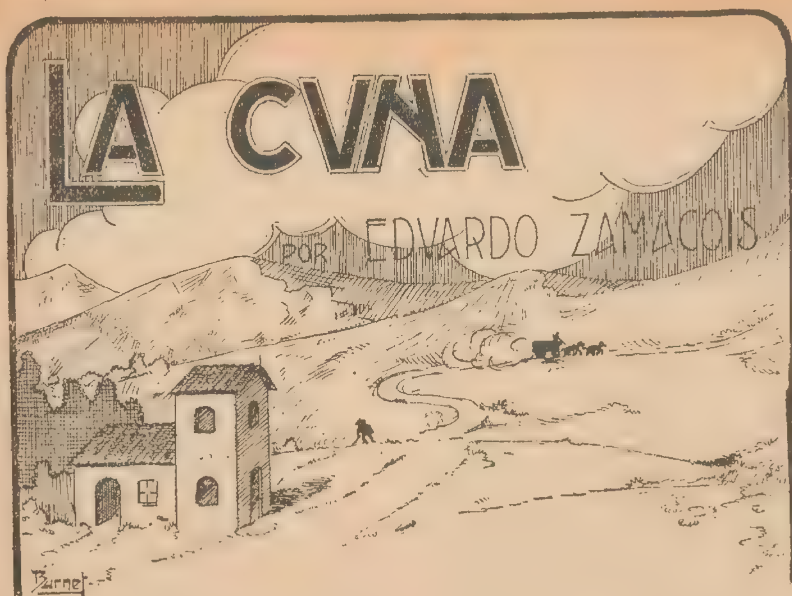
La piel de los peces

Según M. C. Judson Herrick, en la piel de los peces se encuentran varios órganos sensitivos. En primer lugar, figuran los del sistema cutáneo general, que consisten en terminaciones nerviosas repartidas por casi toda la piel y son homólogas de las terminaciones nerviosas de la piel de todos los vertebrados: es decir, son los nervios del tacto.

Encuéntranse también los órganos del sistema acústico-lateral, órganos sensitivos especiales con células provistas de una prolongación o de un pelo. Estos órganos están distribuidos por diversas partes de la superficie cutánea en líneas bastante regulares.

El oído interno no pasa de ser una parte localizada y especializada de este sistema, pues el órgano auditivo es sólo un perfeccionamiento, localizado y más complicado, de órganos elementales que originariamente se hallaban repartidos por toda la piel.

Existe, por último, una serie de órganos periféricos que sólo tienen ciertos peces ganoideos y teleósteos, y que constituyen los órganos del gusto; pero en otras especies más perfeccionadas, dichos órganos están todos en el interior de la boca.



El viaje a Pinar del Río brindó a mi espíritu andariego, cerciorado poco a poco, y bien a pesar suyo, de la monotonía universal de las cosas, "una emoción nueva", un amor recóndito, sutil, de inefable dulzura: el amor "al nido", a "la patria chica", al terruño preferido y empujado hacia las capas primeras de la conciencia por el flujo de impresiones del vivir errante.

"Aquí nací—piensa el "revenant", —esta luz, estos ruidos campestres que ahora me circundan; iguales son a los que llenaron las horas de aquel día. ¿Es posible? ¿habrán influenciado tales pormenores en lo que luego he sido...?

Y emboza la pregunta como una acusación.

Me acompañaron en este exquisito viaje "al pasado" los poetas José María Collantes y Guillermo de Montegú, el profesor de literatura González Alcorta, Ricardo Cuevas, Pepe Lastra, el fotógrafo Segovia y otros buenos amigos.

Salimos de la ciudad al romper el día; la mañana era hermosa; el campo, vestido de un joyante verdor tropical, ondulaba mansamente, como desperezándose bajo el cielo añilado donde las palmeras erectas, el trono plateado por el sol, abrían la elegancia suprema de sus ramas implorantes; cantaban los gallos sultanes junto a los bohíos, que alzaban sobre la sinfonía luminosa del paisaje su techumbre puntiaguda de guano, y en el silencio augusto de la vega, a lo largo de los campos serpeantes, sembrados de baches, nuestros coches rodaban con un metálico vibrar de correajes y de herraduras. Desde sus pescantes, los mayorales excitaban con gritos el brío del ganado; los látigos, manejados hábilmente, mosqueaban el lomo sudoroso de las cabalgaduras, describiendo en el aire rúbricas restallantes y graciosas.

A derecha e izquierda, el campo pinareño devanaba perspectivas ubérrimas: a veces eran manojales lozanos de un verde lujuriante, comparable sólo a la vegetación senegalesa; otras, altozanos abruptos por cuyos flancos de esmeralda la blancura del granito insinuaba arrugas crueles; esa interesante sábana criolla color del oro, sobre la cual el viento resbala infatigable, como una mano amante por una cabellera de mujer. Los fambroyanes, los laureles, los mangos, recios y copudos como ejemplares de alguna selva druídica; las ceibas solitarias, islotes de verdura, aparecían en la llanura amarillenta; y al fondo, cerrando el horizonte, cual suspendidos entre la sábana teñida de sol y el espacio azul, bosques inacabables de palmeras; el árbol lírico incomparable, lleno de aristocracia y melancolía que, semejante a una aguja gótica, levanta en los campos de Cuba el símbolo triste, y ardiente, del alma nacional.

Dos horas próximamente eran transcurridas desde que salimos de Pinar del Río; "la cuna" iba acercándose y yo experimentaba un desasosiego hondo y tan raro, que para explicarlo imagino necesario inventar palabras nuevas. Era una alegría, también era una angustia... Y empeoró mi congoja cuando varios brazos amigos, tendidos vehementes en la misma dirección, me señalaron muy lejos una casita minúscula, a la vez coquetona y humilde, bajo su techumbre de tejas. ¡Allá fué!...

En una vuelta del camino, los coches se detuvieron; un hombrecillo nos salió al paso; venía a saludarme; su gesto era indeciso; no sabía si darme la mano ceremoniosamente o, como a hermano, echarme los brazos al cuello.

—Soy Máximo Domínguez...—dijo.

Nos abrazamos estrechamente. ¡Máximo!... Su nombre, tantas veces repetido por mis padres alrededor de la mesa familiar, era mi infancia, los primeros cinco años de mi vida, que volvían a mí. El, como yo, lleva en la cabeza muchos hilos de plata. No importa. Nos tuteamos. Nuestras historias son paralelas. ¡Máximo! ¿Cómo, a pesar de haber envejecido tan separados, nuestras almas pudieron seguir viviendo tan juntas?

Cuando llegamos a la finca, ya el sol está muy alto; empieza a sentirse el bochorno de la siesta; quema el aire, y los párpados se contraen sobre las pupilas cegadas por la insolente reverberación del cielo y del campo. No hay brisa. En la impoluta limpidez añil del espacio, las ceibas inmóviles pintadas parecen; amustiadas por el calor, las palmeras ofrecen una languidez nueva; únicamente no palidece bajo la luz del verdor de los mangos, y algo religioso que late en su gran sombra fresca.

Los coches hacen alto en un pequeño "batey" o jardín tendido ante la casa vivienda, y los excursionistas echan pie a tierra. Lázaro Báez, el arrendatario de la finca, y su esposa Petra Domínguez, salen a recibirnos. Manos cordiales, sinceras, manos que no han mentido, estrechan las mías. La esposa exclama:

—Hoy de madrugada, a mi marido se lo dijo una gallina; cantó como gallo, lo que anuncia algo extraordinario... malo o bueno... en el transcurso del día.

Y hay en esta afirmación, que hace sonreir a mis amigos, olor a campo, sencillez de leyenda.

Callado, devotamente poseído de la extraña unción, como en un santuario, penetro en la casa. Máximo va delante. La vivienda es modestísima; yo la soñaba más grande; el suelo es de tierra, y las ventanas azules se recortan con franca alegría en las paredes de tablas, pintadas ingenuamente de color rosa. Máximo asegura que la casa resistió valerosamente cuantos ciclones pasaron ¡muchos!, y que en su interior nada ha cambiado. Me muestra ciertos detalles: el dormitorio donde yo nací; la puerta en que mi padre, anualmente, marcó por cinco veces, con un cortaplumas, los progresos de mi estatura...

A cada rato, Máximo pregunta:

—¿No te acuerdas?...

El, sí, lo recuerda todo... ¡Ah!... Pero Máximo es mayor que yo; él no se ha movido de allí; para su espíritu, la juventud más que una rectificación fué la confirmación de su infancia. Mi alma, en cambio, yace dormida; todos mis esfuerzos de evocación fracasan; ni aquellas paredes, ni aquellas puertas por las que entré y salí de niño tantas veces, ni aquellos árboles que me dieron su sombra, dicen nada a mi memoria ingrata. ¡Casa que abrigaste la mocedad de mis padres, casa donde mis ojos recibieron la maravilla de la primera luz!... ¿Cómo guardas hoy tan poco calor para mí?...

Comencé a sufrir una gran decepción; aquel viaje, tan ardientemente deseado, iba a ser baldío.

Volvimos al "batey" y, unidos a los otros excursionistas, visitamos el potrero, la laguna, las casas de huano y madera, destinadas a la conservación del tabaco... Entretanto, en los negros limbos de lo inconsciente, la voluntad y la memoria dragaban a porfía, batallando por reconstruir el pasado. Y lo consiguieron, aunque de suerte incompleta y somera. Al bajar por una cañada hacia el río, el quejido chirriante, inconfundible, áspero como un frotamiento de la arena bajo mis pies, trajo a mi ánimo la imagen neta, diáfana, de que por allí mismo pasé muchas veces siendo niño. ¡Oh, el ruido de la arena! Instantáneamente todo lo vi: los árboles, el río, los ribazos agrestes de la cañada sobre cuyo fondo arenoso las ruedas de las carretas dejaban cicatrices donde mi diminuta personilla se hundía hasta la cintura.

Aquella impresión insólita sirvió de preparación o aparejo a otras: de regreso a la casa rememoré, por ejemplo, que a la izquierda estaba el dormitorio de mi abuela, y sobre la puerta de su habitación, en la sala, había un reloj. Me acordé también del cuarto donde mi madre y yo dormíamos, y de los terrores horribles, terrores de histeria, que allí pasé, examinando una edición ilustrada de "Las mil y una noches".

Delicadamente, las paredes tornábanse expresivas, y los viejos recuerdos, poco a poco, semejantes a perros sumisos, parecían ponerse de pie y salirme al encuentro. A mi lado, Máximo Domínguez hablaba sin cesar; y en el curso de su conversación, a cada momento, ese "¿te acuerdas?"..., suplicio de la memoria, menudeaba como un estribillo de locura. ¡Admirable Máximo! Es pequeño, delgado, lleno de simpática emotividad tropical; ciñe el clásico macete de los guajiros, y bajo la guayabera, asoma bravucón el mango de un cuchillo; un bigote mosquetero y la mosca que sombrea su labio inferior, dan a su rostro largo, tostado por el sol, una expresión velazqueña, genuinamente española, de retrato antiguo. Tiene la nariz aquilina, grandes y separadas del cráneo las orejas, los ojuelos pardos, astutos y honrados.

Yo lo observaba todo, poniendo en cada mirada un gran amor triste. ¡La cuna!... Allí, con el primer juguete, corrió por mis labios la primera risa, y con el primer azote que me dieron, recibí la primera noción de dolor y de injusticia; allí pasaron mis padres sus años floridos y ya nada o muy poco queda de su esfuerzo; y ellos morirán, y moriré yo... y la casita de ventanas azules y paredes rosadas, continuará en pie, ¿y luego?...

A mediodía, en el portal, ante la luminosidad rabiosa del "batey", bañado en sol, se sirvió el almuerzo. Reuniéronse alrededor de la mesa más de veinte comensales. Corrió el vino y el buen humor criollo. Durante la comida, varios mozos de color, servidores de la finca, cantaron guajiras, y en un acordeón, y con recio acompañamiento de taburetes, claveles y güiros, tocaron aires de "danzón" y de "rumba". En la quietud de la vega, sólo se oía aquel ruido. El paisaje reverberante vibrando al unísono, componía una estrofa magnífica; todo rimaba en él: la llanura soleada; el desmayo cristiano de las palmeras; la languidez árabe, languidez de voluptuosidad y melancolía de las tonadillas populares, con sus cadencias largas y ardientes; el chirriar de una carreta, a lo lejos; el sueño del agua bajo el tórrido bochorno africano de la tarde...

Con los postres llegaron los brindis, y en los ojos de muchos comensales hubo lágrimas generosas que recibí una a una en el corazón...

Tramontaba el sol cuando emprendimos el regreso a Pinar del Río; era preciso. Brincan los coches por las desigualdades del camino, dejando tras sí una nube dorada de polvo; estrépito de campanillas, de correajes y metálico tabletear de herraduras; gritan los cocheros enardeciendo el ganado para que ataque una pendiente; restallan los látigos. La casita rosada de ventanas azules y techumbre bermeja va quedando atrás y por instantes parece más pequeña; desde el portal, muchos pañuelos dicen adiós.

Máximo viene conmigo; ha querido acompañarme un poco más. Pregunta emocionado:

—¿Cuándo volveremos a vernos?

—Pronto—respondo.

—No lo creo; cuando seamos viejos,

EN LA EDAD DE PIEDRA



—¡Qué bonita cadena de reloj llevas!
—¿De reloj? ¡Idiota, no ves que todavía no se han inventado los relojes!

quizás; dentro de otros treinta años.

De pronto, el dolor de la despedida le oprime la garganta, se le sube a los ojos; él no tiene, como yo, la triste costumbre de ver pasar las cosas...

Temeroso de que le vean llorar, ordena bruscamente detener el coche y echa pie a tierra; le imito y nos abrazamos; y yo siento alrededor de la cintura su abrazo sincero, desgarrador, violento como una convulsión. En seguida, sin saludar a nadie, emprende el regreso a la finca; va deprisa, la cabeza caída sobre el pecho, los brazos colgantes...

Los coches reanudan su marcha. ¡Pobre Máximo! ¿Hasta cuándo, ahora?...

Me vuelvo a mirarle; su cuerpecillo pequeño, delgado, coronado por las anchas alas del jipijapa, pinta una sombra minúscula, una sombra triste de "marioneta", en el pajonal crecido y amarillento de la sabana, color de sol. Camina obstinadamente con su dolor al hombro, y cada vez aparece más lejano, más diminuto, más hundido; como si se ahogase; ya apenas se le ve ¡Adiós!...

Es la niñez que se va; mi pasado, que vuelve al pasado...

Los zahoríes modernos

Moisés hizo saltar agua de una roca para aplacar la sed de los israelitas que atravesaban el desierto, y todavía hoy existen personas que se creen más hábiles que el bíblico legislador en lo tocante a encontrar agua en terrenos faltos de todo indicio geológico y donde fracasan los esfuerzos de los sabios. Estos modernos zahoríes o profetas hidrológicos atribuyen todas sus facultades adivinatorias a una varita de avellano.

No hace mucho tiempo, un sabio profesor de un colegio técnico de Bristol reunió a tres de estos sondeadores profesionales y les hizo realizar una serie de experimentos que a pesar de carecer de toda base científica dejaron perplejos a los mejores geólogos y a los ingenieros más exigentes.

La varilla adivinadora es sencillamente una varita o una rama de avellano, generalmente cortada al ras de la bifurcación de las ramas, porque debe ser ahorquillada. Su longitud no pasa nunca de 35 a 40 centímetros. Su grueso y la manera de usarla varía de un artista a otro. Generalmente el zahorí la sostiene sólidamente entre el índice y el pulgar de cada mano con los codos pegados al cuerpo. Preparado de este modo avanza paso a paso hasta que la varilla comienza a retorcerse, avisando que pasa sobre un manantial subterráneo. Este movimiento de la varilla es completamente involuntario y a veces tan intenso que la rompe. La mayor parte de los sondeadores afirman que en ese momento sienten una picazón que irradia a través de los brazos y de todo el cuerpo, y pretenden que por el carácter de esta sensación nerviosa pueden prever la cantidad de agua y la profundidad de la corriente subterránea.

El profesor no quedó satisfecho del todo con los experimentos y sacó la conclusión de que el movimiento de la varilla sólo puede atribuirse a causas subjetivas.

Pero según otro sabio que ha registrado los resultados obtenidos en seis años por dos maestros de la varilla mágica, no hay duda de que esta facultad es un don especial, un talento particular que ninguna teoría puede explicar. En muchos casos han fracasado sondeos hasta de 300 metros dirigidos por ingenieros expertos, pero la varilla adivinadora de avellano de un zahorí indicó en varias ocasiones la presencia del agua cincuenta metros más allá, y jamás se equivocó ni en el sitio ni en la parofundidad.

Cuéntase que estos zahoríes hacen milagros en la región de Cornouailles. Allí han encontrado minerales en sitios donde los mejores ingenieros de minas, con todos sus conocimientos geológicos, no descubrieron nada.

Algunas veces estos profetas han descubierto, gracias a la varilla, yacimientos de oro y plata, pero la potencia sobrenatural de dicha varilla no llega más allá de los cuarenta o cincuenta metros de profundidad.

Un buscador de oro ha dicho que lo que hace torcerse a la varilla son las sensaciones físicas del zahorí, las cuales le afectan, pero, ¿cómo se explican estas sensaciones? Sólo pueden ser el resultado de un sentido de percepción especial, exaltado hasta un grado muy alto en ciertas personas, como se observa más generalmente en los animales y en los salvajes. Esta es, por lo menos la opinión de bastantes sabios. Sea como fuere y a pesar del escepticismo y las burlas de muchos, todavía se cree en el poder de los zahoríes.

La sangre artificial

Uno de los estudios más interesantes para el hombre de ciencia, y que con más energía subyugan su espíritu, es el de la evolución de los organismos superiores, a partir del momento mismo en que empieza la vida embrionaria.

Resulta por demás curioso saber cómo se ingenia el embriólogo para poder seguir, etapa por etapa, la formación de células, tejidos, órganos y humores, a partir del huevo fecundado. Como objeto de estudio para esta clase de investigaciones, se elige ordinariamente el huevo de gallina. Se someten a incubación un gran número de huevos fecundados, y a intervalos de tiempo más o menos largos se examinan unos cuantos de ellos al microscopio. De este modo, de hora en hora, y si necesario fuese, de minuto en minuto, se observan, se dibujan o se fotografían las modificaciones que va experimentando el huevo, empezando por las que tienen lugar en la marcha germinativa, pequeño círculo que se ve perfectamente a ojo desnudo en la yema de todos los huevos. En este minúsculo escenario, donde la lente de más potencia no nos revela la más insignificante manifestación de la vida, se inicia el fenómeno más misterioso de cuantos nos es dado estudiar: esto ocurre a partir del momento en que se someten los huevos a una temperatura comprendida entre 38 y 39 grados.

El hecho de no ser estos fenómenos directamente observables da lugar, como es natural, a que no haya entre los hematólogos unanimidad de opiniones cuando se trata de asignarles, con toda precisión, a los glóbulos rojos su verdadero origen.

Desde el primer instante adquiere colosal relieve y atrae, por consiguiente, toda la atención del observador la manera cómo se originan los vasos, la sangre y el corazón que la impele.

En el arca opaca de la mancha germinativa toman origen las primeras células del embrión. Estas células se estratifican, formando siempre tres capas perfectamente ordenadas. Una, que ha de originar el tegumento externo del nuevo ser; otra, el tegumento interno, o sean las mucosas; y una capa intermedia, que es la que ha de dar origen a los órganos comprendidos entre los otros dos estratos celulares.

Todos los que se dedican especialmente al estudio de la sangre, están conformes en afirmar que los glóbulos rojos y los glóbulos blancos proceden de la capa celular media del embrión. Más tarde, son varios los órganos encargados de la renovación celular de la sangre. La medula de los huesos, los ganglios linfáticos, el bazo, el hígado y hasta la misma túnica interna de los vasos, proveen a la sangre de glóbulos blancos de diversas clases. Estos glóbulos son células que contienen uno o varios núcleos, y además un número extraordinario de granulaciones, cuyo destino nadie ha tenido gran empeño en averiguar.

Casi todos los hematólogos sostienen que los glóbulos blancos, llamados también leucocitos, se despojan del núcleo y quedan de este modo convertidos en glóbulos rojos. A las humildes granulaciones no se las ha tomado para nada en cuenta.

Mas, ahora, el doctor Ferrán las vindica, contra el menosprecio en que se las ha tenido, demostrando la elevadísima función que desempeñan.

El bacteriólogo español acaba de descubrir la manera de cultivar en caldo los glóbulos rojos de la sangre, y esto le ha permitido ver que no son los leucocitos los que, por automutilación del núcleo, quedan convertidos en células rojas.

Afirmar esto último no es, pues, más que una interpretación sin fundamento objetivo; la realidad es cosa muy distinta.

De hoy en adelante, los hematólogos se verán forzados a revisar este capítulo de la historia natural de la sangre, amoldándolo a los nuevos hechos descubiertos.

Este bacteriólogo, sembrando en caldo unas gotas de sangre, ha podido observar que todas las células contenidas en la sangre sembrada, lo mismo las rojas que las blancas, son destruídas por la acción hemolítica que el caldo ejerce sobre ellas. Sólo se salvan de esta destrucción aquellas menospreciadas granulaciones.

Estas son precisamente las que, asimilando la materia colorante roja que al morir abandonaron en el caldo los glóbulos rojos sembrados, crecen, se multiplican y dan, en este medio nutritivo, abundante cosecha de nuevas células rojas. Este descubrimiento trascendental, imprimirá orientaciones nuevas a la embriología y a la hematología.

Dos anécdotas de Napoleón

En los "Recuerdos de una larga vida" de lord Broughton, se cuentan dos anécdotas muy graciosas de Napoleón. Una de ellas se la refirió al autor Talleyrand.

Precisamente antes de la campaña contra Austria entró Talleyrand en una cámara donde estaba el embajador ruso con Napoleón, el cual se hallaba presa de un acceso de ira, pegando patadas en el suelo, dando brincos en las sillas y haciendo otras locuras. Cuando se retiró el embajador, Talleyrand preguntó la causa de aquellos transportes de rabia, y Napoleón le contestó que todo lo había fingido para obligar al embajador ruso a escribir a su corte aconsejando que se mantuviera neutral. "En mi vida he estado más sereno—dijo el emperador,—tómame el pulso". Talleyrand lo hizo así, y en efecto, lo tenía como siempre, muy lento.

En una revista a que asistió el autor del libro, vió una escena muy característica.

"Napoleón—dice el autor—marchaba al lado de una columna que desfilaba, completamente confundido con los soldados. De pronto, le vi acercarse a un granadero que le presentaba armas y después de hablar con él un par de minutos le tiró de la nariz. Y también vi a un coronel de regular edad, que había en la línea y que corrió hacia él, empezando a hablarle, pero Napoleón le interrumpió dándole una sonora bofetada en la oreja izquierda, lo cual pareció agradar mucho al militar, porque se retiró sonriéndose y enseñando la oreja enrojecida por el golpe."

Comandante Rengolai
VILLAMAYOR.

Habiendo observado algunos hortelanos del Somersetshire (Inglaterra) que los manzanos plantados junto a las carreteras no eran nunca atacados por los insectos, han buscado la causa de esta inmunidad, y aseguran que ello es debido a la acción insecticida del polvo que levantan los carruajes que pasan corriendo y, sobre todo, los automóviles.

La ametralladora Browning está considerada como el arma más eficaz

La ametralladora automática "Browning", por la cual el ejército de los Estados Unidos rechazó la "Lewis", obtuvo un éxito completo en todos los experimentos demostrativos a que se les sometió en Wáshington en presencia de oficiales de los ejércitos británico, francés, italiano y belga, así como de miembros del congreso norteamericano.

Una de las personas que llevaron a cabo las pruebas, un suboficial que ha manejado todos los tipos de armas de fuego rápido que emplearon las tropas aliadas, inclusive el "Chauchat", nuevo prototipo del fusil, dijo al terminar una de las pruebas:

"Esta es la mejor ametralladora del mundo".

La "Browning" de tipo pesado pesa 34 ½ libras, mientras que la de tipo liviano sólo pesa 15. Ambas son de calibre .30 y presentan el cartucho sin borde que emplean las tropas norteamericanas en los Springfields y en los Enfields modificados.

La ametralladora de tipo liviano puede operarse sobre el hombro o sobre la cadera, en series de veinte tiros en dos segundos y medio, y puede cargarse en el mismo tiempo.

En el curso de la prueba oficial de esta arma, el tipo pesado disparó continuamente sin fallar 39.500 tiros; y otro experimento demostró que podía disparar 20.000 tiros en 48 minutos y 18 segundos sin fallar una sola vez. La ametralladora recibe los proyectiles de una faja de 250 tiros; funciona sobre un trípode y es particularmente efectiva para el fuego "overhead", según la flamante expresión, que indica el fuego que pasa por encima de la cabeza; así como para el fuego indirecto, las cortinas o barreras de fuego y el fuego defensivo. Sus características más notables son la simplicidad en su construcción, su gran resistencia y la facilidad con que puede ser reparada.

El fusil liviano es enfriado por medio del aire y prácticamente no tiene reculada. El tipo pesado es enfriado por medio del agua y funciona en virtud del poder mismo que su movimiento de retroceso le comunica. El ministerio de guerra de los Estados Unidos envió ambos tipos de armas para las fuerzas del general Pershing tan rápidamente como fué posible.

La producción osciló entre 25.000 y 30.000 ametralladoras por mes. Del tipo 'Browning'' pesado se fabricaban entre 6.000 y 7.000 y del fusil liviano automático "Browning" de 8.000 a 9.000 por mes. La fabricación de fusiles fué constante, ofreciendo un promedo de unos 200.000 por mes. Aceleró también la fabricación de pistolas y revólveres que llegó a un total de 50.000 a 60.000 mensuales. La fabricación de cartuchos fué también constante, durante los últimos meses de la guerra. A fines de agosto, un informe del ministerio de guerra anunció que el promedio de la producción diaria era de 15.000.000; y el total de la producción desde la declaración de guerar, 2.014.815.584. El total de la producción de fusiles durante el mismo período, fué de 1.886.769, y el de ametralladoras, 83.540.

Con algunas modificaciones, esta arma puede aplicarse al servicio de aviación. Cuando se emplea con tal propósito, es desprovista del recipiente de agua que la cubre, y pesa 22 libras y media.

La influencia de una yegua

La noche antes de la famosa batalla de Leuctra, entre lacedemonios y tebanos, el general tebano Pelópidas soñó que veía a las hijas de Scedaus llorando junto a sus sepulturas, y que su padre le decía que para vencer era necesario sacrificar una doncella de pelo rubio. Pelópidas, al despertar, contó su sueño a los demás generales. Todos convinieron en que, so pena de salir derrotados, tenían que seguir las indicaciones de la visión; pero ninguno quería designar la doncella, ni salir responsable de aquel sacrificio, que, seguramente, había de desagradar a los dioses.

Cuando discutían sobre el partido que convendría tomar, una potranca alazana con crines rubias, escapada del campamento, se acercó a galope hacia donde estaban los generales, y al llegar junto a éstos se paró en seco.

—He aquí la doncella que necesitamos,—dijo entonces un agorero llamado Teócrito;—los dioses mismos la envían.

En efecto: la yegua fué sacrificada, y aquel mismo día se dió la batalla y los lacedemonios sufrieron la más vergonzosa de las derrotas.

Misterios de la tinta china

La mayor parte de la tinta china legítima se fabrica realmente en China, principalmente en Ankin, población situada en el valle del Yang-Tsé, desde cuyo punto se exportan a Shanghai de dos a tres toneladas cada año, que valen, según su calidad, pues hay doce diferentes, de cinco a trescientos ochenta francos el kilogramo.

El negro de humo que constituye la primera materia de la fabricación se obtiene quemando una mezcla de aceite, grasa de cerdo y barniz. El aceite suele ser de sésamo o de colza o del que se extrae de una planta especial del país.

Obtenido el negro de humo se aglomera con una materia aglutinante para formar una pasta que se machaca sobre tajos de madera con martillos de acero.

El olor característico de la tinta china proviene del almizcle o del alcanfor que se le agrega en pequeña cantidad al componerla, y sus reflejos metálicos son debidos a las partículas de oro que se incorporan a la masa.

Una vez preparada la pasta se le da la forma conveniente en moldes de madera, y se pone a secar. Un kilo de tinta china puede dar de 70 a 80 barras de dimensiones regulares.

La tinta de inferior calidad no se consume más que en la China, donde como es sabido no se emplea para escribir tinta de otra clase.

POLITICOS ESPAÑOLES



Melquíades Alvarez, jefe del partido reformista español.

Elogio del cuerpo 6, ojo chico

El Estado de Nueva York es, con mucho, el más grande consumidor de madera para la fabricación de pasta para papel. Se consumen anualmente en él más de 1.000.000 de cuerdas de abeto, de bálsamo, de pinabete y de álamo temblón. Para surtir a los molinos de papel de Nueva York hay que cortar cada año aproximadamente 40.000 acres de muy buen abeto de construcción. El cultivo de la madera de construcción para hacer pulpa para papel promete ser una de las más importantes fases de la producción de los bosques del Estado durante el presente siglo. El terreno está admirablemente adaptado para el cultivo del abeto y otros árboles propios para hacer pasta para papel.

Ernesto QUESADA.

Muerta en el mar

por Francisco COPPÉE

Hace algunos años pasé varias semanas en una aldea de la costa bretona. Una aldea mísera, pero ¡tan pintoresca! Un mal amarradero para diez barcas, a lo más; una sola calle, muy escarpada, parecida al lecho de un torrente, y allá arriba, en la primera meseta de la barranca, la iglesia, joya gótica, en medio del cementerio, lleno de avena silvestre, desde donde se domina el océano. Hallándome con buena disposición para trabajar, resolví quedarme en ese rincón perdido hasta fines del mes de septiembre, que, por una casualidad bastante rara en el pluvioso Finisterre, fué ese año excepcionalmente templado, sereno y apacible.

Ocupaba, en el único albergue de la localidad, una vasta habitación enjalbegada, amueblada con extremada sencillez, pero limpia, cuya ventana daba al lado del mar. Sentado en silla de paja junto a una mesa de pino, compuse todo un poema, acariciado el oído por el ruido solemne de la marejada, que parecía decirme que el ritmo es una ley de la naturaleza.

Pero como no se puede permanecer constantemente haciendo versos y escribiendo, el paseo a pie era mi ejercicio higiénico y mi principal distracción. Por lo común salía a caminar a lo largo de la playa; a mi derecha se extendía la barranca árida y monumental, y a la izquierda el espacio que descubría la bajamar, inmenso desierto de arena, interrumpido acá y allá por grupos negros de rocas. La soledad era completa. Apenas si tuve ocasión de cambiar dos o tres veces un saludo con algún guardia aduanero que recorría su jurisdicción, con el fusil a la bandolera. Era yo un paseante tan regular, tan tranquilo, que las golondrinas del mar habían concluído por perder el miedo a mi blusa roja y saltaban a mi alrededor, dejando en la arena húmeda la huella estrellada de sus patitas. Recorría así, cada día, seis u ocho kilómetros y regresaba con los bolsillos llenos de esos caracoles delicados que se encuentran buscando con la mano entre los guijarros siempre mojados.

Era mi excursión favorita, pero los días de viento fuerte y marejada gruesa, en vez de ir a orillas del mar, subía por la calle de la aldea y me dirigía a vagabundear por la landa o me sentaba, con un libro en la mano, en un banco viejo del cementerio, donde las paredes de la iglesia me protegían contra el viento del oeste.

¡Bello sitio de tristeza y meditación! En el cielo de otoño, por el que corrían los nubarrones, se erguía esbelto el campanario. Los cuervos que anidaban en él partían y regresaban graznando, y las sombras de sus grandes alas se deslizaban sin cesar sobre las tumbas dispersas entre la hierba alta. Entre dos de los contrafuertes medio arruinados de la iglesia, cuya piedra gris, roída por el viento marino, se engalanaba a trechos de un trémulo ramillete de flores amarillas, una cabra negra, atada, que asustaba casi con sus ojos de llama y su barba satánica, balaba y tiraba de la cuerda. Por la noche, sobre todo, cuando a través del esqueleto de un manzano seco, se veía allá lejos, en el horizonte, el sol poniente, rojo sobre el mar ese cementerio casi abandonado oprimía el alma con una conmovedora melancolía.

Una de esas noches, caminando entre las tumbas, muchas de las cuales llevaban debajo de un nombre de marino la mención siniestra "muerto en el mar", leí, en una cruz reciente, estas palabras, que me sorprendieron y me conmovieron:

Aquí yace
Nona Le Maguet,
muerta en el mar el 26 de octubre de 1878
a la edad de diez y nueve años.

¡Muerta en el mar! ¡Una joven! Las mujeres no van jamás en las barcas de pesca. ¿Cómo había ocurrido esa desgracia?

—Señor—dijo de pronto detrás de mí una voz ruda,—¿está mirando la tumba de la pobre Nona?

Me volví y reconocí a un marino viejo, inválido, con una pierna de madera, cuya amistad me había congraciado merced a algunas copitas de aguardiente con que le obsequiara en el albergue.

—Sí—le contesté,—pero creía que ustedes no admiten mujeres a bordo de las barcas. He oído decir que eso trae desgracia.

—Así es. Por eso Nona jamás subió a una barca... Sin duda quiere usted saber cómo murió la pobre muchacha. Bien; se lo contaré.

Ante todo le diré que su padre, Pedro Le Maguet, era un antiguo gaviero, como yo, un viejo camarada. En el Bourget, cuando el almirante La Roncière se puso la gorra dorada en la punta del sable y nos llevó, hacha en mano, contra las casas almenadas, íbamos codo con codo Pedro y yo, y él fué quien me recibió en sus brazos cuando esos malditos prusianos me obsequiaron con una bolita de plomo en la pierna. Esa misma noche, en la ambulancia del fuerte, Pedro me daba la mano, para inspirarme valor, mientras el mayor me cortaba la pierna; y estaba también a mi lado, junto a la cama del hospital, el día en que el almirante me trajo la medalla... Pero, al fin, esos malditos prusianos la ganaron. Se firma la paz y nos mandan a nuestras casas. Yo, con mi pierna de palo, no podía hacer más que quedarme en un rincón, como un animal inútil, viviendo de mi pensión. Pero Pedro, con todos sus miembros enteros, se contrató entre la tripulación de una barca de pesca. Poco después murió su mujer, dejándolo solo con su hijita, Nona, que por entonces contaba unos diez años.

Naturalmente, mientras el viudo estaba en el mar, yo, su compañero, cuidaba de la chica. Una niña buena y amable, señor, sufrida y contenta... ¡Cuántas veces fuimos juntos a recoger entre las rocas camarones y cangrejos! Eramos un buen par de amigos.

Todo fué bien durante dos años. Nona había hecho su primera comunión; crecía rápidamente como un cardo. Pero sucedió que un día de temporal, la "Amelia", la barca en que iba Le Maguet, trataba de acercarse al amarradero, y el patrón no pudo correr a tiempo el foque, y la embarcación fué a hacerse pedazos en aquel peñasco que se ve desde aquí, un poco a estribor, hundiéndose con todos los tripulantes. Eran cuatro: el patrón, dos marineros, uno de ellos mi pobre amigo Pedro, y el grumete. El mar devolvió sólo tres cadáveres. El de mi pobre amigo jamás llegó a la playa. Nona quedó huérfana e hice lo que pude para reemplazar al padre. Pero la niña, aun después de mucho tiempo de ocurrida la desgracia, no se consolaba. ¿Sabe por qué, señor? A causa de una idea que tienen aquí las mujeres. Creen que para que un alma no quede atormentada hasta el día del Juicio Final es preciso que su cuerpo descanse en tierra bendita. Por supuesto, no creemos en esas tonterías nosotros, que sabemos bien cómo pasan las cosas cuando uno muere a bordo. Conozco la ceremonia: el cadáver, metido en una bolsa alquitranada, con un peso atado a los pies, tendido sobre una tabla, sobre la borda. El comandante, con la cabeza descubierta y un libro en la mano, lee en voz alta las plegarias por los muertos. Pero las mujeres de aquí, como usted sabe, se consuelan sólo cuando Dios quiere. Por lo demás, su dolor no le había impedido volverse cada vez más bella. No lo digo porque la quería como un padre; es la verdad: era la joven más linda y lozana de la parroquia. ¡Vivíamos juntos tan felices! No éramos ricos: lejos de eso, pero íbamos viviendo. Yo tengo mi pensión, mi medalla, y además íbamos a menudo, Nona y yo, a buscar algún cangrejo entre las rocas. La tarea agrada y no ofrece más que un peligro: el de dejarse sorprender por la marea que sube... ¡Ah! ¡Así murió la pobrecita!

Un día en que el reumatismo me tenía clavado en la silla, Nona se dirigió sola a pescar en la costa, un día como hoy, de cielo claro y viento fuerte. A la hora del regreso, los demás que buscan entre las rocas, advierten que falta Nona... ¡No hay duda!: se ha demorado y ha sido rodeada por las aguas!... ¡Ha perecido en el mar!... ¡Ah! ¡qué noche pasé, señor! A mi edad, un viejo curtido, lloré como una mujer... Y la memoria me presentaba sin cesar la creencia de la niña de que, para ir al cielo, era preciso ser enterrado en el cementerio... En cuanto el mar empezó a descender, me arrastré hasta la playa y partí con los demás en busca del cuerpo.

Y encontramos a mi pobre Nona—prosiguió el viejo con voz alterada por la emoción.—La encontramos en una roca cubierta de algas, donde, viéndose perdida, la valerosa muchacha se había preparado para morir. Sí: con el pañuelo de la cabeza se había atado las faldas más abajo de las rodillas, por pudor, y conservando siempre su creencia se había acostado y anudado sus cabellos negros con las largas algas que crecían en la roca, a fin de que las aguas no arrastraran su cadáver y pudiera la gente del pueblo recogerlo y enterrarlo en lugar sagrado... Y yo, señor, que entiendo algo en cosas de valor, puedo decir que no hay quizás hombre capaz de hacer lo mismo.

El viejo calló. A la luz postrera del crepúsculo ví rodar dos grandes lágrimas en sus mejillas curtidas. Nos pusimos en camino hacia el pueblo, uno al lado del otro, sin decirnos una palabra. Me sentía profundamente emocionado por el valor de esa joven que, en la angustia de la muerte inminente, había conservado el pudor de su sexo y la piedad de su raza... Delante de mí, en la lejana inmensidad, en las sombrías soledades del cielo y del mar, se encendían los faros y las estrellas. ¡Oh, gente honrada del mar, oh, noble Bretaña!

DIA DE LIQUIDACION



—¡Me ahorré cinco centavos en la liquidación de retazos!



Oyendo "Carmen" con paraguas

La Plaza de toros de la ciudad de Méjico fué recientemente el teatro donde Enrique Caruso cantó la ópera "Carmen", de Bizet. Quince mil mejicanos fueron a oir al tenor al aire libre.

Oyeron los tres primeros actos con la misma o mayor devoción con que es oído Caruso en cualquiera de los grandes centros musicales de Europa.

Cuando concluía el tercer acto principió a llover. Y la lluvia se convirtió pronto en una tempestad de agua. Los empresarios anunciaron entonces al público que el cuarto acto no se podría dar, a causa de que, al aire libre, ni los actores ni el público podrían protegerse de aquel diluvio.

Los quince mil espectadores se levantaron de sus asientos y pidieron a una voz que la ópera continuara sin hacerse caso de la lluvia. Con más ardor, con más entusiasmo del que jamás se desplegó para aplaudir a un toreador, pedían más notas de la garganta privilegiada del eximio tenor.

Y Caruso, convencido de la sinceridad de su auditorio, admirando su devoción por el arte, se rindió a sus exigencias y cantó el cuarto acto. Con un sobretodo impermeable y botas de agua siguió en su papel de don José ante un auditorio que en parte se protegía de la lluvia con paraguas. Y todos oyeron devotamente hasta la última nota.

El mundo, al oir noticias de Méjico está acostumbrado, —así lo han acostumbrado los telegramas y las películas de cinematógrafo— a oir acerca de revoluciones y de bandidos, de asaltos a trenes y a poblaciones, de secuestros de extranjeros. Pocas veces se nos habla de Méjico *in altissimo* y por eso nos complacemos en mostrar este gesto del público mejicano que nos muestra un aspecto del alma de ese pueblo con el cual no estamos familiarizados.

Cría eléctrica de gallinas

Es posible que alguien se muestre algo escéptico si le digo que en algunos países de Europa, cuyos habitantes no gozan fama de ingeniosos como los yanquis, forma parte de la comida de las gallinas la electricidad.

La comida eléctrica se da principalmente a los pollos criados en incubadora. Cada dos horas por la mañana e iguales intervalos durante la tarde, especialmente al tiempo de darles el pienso se les aplica una corriente eléctrica por espacio de unos minutos, no directamente a las aves, sino a lo que las rodea. Los pollos sometidos a este tratamiento alcanzan el peso normal con dos terceras partes de la cantidad usual de alimento, y si se les da íntegro el pienso, al cabo de tres meses pesan cuarenta por ciento más que los pollos alimentados sin electricidad.

Además se crían más fuertes y disminuye la mortalidad, que tan grande suele ser entre las aves criadas sin madre.

Lo que es bueno para las gallinas es posible que sea también beneficioso para los seres humanos, y si es así, quizá llegue tiempo en que podamos reducir el coste de la vida tomando una tercera parte de nuestro alimento bajo la forma de una corriente eléctrica.

Dr. Scapa BEIRÓ.

Plantas y árboles que arruinan naciones

Son de veras sorprendentes los daños que se irrogan a la vegetación de todo un país por descuido o negligencia.

Lo que hoy conocemos por el gran desierto del Sahara fué en parte, y hace muchos años, una gran selva cuyos árboles cortaban los cartagineses para sus edificios y para sus hogares, y el lugar que los árboles dejaron lo aplicaron al cultivo de cereales.

Cuando los romanos tomaron posesión del país, así lo encontraron, y persistieron en el trabajo de destrucción de casi todo cuanto quedaba de selva, dejando pelados kilómetros y kilómetros de terreno.

Durante años y siglos se verificaban en el Norte de Africa inundaciones que fecundaban los montes y humedecían los valles; pero como por las épocas a que nos referimos anteriormente no había en lo que hoy es llanura del Sahara árboles que absorbiesen la humedad, el agua se fué corriendo hacia el mar y dejó ese terreno arenoso y agostado por el sol, que vemos o nos cuentan.

Error de tanta trascendencia no es sólo de la antigüedad. De ella hemos recibido muy buenas lecciones, y sin embargo volvemos a incurrir en el error muy a menudo. Países hay en los que destruyen valiosos bosques y se deja la tierra a merced de los vientos y de las tempestades.

En Alaska había hace años árboles grandísimos, y la tierra en que se alzaban constituía un mortífero pantano; mas vinieron los obreros de la compañía del telégrafo occidental y empezaron la corta de aquellos gigantes con el fin de hacer postes para los hilos que iban a unir, atravesando Alaska y pasando por el estrecho de Behring y la Siberia, Europa con América. Aquel ejército, compuesto de miles de hombres, echó a tierra una cantidad enorme de árboles hasta formar una calle de miles de kilómetros de largo al través de la selva virgen, y suspendieron la operación cuando ya estaba terminado el trabajo en sus tres cuartas partes. La compañía habíase arruinado porque ya estaba demostrado que podía llevarse a la práctica el tendido de un cable submarino desde América a Europa; pero en lugar de repoblar la parte de selva destruída, el gobierno no hizo caso del asunto y allí se quedaron los árboles derruídos, haciendo un perjuicio imposible de calcular.

En otro orden de ideas, los árboles y las plantas han sido causa de la ruina de muchos territorios.

Tasmania poseía enormes extensiones de terrenos de pastos que se arruinaron al ser invadidos por el desarrollo excesivo del rosal silvestre y de una especie de retama espinosa.

También perdió Tasmania uno de sus más hermosos ríos por efecto del gran desarrollo que adquirió una especie de berro de los llamados de agua o de fuente, que años antes había sembrado un campesino emprendedor, dejándolos desarrollarse sin precaución alguna.

Unos sesenta años hará que fueron llevados a Australia varios cientos de jacas de Patagonia, las cuales llevaban entre el pelo simiente de una especie de cardo que arraigó en seguida y arruinó los hermosos prados australianos.

NO ES LO MISMO



—¿No le gusta el traje que le regalo?
—Sí, señor ... pero... saco negro, chaleco verde, pantalón amarillo... no viene bien.
—Sin embargo, yo lo he llevado.
—Sí, señor; pero a usted todos lo conocen por sus excentricidades...

Duelos a la curda

Entre los negros de Cabinda (Africa occidental), hay una costumbre funeraria muy curiosa, aunque no muy edificante a los ojos de un hombre civilizado. Cuando muere algún personaje de viso, se envuelve el cadáver en telas ricas, de colores lo más chillones posible, y se le coloca dentro de una especie de jaulón de madera, toscamente construído y montado sobre ruedas. De este modo se le lleva al bosque, y allí se le deja abandonado junto al sitio donde ha de ser enterrado. Las traviesas de la jaula son bastante fuertes para impedir que las fieras toquen el cuerpo.

Pasado cierto número de días, los deudos y amigos del difunto vuelven al mismo sitio, cavan una fosa y trasladan los restos a ella. Durante toda esta operación, es de rigor beber botellas y más botellas de ron y aguardiente, y terminado el entierro, se dejan sobre la tumba, como monumento conmemorativo, el jaulón y las botellas vacías.

La costumbre exige que se beba tanto más, cuanta mayor fuese la categoría del muerto, de modo que en una sepultura de éstas, por el número de botellas puede medirse la categoría que tuvo en vida el negro en cuyo honor fueron apuradas.

El cultivo de la ostra

Los antiguos conocieron ya la importancia que para ellos, tan aficionados a las ostras, tenía su cría artificial, y ciertos pasajes del libro de Aristóteles sobre la "Historia de las diversas partes de los animales", al tratar de la reproducción de la ostra, prueban que por lo menos conocían los principios de este arte.

Plinio cuenta que en el año 91 antes de Jesucristo, un tal Sergio Oratar estableció por primera vez en Baia, cerca de Nápoles, parques para la cría artificial de la ostra, no con afán de saborear tan suculento bocado, sino para venderlas.

No cuenta como ejercía esta industria; pero lo probable es que las recogiese pequeñas en el mar y las recriase en las aguas afamadas de los lagos Lucrino y Fussaro.

En la Pulla y en Roma se han encontrado antiguos vasos funerarios que tenían pintado el plano de éstos o parecidos viveros de ostras, con un letrero que decía: "Ostrearia".

En la Edad Media la cría de las otras se verificó probablemente en la misma forma; Pontoppidan cuenta que los bancos de ostras de la costa occidental de Schleswig fueron plantados en 1040, y, según Petrus Cylius, escritor de los comienzos del siglo XVI, en el Bósforo y Helesponto las ostras se plantaron como las plantas sacadas de un semillero.

En Inglaterra existe una ley de Eduardo III (1375), por la cual se prohibía transportar y recoger las crías de ostras en otro mes que no fuera el de mayo, y en el resto del año sólo se permitía si alcanzaban el diámetro de una moneda de veinte centavos.

Más de 2.000 alumnos de escuelas primarias de Londres asistieron a una función cinematográfica dada en el Lewisham Hippodrome, durante la cual una cinta especial les demostró por medio de imágenes las más importantes operaciones aritméticas que, enseñadas por los métodos comunes requieren muchos días de enseñanza.

EL PAMPA

por Cruz ORELLANA

Jacinto llega de recoger la majada, y al divisar a Romualda cargando con la ropa seca de la tarde, detiene el caballo, bolea la pierna para quedar sentado como niña, y mientras se rasca el tobillo, le habla socarronamente:

—Güenas tardes, jovencita.

La otra, seco, sin levantar la vista:

—Güenas tardes.

—¿Ta con retobo, prenda?

—¿Prenda?... ¡Pavo!

—...me gusta comer en domingo y con convidaos. ¿No le digo? ¡Tá con retobo!

—¡Mejor, si estoy con retobo!

—¿Y qui hay con eso? Ya le pasará. Precisa que truene pa llover juerte... ¡Ahí se dej'una pieza di uso!...

—¿Cuála?

—¿Cómo, cuála? Ahí, pué... No le digo ninte: un calzón con fleco...

—¡Zonzo!

Jacinto sabe una historia del pago y es la que cuenta los amores contrariados de Romualda con un pampa peleador, a la fecha arreando hacienda por lejanos puntos; y nada más que por verle triste, ya que nada le conseguirá de corazón, le inventa unos chismes.

—Pues áhi lo vide'Albino en el boliche, com'una cabra refalándose pa la via'el tren. ¡Juerte pa la caña el mozo!... Le había dao por el pampa, que si l'oye... Qu'el pampa aquí, qu'el pamp'allá... ¿Sabés lo que dice? ¡Y ha'e ser verdá no más!... Pues que si alzó con Luisita, l'hija'el viejo Luciano...

—¡Mentira!

—¡Oh! Li óido con mi oreja. Y ha'e ser verdá no más, porque yo mesmo lo vide recostao, vez pasada, contr'el alambrao del puesto, dele que dele conversación; y ella, ¡como juego la cara!...

—¿Vos los vistes?

—El pampa es travieso, y ande me-t'el hocico, pa comer... Yo m'hice'el zonzo, pa qué vi'a decir...

—¿Y cuándo jué eso?

—¡Ya querés saber mucho! Yo te doy la noticia, p'hacerte un favor...

—¿Y vos qué ganás con eso?

—¡La bronca que le tengo al pampa no más!

—¿Pero vos los vist'endevera?

—Si no lhe soñao... Por eso te digo siempre que ti olvidés del pampa, qu'eso es pam... pa hoy y hambre pa mañana. A vos ti hace falta algo mejorcito'e color y lo demás...

—¡Vos, por ejemplo!

—No digo tanto, pero en fin...

—Güeno, mirá, si me contás la verdá, te dig'una cosa que te conviene. ¿Cuándo los vistes... así... ande vos decís?

—¡Primero contá la cosa!

—¡Primero vos!

Jacinto, después de mentir, comprende que conseguirá el amor imposible por casualidad. Romualda se le va a entregar, pero por revancha, y eso le parece feo. Puede más el gaucho que el embustero, y tiene un rasgo de renunciación heroica, serena y altiva a la vez.

—Güeno, che, me voy.

—Luego hablamos, ¿eh?

—¿Y pa qué?... Y áhi no más te lo vi'a decir, pa que lo sepás: vos sos igual que l'otra: te dejás alzar por cualquiera. Con la diferencia'e que a Luisita no se l'ha llevao naides y a vos te puedo llevar yo, nada más que por macaniarte lo del pampa. ¡Chá, que son veletas!

Y castigó y siguió viaje, medio mordido el labio.

Romualda echó la cabeza atrás, para recibir la brisa fresca de frente, y sonrió satisfecha. Lo había desengañado a Jacinto, que era su pesadilla. Aun le quedaba la esperanza del arreador, todo su afán, todo su amor contrariado, pero todo su sueño...

EN LA REDACCION



El director.—Cuando nos mande alguna colaboración, adjunte un sobre con franqueo, para la devolución.
La colaboradora.—¡Si no necesito que me la devuelvan!

La oración de la campana

Recogida entre las silenciosas colinas y semioculta por las sombras de los hermosos árboles de Verbena, pequeña población rural del Sur de Alabama, se encuentra la gentil iglesia de la aldea. Cuando el mundo estaba en guerra se estableció en esta pequeña iglesia la "Oración de la Campana". Todas las tardes a las seis, la campana de esta iglesia repicaba por dos minutos, durante los cuales oraba el pueblo de Verbena. Con cabezas descubiertas y cuerpos encorvados, todos los habitantes del pueblo repetían estas palabras:

"Dios bendiga a nuestro Presidente, a nuestros soldados y a la nación, y los guíe a la victoria."

Al repicar esta campana todas las actividades se suspendían en el pueblo para elevar esta pequeña oración por el éxito de sus soldados. Los hombres se detenían en las calles. Las mujeres suspendían sus quehaceres domésticos y todos elevaban la misma petición. Aun algunos hombres a quienes no se había visto orar antes lo hacían entonces.

La noticia de esta bella y original costumbre, tan fielmente observada por los habitantes de Verbena, se extendió a todo el mundo, y pronto se recibieron cartas de Florencia, Italia, de París, de Halifax y de ciudades de muchos otros países en que se pedían informes acerca de la "oración de la campana" y se decía que las ciudades respectivas deseaban adoptar la costumbre.

Es de interés observar aquí, que la oración de la campana fué sugerida por un residente de Verbena, sobrino del famoso poeta americano Sidney Lanier.

Para qué les sirve el olfato a los insectos

Gracias a las investigaciones de los naturalistas, hoy sabemos que los insectos no sólo están dotados de un olfato tan fino, relativamente, como el de un sabueso, sino que se sirven de este sentido para una porción de fines muy singulares. Las hormigas, por ejemplo, conocen por el olor a sus compañeras de hormiguero. Evidentemente, los habitantes de cada hormiguero exhalan un olor peculiar. Esto se ha demostrado de un modo muy sencillo. Si se toma una hormiga de un cierto hormiguero, llamémosle a, y se mete en otro hormiguero, b, las hormigas de este último, echarán fuera a la recién llegada y hasta la matarán si se resiste. Pero si, machacando unas cuantas hormigas de b, se prepara una especie de caldo de hormigas y se unta con él a la que se cogió de a, ésta será recibida en el otro hormiguero como si hubiese vivido siempre en él. En cambio, las mismas hormigas atacarán con furor a una de sus compañeras de habitación, si previamente ha sido untada con caldo de hormigas de otro hormiguero.

Es muy probable que en los insectos tenga cada sexo un olor particular. No hace mucho, se verificó en una Universidad inglesa un curioso experimento. Habiendo aislado en una caja cerrada varias hembras de mariposa de la especie llamada "prometeo", algunas horas después volaban alrededor de la prisión más de cincuenta prometeos machos. Como éstos no podían ver de ningún modo a los insectos encerrados, es indudable que el olor fué la única causa de atracción.

Las narices de los insectos son las antenas, que están provistas al efecto, de numerosas papilas y diminutas fosas. Cuando a un insecto se le cortan las antenas, no puede encontrar su alimento ni buscar a sus semejantes.

PUCHITOS

Entre los chinos que viven en el barrio chino de Nueva York, cuando el marido regresa del trabajo y no encuentra la comida preparada, en vez de alborotar como es costumbre en otras partes, se va muy callado a la cocina y prepara la comida para él y la familia. En la mayor parte de los hogares chinos de esa ciudad los hombres son los que cocinan.

El gobierno británico ha calculado que los perjuicios y estragos de toda clase que causan las ratas en los sembrados, depósitos de materias primas, etc., excluyendo a las ciudades, es decir, nada más que en el campo y poblaciones rurales, representan una pérdida de 365 milloses de pesos oro anuales, lo que equivale al doble del presupuesto de nuestro país.

Si el texto escrito con tinta de un documento antiguo pierde el color y se va borrando poco a poco, se le puede restaurar a su color primitivo humedeciendo el papel con una infusión de cualquiera de las substancias que se ennegrecen al mezclarse con hierro, por ejemplo, infusión de nuez de agalla o ferrocianuro acético de potasio.

A menudo, sucesos de escasa importancia revelan hasta qué punto arraigan la tradición y las normas antiguas en el espíritu británico. Hace poco, una sencilla cuestión entre vecinos de campo fué resuelta de acuerdo con un decreto del emperador Justiniano que data nada menos que de 1.400 años. Justiniano, emperador de Constantinopla y Roma en el siglo VI, creó un cuerpo de leyes que ha inspirado la legislación de la mayor parte de los países latinos. Una de sus leyes establece que un enjambre de abejas sin dueño pertenece al individuo que lo ve primero y sólo mientras alcance a verlo sin dificultad. En cuanto desaparece de su vista pasa a ser propiedad de la persona que lo tenga al alcance de su vista. Esta misma disposición fué tenida en cuenta y aplicada en Bath en un pleito promovido por un campesino que sostenía que un vecino se había apropiado de un enjambre.

Durante el tiempo que los Estados Unidos participaron en la gran guerra perdieron en ella 50.150 hombres. En el mismo período murieron en todo el país, a consecuencia de accidentes ocurridos en las casas, fábricas, calles y caminos, 126.000 personas.

Cada época ha tenido preferencia marcada por una u otra forma de suicidio. En los tiempos primitivos la más común consistía en arrojarse al mar desde lo alto de un peñasco. Los antiguos egipcios se envenenaban con ácido prúsico extraído de los carozos de durazno; los italianos del Renacimiento empleaban raras combinaciones de arsénico. Hace treinta años era frecuente el suicidio por asfixia de ácido carbónico; actualmente predomina la pastilla de bicloruro.

El método de fotografiar en cera se guarda secreto, aunque el principio es el mismo de la fotografía en madera. La capa de cera debe ser blanca, y sobre ella se prepara una película sensitiva de cloruro de plata. Para hacerlo, se echa primero sobre la cera gelatina o albúmina que contenga un poco de sal común y una pequeña cantidad de albúmina crómica para endurecerla. Después que la capa de gelatina o de albúmina se haya secado, se le echa una solución de cuarenta granos de nitrato de plata en agua destilada, operación que se hará en el cuarto obscuro. Después que esté seca se expondrá a la luz bajo el negativo hasta que la impresión esté bien visible, y entonces se fija con la solución de hiposulfito.

El ricino tiene la propiedad de atraer a las moscas y matarlas.

En el interior del Peñón de Gibraltar hay más de noventa kilómetros de túneles y minas abiertos en la roca viva.

En China es tan barato el papel y tan mal remunerada la mano de obra, tanto literaria como material, que el precio común de un diario en Shanghai es de 4 cash, o sea menos de medio centavo.

El servicio de correos en la isla del Príncipe Eduardo durante el invierno, está lleno de peligros y dificultades.

Antes llevaban el correo a dicha isla unos buques veleros en verano, y en invierno hacían el servicio barcos corta-hielos de tipo muy primitivo. En 1832 empezó a prestar servicio el primer barco de vapor entre el continente y la isla, pero no puede hacerse un servicio regular durante el invierno, porque a veces los hielos aprisionan a los buques y éstos no pueden cortar los témpanos a pesar de la potencia de sus máquinas. Cuando ocurre esto hay que echar mano de unos botes con la quilla de acero para que resbalen por el hielo. En las bordas llevan unos fuertes tirantes de cuero, por medio de los cuales los remolca su tripulación ayudada por los pasajeros, los cuales lo hacen de muy buen grado, porque con el ejercicio entran en calor. La duración de la travesía en estas condiciones depende del hielo y del tiempo, pero generalmente se invierten de cuatro a ocho horas.

Según los cálculos de la Oficina Meteorológica de Ohío (Estados Unidos), durante una tormenta que duró cuatro días seguidos, devastando diversas poblaciones de la vertiente septentrional del río Ohío, cayeron de 22 a 27 billones de litros de agua, cantidad suficiente para cubrir una extensión de terreno de 60.000 kilómetros cuadrados, hasta 30 centímetros de altura.

Java es la región del mundo donde hay más tormentas. Por término medio cada año hay noventa y siete días tormentosos.

Se cree que el crisantemo es la flor que dura más tiempo después de cortada.

Abder-Rahmán ben Moanyah, primer soberano independiente del Emirato de España, que trazó los planos de la gran aljamá o mezquita de Córdoba (hoy catedral), fué quien según la tradición, plantó la primera palmera en España, la cual fué traída del Africa por mandato suyo, y a la que dedicó aquella famosa poesía que empieza:

"Tú también insigne palma, eres aquí forastera".

No es fácil determinar con toda exactitud, el año en que tuvo lugar la plantación, pero es de suponer que esto ocurriera a los pocos años de su estancia en España, hacia el 760 ó 770.

Respecto al sitio en que hizo la plantación, he de decir, que fué en los jardines del Palacio, que los emires (más tarde califas) de Córdoba tenían en dicha ciudad, que algún tiempo fué la que más bellezas y riquezas atesoraba.

Un nuevo sistema de poner inscripciones o trazar adornos en copas de trofeo o medallones, consiste en incrustar cobre u otro metal en la superficie del objeto. La superficie donde haya de hacerse la incrustación se cubre con cera de abejas o parafina, formando todo alrededor un reborde a modo de cazuela. Después, con una aguja u otro instrumento adecuado, se trazan en la cera las inscripciones o los adornos, cuidando que la superficie quede perfectamente descubierta, para que pueda atacarla la preparación líquida. Hecho esto se vierte en la cavidad formada por la cera sulfato de cobre si la incrustación ha de ser de cobre, y se suspende un pequeño trozo de cobre puro en el líquido conectado con el polo positivo de una batería eléctrica.

Los objetos de porcelana muy fina no se rompen con tanta facilidad si antes de usarlos se ponen en una cacerola con agua y cuando hierve ésta se retira de la lumbre, sin sacar los objetos de porcelana hasta que se haya enfriado. Así queda templada la porcelana y resiste mejor cualquier golpe.

DE LOS DISCURSOS DE ACTUALIDAD



"La hora solemne de la regeneración".

DOS MÉTODOS

por Isaac León PÉRETZ

Había una vez una princesa...

Mas no quiero engañaros; no era una princesa de verdad...

Su padre, si tal era, había sido un zapatero melancólico, y la madre, una vendedora ambulante, que no despreciaba la bebida. Pero ella tenía unos ojos de princesa; ha habido un error...

Y enamoráronse de sus ojos, dos pobres mozos, que la tomaron por princesa verdadera, y ambos, aunque cada cual por separado, dijeron: "Ella o una soga en el cuello". Las mismas palabras, por más que uno no sabía del otro, y probablemente ni siquiera se habían conocido.

Y los dos, aunque cada cual por su cuenta, decidieron conquistar a la princesa.

Pero ¿de qué manera?

No se presenta uno ante una princesa, ante todo si es, como ellos creían, verdadera, con las manos vacías. Y se pusieron a buscar medio para hallar gracia en sus ojos.

Y ambos buscaron, pero cada uno a su modo.

Uno de ellos se puso en camino marchando días enteros con los ojos en dirección al suelo, y el otro miraba noches enteras hacia arriba.

Este último era de naturaleza romántica; no quería recoger su dicha en los desperdicios de la calle. Buscaba la felicidad en el cielo principalmente, durante las noches estrelladas y llenas de ensueño...

Pasaba las noches fuera de la ciudad, en el bosque, en la campiña, a orillas del arroyo o permanecía ante el ventanillo de su buhardilla con la vista siempre hacia lo alto, mirando al cielo, al espacio azul, a la luna y a las estrellas. Con los ojos bondadosos y humedecidos, quejábase ante ellos de su suerte, les hablaba con trémulos labios de su amor, y no cesaba de implorar: "Concededme, seres del cielo, de vuestros preciosos objetos, algo puro y bueno en obsequio de la hermosa princesa... Halle yo gracia en sus ojos, incline su corazón hacia mí y favorézcame con su amor, porque de lo contrario, ¿qué valor tendría mi vida?"

Pero el primero, el de los "ojos hacia abajo", procedía de un modo distinto. El sabía que abunda por el suelo toda clase de objetos perdidos y abandonados: cachivaches arrojados de las casas, monedas demasiado lisas que se han deslizado de la mano, herraduras perdidas de los caballos, clavos torcidos, etc. Pues teniendo paciencia, buena vista y recogiéndolo largo tiempo, se llega a obtener algo.

De la nada más nada, algo se hace; de algo más algo, se forman unos centavos, que llevan luego a una mayor fortuna. Y el corazón de una princesa se torna blando como la cera ante las riquezas...

Y dedicóse a buscar por las calles...

Estos eran los dos métodos que habían empleado los dos enamorados...

¿De cuál queréis que os hable antes? En la calle, en el negocio, cuando buscáis partidos para vuestras hijas, sois sin duda gente práctica, y de más interés sería el de "ojos para abajo"; pero en la hora del crepúsculo, cuando os entregáis a la lectura, y sois todo espíritu, todo alma, vuestra simpatía estaría seguramente con el de los "ojos hacia arriba".

Dejaré pues por un momento al de los "ojos para abajo" y voy a referiros lo que ha ocurrido con el otro.

Miraba al cielo, lo atisbaba con tanta fijeza, lamentábase tan tiernamente de su destino y hablaba de una manera tan conmovedora de su vida miserable y de su espléndido amor; eran tan bellas y expresivas las palabras que halló para pintar su soledad, su nostalgia y la llama que ardía en su pecho, que las generosas estrellas de corazones puros e infantiles se apiadaron e intervinieron en su favor ante la fría luna—más de una estrellita dijo que se moría de pena—y también ella sintió piedad de él. Y cierta vez, al extinguirse una noche hermosa y clara, mientras apuntaba el día, arrojóle a la buhardilla, a través de la pequeña ventana, una mirada clemente, y sobre un largo rayo argentado le alcanzó ni más ni menos que un collar de perlas lunares.

El pobre doncel casi se vuelve loco de alegría, e inmediatamente corrió a casa de la princesa y golpeó su puerta.

—¿Quién es?—dejóse oir una dulce voz, algo dormida y aterrada. —¿Quién me despierta de mi sueño? ¿Quién ha auyentado a mis hermosas palomas, los sueños alados?

—¡Yo, yo!—responde con acento tembloroso. — Princesa, he traído para ti un regalo divino, tal como no obsequia rey alguno a su esposa, a su amante, y nadie en todo el mundo posee otro semejante. Yo lo he obtenido del cielo y por él requiero tu amor...

—¿Del cielo?—dice la princesa con asombro, y saltando del lecho entreabre ligeramente la puerta y tiende la blanca mano marmórea en busca del regalo.

Y al recordarle el joven su condición, ella le dice que vuelva por la respuesta a la tarde, a la caída del sol.

Y él, el enamorado que miraba hacia arriba, se puso alegre, y cantando y bailando salió de la ciudad en dirección del campo, del río y del bosque. Veía ante sus ojos la blanca mano de mármol y en sus oídos resonaba la dulce voz... Iba corriendo y parecía que las mieses le congratulaban y que el arroyuelo murmuraba: "Felicidad, felicidad". Los árboles movían sus coronas: "Sí, a ti te corresponde, amigo de la luna". Y los pájaros entonaban sus canciones en honor de su novia...

Sin probar bocado corría, bailando y cantando, fuera de la ciudad.

Pero he aquí que el flamígero sol ya declina, sombras tenues y frescas caen sobre el río y el campo, los troncos se doran, un céfiro blando extiende sus alas y algún pájaro maravilloso golpea con su pico en un árbol, gritando: "¡Ya es hora; andad en busca de vuestra contestación!"

De nuevo golpea en la puerta de la princesa, pero esta vez con mayor firmeza.

—¿Quién es? — pregunta ella con impaciencia y severamente.

—Yo, el que ha traído las perlas de la luna. He venido por tu respuesta.

Se oyen pasos leves. La puerta vuelve a entreabrirse un poco y, como la mañana aparece una mano alabastrina, mas no ya desnuda. He llevado tus perlas a todos los joyeros y nadie las quiere recibir. Ni comprar ni cambiarlas... Son piedras extrañas... Me han dicho que no tienen valor aquí. Corrí a una tienda, quise que me dieran por ella un simple vestido, mas se rieron de mí. Fatigada y hambrienta, me llegué a un almacén, pedí por todo el collar un pedazo de queso y me expulsaron de allí como una loca...

Y la mano marmórea le arroja las perlas, se retira y entorna la puerta, y sordamente resuena la llave al darse vuelta en la cerradura.

De una manera bien diferente ocurrieron las cosas con el segundo, el de la vista tendida hacia abajo.

Iba recogiendo y acumulando durante días, meses y años...

Poco tiempo después, dueño de un depósito de trastos viejos, los vendió a un mercader ambulante, depositó el dinero en una caja de ahorros y siguió recogiendo y vendiendo. A veces hallaba también un objeto valioso; quien busca encuentra con la ayuda de Dios.

De la nada más la nada, algo se forma; de algo más algo, se obtienen unas monedas, bases de las grandes fortunas. Y en efecto, llegó a tener un caudal y hasta honores. Al principio la gente se apartaba de él: ¡un hombre que busca en el lodo!... Luego le sonreían bondadosamente... Después le miraban con seriedad, y finalmente, cuando ya era rico, lo admiraban y señalaban como a un ejemplo...

Una vez enriquecido, compró un palacio a la amante de un magnate y lo hizo adornar con muebles espléndidos, aunque usados.

En la cámara más hermosa colocó una cama de oro con almohadones de seda y terciopelo, tomó la llave del áureo palacio y fuése a preguntar a la princesa si quería vivir con él en la mansión y dormir en la cama dorada. Y ella le respondió que sí.

Y el día de la boda, el de "los ojos arriba" participó del banquete ofrecido a los pobres, comió con ellos y se embriagó con malos licores. Y cuando la pareja, de noche fué conducida al tálamo, huyó al bosque y del primer árbol con que topara colgóse...

(Traducción de Salomón Resnick).

LA NEGRA SUERTE



—¡Qué desgracia! ¡Ocurrírseme aprender a fumar el día que hacen empanadas!

FOOTBALL

ROSARIO CENTRAL QUE SE CLASIFICÓ CAMPEÓN ROSARINO EN LA TEMPORADA DE 1919, VENCIENDO A NEWELL'S OLD BOYS



El team de Rosario Central, que conquistó el campeonato rosarino por 3 goals contra 2 en el partido jugado con Newell's Old Boys.



Jacinto Perazzo, de Rosario Central, que aprovechando una excelente oportunidad, dió el triunfo a su cuadro.



Un momento difícil en la valla defendida por Newell's Old Boys.



El equipo de Newell's Old Boys que resultó vencido en el encuentro con Rosario Central.

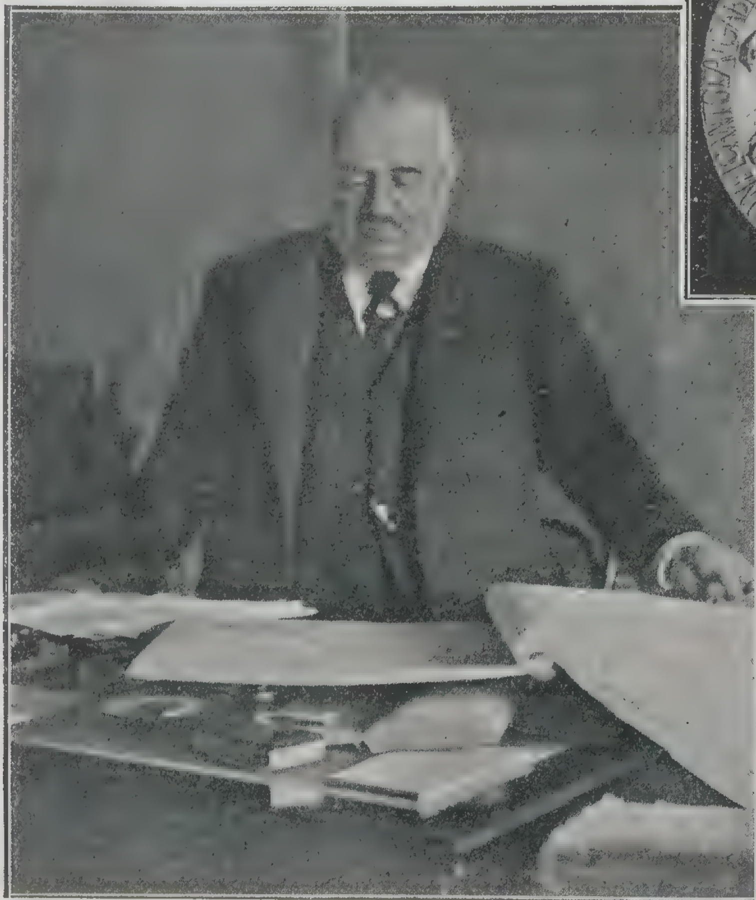


Detalle del partido en la valla defendida por Rosario Central.

Fot. Gaspary.

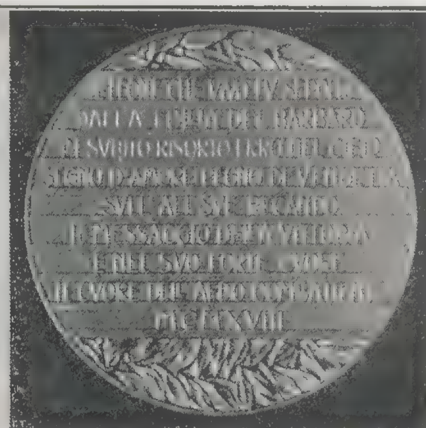


Actualidad italiana



La última fotografía del presidente del consejo de ministros, honorable Francisco Saverio Nitti. — En su mesa de trabajo.





Anverso y reverso de la medalla ofrecida por la Venecia Julia a Gabriel D'Annunzio.



Villa Félissent, en Sant'Artemio de Treviso, que fué sede del comando de la artillería británica, durante la última guerra.

VOLACIÓN.—MUERTE DEL PILOTO DE CHICO





Escenas del sepelio del alumno-piloto de aviación, señor José de Chico, fallecido el domingo 25 del actual, a consecuencia del desgraciado accidente que sufrió en el aeródromo de El Palomar. — A la izquierda: el jefe de la misión militar francesa, coronel Precardin, pronunciando un discurso en el acto de la inhumación, efectuada en el cementerio del Oeste. — A la derecha: el señor Manuel Ramos Vivot, haciendo uso de la palabra en nombre del Aero Club Argentino. — En círculo: señor José de Chico, víctima del accidente.

"FRAY MOCHO" EN TUCUMÁN



Lunch organizado por los alumnos de las escuelas internacionales, con motivo de la distribución de diplomas entre los últimamente egresados. Al acto, que resultó muy lucido, asistió el gobernador de la provincia, las autoridades locales y los miembros del consejo de educación.



Grupo de bachilleres egresados en 1919 del Colegio Nacional de Tucumán.



Concurrentes al pic-nic efectuado por el Club Atlético Central Córdoba, celebran do los triunfos deportivos alcanzados durante la presente temporada de football.

Fot. Martín.

ROSARIO. — A UN PASO DE LOS COMICIOS



Durante la proclamación pública de la fórmula Repetto-Razori, para gobernador y vice de la provincia, efectuada por el partido socialista en la plaza San Martín.



Banquete realizado por los radicales nacionalistas, en honor de la fórmula Mosca-Ferrarotti, elegida para la gobernación de la provincia.



Los convencionales del partido radical elizaldista y los candidatos a gobernador y vice, señores Noriega y Núñez, después de la proclamación de dicha fórmula, efectuada en el teatro de la Opera.



Concurrencia que asistió a la proclamación de los candidatos de la fracción radical elizaldista, señores Noriega y Núñez.



La manifestación del partido Unión Radical de Santa Fe, ostentando carteles de desafío donde se apuestan $ 5.000 a que triunfará dicho partido.



Inauguración de la línea de tranvía número 20, a Barrio Godoy, acto al cual asistió el intendente municipal y el jefe político de Rosario.

Fot. Gaspary.

CONCURSO DE CERVEZAS



Jueces del concurso de cervezas realizado en la Exposición de Productos de Destilería de Londres, en la entretenida tarea de probar las mejores cervezas de Inglaterra.

EL VOTO SECRETO EN FRANCIA



El "cuarto obscuro" usado en las recientes elecciones francesas. Consiste en un biombo de dos hojas con una gruesa cortina detrás de la cual el elector puede poner su voto en el sobre sin ser visto.

"Los Andes" de Mendoza

El decano de Cuyo

TIENE EDITOR RESPONSABLE

Periódico de la tarde.
Aparece Martes, Jueves y Sábado.
Suscricion adelantada, 65 cts. mm.

LOS ANDES

REDACCION ANÓNIMA — Mendoza, (REPUBLICA ARGENTINA) Martes 8 de Julio de 1884. — OFICINA—CALLE LAVALLE

H. BOUTIN Y CIA.
AGENTES EN Bs. As. Y EXTERIOR
OFICINA DE PUBLICIDAD UNIVERSAL
154 calle Piedad Bs. As.

sion moral, en que recogió de sus grandes actos y de sus nobles ejemplos.

Envio de tropas inglesas á Ejipto
Dublin, Junio 30—El rejimiento quinto de lanceros ha recibido órden de marchar á Ejipto

El cólera en Marsella
Marsella, Junio 30—Se ha señalado la aparicion del cólera en este puerto.

solidacion del imperio y mantenimiento sin discusion del efectivo militar necesario para su seguridad 2°. Apoyo enérjico á las reformas sociales del Canciller y a las ... maciones lejítimas de los estad... dernles que piden ...

Para la impresion del atlas el Gobierno contribuirá con la suma de $ 25,000 mn.

Perjuicios al comercio

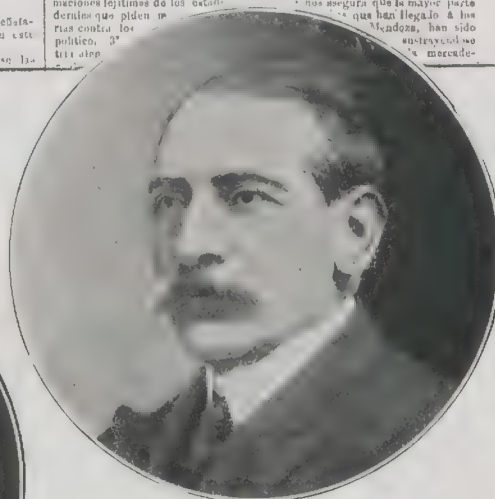
Cabecera de uno de los primeros números del prestigioso diario mendocino.



El director, don Jorge Calle, y el secretario de redacción, señor Sagredo, organizando el trabajo.



Don Luis María Calle, administrador.



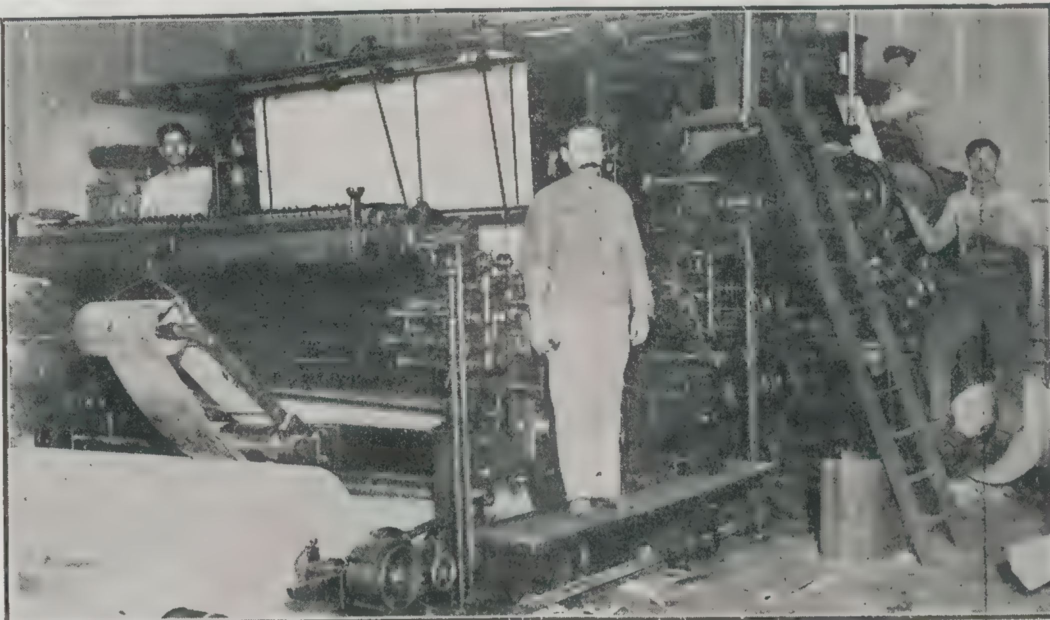
Doctor Adolfo Calle, fundador de "Los Andes"



En plena labor. El subdirector del diario, don Felipe Calle, y el personal de redacción.



Oficina de la administración y parte del personal de la misma.



La máquina rotativa impresora.

Hay en algunas provincias diarios que honran al periodismo nacional.

No obstante las explicables dificultades con que necesariamente deben tropezar para su publicación, muchos de ellos han logrado colocarse a un nivel que sintetiza grandes esfuerzos y la realización de propósitos honrosamente cumplidos.

Pertenece a tal género de diarios "Los Andes", de Mendoza, del cual el mejor elogio puede concretarse en esta frase que ostenta con orgullo junto a su título: "Decano de la prensa de Cuyo".

Y si a ello se agregan los incesantes progresos que ha realizado; si se aprecia la altura y honestidad periodística con que está escrito; si se examina su servicio telegráfico, amplio y serio, y si se tiene en cuenta de que se ve precisado a luchar con las autoridades que rigen los destinos de la provincia, por el en estos tiempos incalificable delito de llamar a las cosas por su nombre, se comprenderá fácilmente que la constante preocupación de su avezado y hábil director, don Jorge Calle, ha permitido a Mendoza tener un órgano de publicidad que la honra y que dentro de nuestro periodismo constituye un alto exponente de cultura.

El decano de Cuyo ha cumplido hace poco 37 años de existencia, y bien se advierte a través de ellos un progreso acentuado y gradual, que ciertamente está lejos de ser definitivo, pues sus directores tienen el propósito de introducir en "Los Andes" aún nuevas mejoras de acuerdo con el periodismo moderno y con las exigencias de los lectores de nuestra época.

Circula en toda la república el diario del cual nos ocupamos, lo que revela, desde luego, la gran aceptación que hoy tiene, evidenciando, al mismo tiempo, que ya ha dejado de ser una publicación de carácter simplemente local.

UN DÍA DE VIDA



El anfitrión, señor Ezio Bellelli, administrador general de la casa Radaelli, ofreciendo el almuerzo.

Escenario: la señorial residencia que el señor Ezio Bellelli posee en Burzaco, a un kilómetro de la estación del F. C. S.

Día: el último domingo del mes ppdo.

Anfitrión: el caballero que acabamos de citar.

Objeto del ágape: festejar la terminación del año comercial de los talleres heliogáficos Ricardo Radaelli, y entre col y col lechuga, levantar las copas por la revista "Fray Mocho", en vías de "patéticas cuspidecaciones".

Invitados: el personal superior de los talleres en cuestión y un grupo de periodistas, entre los que figuraba buena parte de la tripulación de "Fray Mocho".

Menú: pantagruélico y a toda orquesta.

"Hidráulica", o sea la parte que humedeció el número anterior: notable. El vinillo blanco que prologó el "antipasto", vinillo a una temperatura polar, se hizo acreedor a una condecoración especial, la cual fué acordada por unanimidad.

Oratoria: la hubo como en todo convite que tiene por finalidad estrechar más y más la concordia y la unión entre los miembros de un mismo cuerpo.

Oradores: el anfitrión señor Bellelli, y los señores Carlos Correa Luna, Pedro de Rojas, y Pedro Celeri, el segundo, director de "Fray Mocho".

Deportes: muy interesantes las partidas de bochas.

En suma: un día admirablemente aprovechado, alegremente y en santa paz.



El señor Pedro Celeri, gerente de los talleres Radaelli, durante su sentido brindis.



Parte de los invitados a tan sustancioso ágape, poco antes de la hora del champagne.

LA INDUSTRIA QUE EXISTE EN TODO EL MUNDO



Departamento de urdir en una gran hilandería moderna de Paterson (Nueva Jersey).



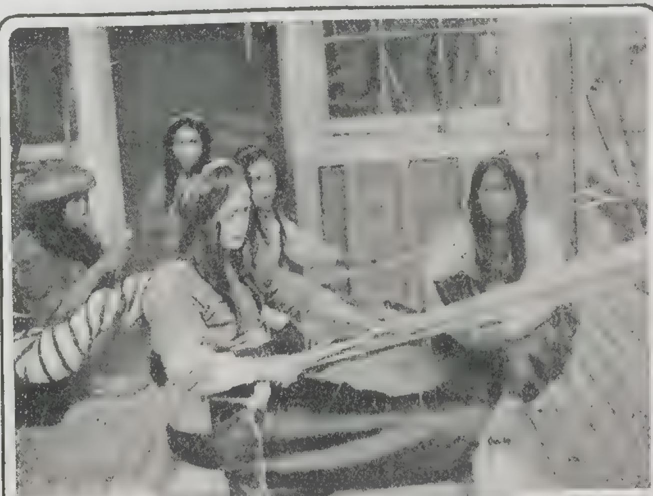
Hilando capullos de gusanos de seda, en Siria.



Centenares de maquinarias de hilado en una fábrica de tejidos de algodón de Adams (Massachussetts).



Indios navajos tejiendo mantas en telares como los que usan nuestros indios quichuas.



Jóvenes filipinas fabricando tejidos con telares rudimentarios.



Una japonesa tejiendo un paño tosco para el vestido de entrecasa.



Las jóvenes senegalenses elaboran delicados encajes de bolillos.



Mujeres hindúes hilando lana para los admirables chales de cachemir.



Una instalación textil, rústica pero completa, en una casa de Bagdad. Toda la familia, incluso los niños y los hombres, trabaja en la fabricación de tejidos.

S. M. EL SOL




La más notable fotografía del sol, tomada con el espectro-heliógrafo del telescopio instalado en el Observatorio Mouto Wilson, del Instituto Carnegie, de Wáshington. Para obtener dicha vista se utilizó la luz roja de hidrógeno y se emplearon métodos grandemente perfeccionados, en relación con los que se pusieron en práctica, el año 1908, para tomar en dicho observatorio la primera fotografía de esta clase.




SECCIÓN VERMOUTH

LO QUE BUSCABA

—¿Qué desea joven? — pregunta el señor del escritorio.

—Ver si usted necesita un empleado.

—¿Un empleado?: todo el trabajo de la oficina lo hago yo solo.

—Muy bien, señor, eso es lo que me conviene.

PLACER ESTÉTICO

El forastero paseaba pensativo por las afueras del pueblecito. A poco andar se encontró con dos niños que contemplaban arrobados y con una expresión de delicioso placer allá a lo lejos, donde el cielo se coloreaba a esa hora con bellos tintes rojizos. El forastero los contempló a su vez con placentera curiosidad. He aquí dos pequeños temperamentos de grandes artistas, pensó, no hay más que ver con qué placer contemplan la magnífica belleza del sol poniente. Se decidió a acercarse a ellos:

—¿Les agrada el espectáculo del crepúsculo? — les preguntó.

—¿El crepúsculo? No; es la escuela que se está quemando...

COSA SABIDA



—¿Usted dijo a su cuñado que soy un macaneador?

—No porque me pareció inútil: él ya debe saberlo.

COSTUMBRE

El caballero acababa de leer en un diario la noticia de un naufragio en el que había habido numerosas víctimas.

—¡Qué lástima me causan esos pobres marineros ahogados! — exclamó.

—No son los marineros los que causan lástima, — observó su esposa —. sino los pasajeros. Los marineros están acostumbrados.

EL NOVIO LA SUPO HACER

El padre de la muchacha acababa de tratar al pretendiente de su hija con la violencia más brutal.

—¿No lo has lastimado? — preguntó la niña entre temerosa e inquieta.

—Lastimado, no; — repuso el padre furioso — Pero mira cómo tengo las manos. Te aseguro que lo mataré... si otra vez se llena los bolsillos de piedras.

CUMPLIMIENTO

—Su diario me gusta más que el otro, — dijo la vieja.

—Gracias, señora — repuso el repórter aceptando el cumplimiento.

—Sí: viene justito a la medida de los estantes de la cocina.

DE NACIMIENTO

—¿Dónde ha aprendido a blasfemar de esa manera? — preguntó el señor, muy serio, al albañil que acababa de recibir un balde de mezcla en los pies.

—En ninguna parte, señor; es un don de nacimiento.

APURADO CON RAZÓN

Había venido a Buenos Aires a pasar un par de días. La misma mañana de su llegada entró en una casa de lunch para tomar un almuerzo ligero.

Después de esperar largo rato, vino el mozo y puso sobre la mesa un azucarero. Pasó de nuevo un rato muy largo y al fin volvió el mozo con un vaso de leche. El hombre no decía nada; esperaba pacientemente, mas por último, viendo que nada venía después de la leche, se permitió llamar al mozo, que se acercó con desesperante lentitud.

—Lamento tener que molestarlo, — le dijo — pero voy a estar en Buenos Aires sólo dos días y quisiera almorzar antes de tomar el tren.

PERDIÓ EL PREMIO

El profesor Muller no hacía más que escribir folletos pacifistas y mandárselos al Comité del Premio Nobel. Aspiraba al Premio por la Paz, que se otorga anualmente al pacifista más eminente. Después de mucho tiempo el profesor recibió una comunicación. Decía más o menos así:

"La Comisión no puede otorgar el Premio por la Paz al profesor Muller en vista de que desde hace tres años no deja en paz a los miembros de la Comisión".

LO QUE HACEN LOS MÉDICOS

El médico pensó largo rato puesto un dedo sobre la nariz y finalmente declaró a la afligida familia del enfermo:

—No hay que desesperar. Voy a darle una bebida. Si no da resultado, recetaré unas píldoras. Si éstas resultan también ineficaces, recurriremos a una operación. Supongan que la operación tampoco tenga éxito. Para ese caso recurriré a un medio que lo curará infaliblemente.

COMO SIEMPRE

—En resumidas cuentas, — preguntó la pobre mujer, ya cansada de oir leer las cláusulas del testamento que no entendía — ¿quiénes son los principales herederos?

—Como de costumbre, señora — respondió el escribano: — el médico y el abogado.

BIEN GANADO

—¡Te casaste conmigo por mi dinero! — gritó la mujer en una de sus rabietas acostumbradas.

El marido recorrió con la memoria los meses de vida conyugal que habían transcurrido y contestó resignado:

—Sí, pero te aseguro que me lo he ganado...

DESINFECCIÓN GENERAL

por Raúl GONZALEZ

Raro es el objeto animado o inanimado que no necesite periódicamente una mano de barniz regenerador.

Sin embargo, desde hace un año, los propietarios de carruajes o automóviles de alquiler parecen haber olvidado que existe una ordenanza municipal que les exige aseo dentro y fuera de esos vehículos y las autoridades parecen también haber querido contribuir a ese olvido.

No se vaya a inferir de lo dicho una vanidad nuestra de pretender enterar de un hecho vulgar que está en la mente de todos. El propósito es simplemente plantear ese desaseo como base axiomática de donde parten insalubridades de diverso género.

Como corolario de estas últimas consideraciones, diremos que la diferente naturaleza de los caballos, que son respectivamente fuerza motriz del automóvil y del carruaje, colocan forzosamente a éste en inferioridad de condiciones.

La calle Corrientes, entre las de Maipú y Suipacha, es, sin duda alguna, la de mayor tráfico desde las seis de la tarde hasta las siete.

Por ella marcha a esa hora a paso lento un carruaje de alquiler que podría servirnos de modelo de la antihigiene. Empezando por su rodado trasero hasta el extremo de las narices de los caballos que lo arrastran, no hay en él un detalle que contemporice con el progreso moderno. Un enjambre de moscas ha sido atraído hacia él y lo escoltan asiduamente.

El auriga, con su sombrero tan grasiento como su ropa, fustiga a las acémilas y las guía hacia los rieles del tranvía. Este, a la retaguardia del carruaje y casi tocándolo con sus salvavidas, hace sonar espasmódicamente la campana.

Ocho minutos consecutivos repiquetea el tranvía sus instancias para que la vía quede libre y otros tantos el cochero expectora impasible y sigue haciendo marchar su vehículo sobre los rieles con una lentitud a la que, fuerza es reconocer, sólo se puede llegar tras muchos años de experiencia en el pescante.

Llega un momento en que el motorman tiene que exteriorizar su ira o caer desplomado en un ataque apoplético. Su instinto de conservación impera y opta por acelerar la marcha, con lo que el salvavidas de su coche embiste las ruedas traseras del carruaje y el coche desglosa una de las gomas sujetas a la llanta.

A ésto, el auriga saca del cajón donde guarda sus herramientas una llave de hierro que debe pesar cinco kilogramos por lo menos y empuñándola desciende a la calzada con aire agresivo.

A su vez el motorman desenchufa la manivela de la caja receptora y con ella en su mano derecha abandona su coche y se encara furioso con el cochero.

El público que presencia estos preparativos se apresta a contemplar un drama.

Como preludio a éste, las bocas de ambos conductores parecen haberse contaminado con el desaseo del "simón", y ni el recuerdo de la que en vida fué bondadosa madre del motorman ni la solicitud con que atiende a los deberes de su humilde vivienda la que dió el ser al cochero, son en ese momento, valla suficiente para detener la tempestad de improperios que ellos profieren contra esas dos buenas mujeres.

Pero la perspectiva de tragedia que los curiosos ansían queda frustrada, pues el motorman, como asepsiado por el desahogo de su verba virulenta, mira con desdén al cochero, le vuelve la espalda y regresa pausadamente a su tranvía.

El cochero sube de nuevo al pescante de la carcasa que sirve para el transporte de pasajeros y siempre expectorando continúa su interrumpida marcha por los rieles del tranvía mientras los pasajeros miran compadecidos los rubores que asoman a los rostros de las damas que han escuchado la retahila de improperios que se acaban de dirigir los dos protagonistas de la reciente disputa.

Esto prueba que en tales casos el desaseo material trae aparejada la insalubridad moral, luego es necesario corregir pronto el primero para evitar el lenguaje poco edificante de los conductores de vehículos.

Cacharros sagrados

Los dusunes, salvajes que viven en el norte de la isla de Borneo, son uno de los pocos pueblos que no tienen religión propiamente dicha; carecen igualmente de dioses y de forma de culto. En cambio, profesan una supersticiosa veneración a los pucheros; pero no a cualesquiera pucheros, sino a algunos de ellos, que se conservan en el país desde tiempo inmemorial, y que sólo los indígenas saben distinguir de las demás vasijas. Estos pucheros, llamados allí "gusi", son considerados como poderosos fetiches; en el país no se celebra boda ni funeral que no esté presidido por un "gusi", y cuando hay un enfermo, sus parientes buscan quien posea uno de estos cacharros y se lo piden para que con su presencia sane el paciente.

Según los dusunes, hay "gusis" machos y "gusis" hembras; ellos los distinguen por la voz, es decir, por el sonido que se oye aplicándoselo al oído. De dónde vinieron los "gusis", nadie lo sabe con certeza. Aquellos salvajes cuentan que una vez iba un dusún por la orilla de un río, y de pronto encontró muchos pucheros, colocados en filas. Empezó a tirarles piedras y tocó a veinte seguidos, sin romperlos; al llegar al veintiuno, le falló la pedrada, y al instante los pucheros se desvanecieron como humo, a excepción de los veinte primeros.

Estos veinte eran los "gusis", de los cuales ya quedan muy pocos.

En vista de la importancia que los tales cacharros tienen para este pueblo, el gobierno inglés, dueño de aquella parte de Borneo, con su acertada política, decidió tomarlos bajo su protección, y al efecto promulgó una ley que condena a penas muy severas a todo aquel que rompe un "gusi", así como al que, siendo dueño de un puchero de esta clase, se niega a prestarlo cuando se lo piden para cualquier ceremonia de las antes referidas.

COMO LA PATRONA



—¡Qué barbaridad estás haciendo!
—Me duele un poco la cabeza, y he resuelto almorzar en la cama.

Lo que vale una nariz

Por grande, prominente, acaballada, chata o ancha, que sea una nariz, no puede decirse que constituye una deformidad; pero la mutilación de la nariz, su destrucción en parte o en total, es una deformidad real y efectiva.

De todas las partes del rostro, es casi la más esencial, aunque sea fea, desde el punto de vista estético.

Los desgraciados que por cualquier traumatismo o por cualquier enfermedad incurable de marcha lenta, han perdido totalmente el apéndice nasal, se ven condenados a soportar una vida difícil.

En París hay un hospital, cuyos enfermos y enfermeras están desnarigados, y han tomado esa ocupación porque no encontraban dónde colocarse.

Así, pues, la pérdida de la nariz siempre es cosa grave, desde el punto de vista de la estética, y no deja de serlo tampoco su destrucción parcial por fractura o aplastamiento del cartílago y de los huesos.

Ahora bien; ¿es posible estimar el daño causado a una persona por un accidente de este género? En esto, los llamados a decidir, son los médicos y los escultores mejor que los jueces, los escultores sobre todo, porque los perjuicios para la salud, después de curada la herida, son casi nulos y sólo queda el daño artístico, y tal vez por eso hay diferentes apreciaciones.

Un tribunal inglés concedió a una joven a quien habían roto las narices una indemnización de doce mil quinientos francos, y el presidente al acabar de leer la sentencia, dijo con mucha galantería, que no hubiera cobrado tanto por su propia nariz, pero que tratándose de una joven, la tasa tenía que ser alta.

En cambio, a un ingeniero electricista desnarigado, no le concedió el tribunal de Bradford más que 375 francos por el perjuicio.

Los jueces franceses no son menos galantes que los ingleses, pues mientras sólo concedieron 800 francos a un pobre hombre a quién habían aplastado las narices de un puñetazo, sentenciaron a una compañía de ómnibus al pago de 3.000 francos de indemnización a una señorita que se había estropeado un poco la nariz en un accidente casual, ocurrido al coche que montaba.

Verdad es que la víctima era modelo, y con la lesión que la desfiguraba, se le acababa el medio de vivir de su profesión.

Afortunadamente, cada vez hay que preocuparse menos de los accidentes nasales, porque los cirujanos corrigen cualquier defecto siempre que la armazón osteo-cartilaginosa no esté destruida por completo.

CIMA

(Del libro de poesías "De la penumbra íntima", recientemente aparecido)

La sala está repleta. Los rostros son hermosos.
¡Ah! es que nada hay de feo para quien sabe ver.
Me han servido la taza que a gusto he de sorber;
sonrió interiormente mis ritmos silenciosos...

Momento de gaudencia: pleno poseer de Vida;
nada de más ni menos: todo completo está...
En el palco la orquesta primer acorde da,
y sigue suave música su plácida avenida.

Es un "aria" romántica del mágico Sorrento.
Soñar, soñar, soñar... y vuela el pensamiento.
Allá la violinista insiste en el violín.

¡Cuán diáfana! ¡Cuán pura! La adoro y siento mía:
en el alma celebro las nupcias de armonía...
Silencio.
Todo es leve...
Mi taza tiene fin.

Mauricio ANTONELLI.

PARA LAS DUEÑAS DE CASA

Conocimientos útiles

CONTRA LAS MOSCAS Y LOS MOSQUITOS

Uno de los mejores medios para combatir a las moscas y a los mosquitos es, según el doctor Delamare, la disolución de formol del comercio en proporción de 100 gramos de este producto por 900 de agua.

Con la disolución se llenan varios platos y se reparten por la habitación que se quiere librar de las moscas, poniéndolos en el suelo o en las mesas. Transcurridas veinticuatro horas se encontrarán los platos y sus alrededores llenos de moscas envenenadas. Los dípteros que no mueran en el sitio del formol van a caer a pocos metros de distancia, de suerte que todo el suelo se encuentra cubierto de moscas muertas.

Hay que renovar la disolución que atrae y mata a las moscas, cada veinticuatro horas. Para los mosquitos da aún mejores resultados el procedimiento, si en el centro de cada plato se pone una lamparilla de cristal encendida.

PARA MATAR RATAS Y RATONES

Usase el bulbo de la "escila de otoño", pero da mejores resultados, al parecer, la "escila marítima", llamada vulgarmente cebolla albarrama.

Para prepararla se pica, lo más finamente posible, o se muele, si hay medio de hacerlo, y mezclada con patatas, picadas también, se fríen en grasa y se hace una especie de tortillas que por la noche se colocan esparcidas donde hay rodores, poniendo junto a ellas cacharritos con agua.

El autor que recomienda el procedimiento, lo ha ensayado siempre con éxito. Al picar la cebolla no se debe tocar con las manos, porque su jugo irrita dolorosamente la piel.

LAS GALLINAS

Quedan tiernas, jugosas y blancas si antes de guisarlas se frotan interior y exteriormente con un limón.

LECHE BIEN HERVIDA

Antes de hervir leche debe enjuagarse la cacerola con agua fría. Así se evita que la leche se pegue.

La cocina

POLLOS PARIS

Se cuece un pollo y se corta en presas, que se aplastan bien; se preparan en un plato tres yemas de huevo batidas con sal y pimienta; se le echan pedacitos de jamón; se mojan en el huevo las presas de pollo; se pasan en pan rallado y se fríen en aceite. Aparte se saltan en manteca arvejas y otras verduras, se hace una salsa, poniendo tomates a cocer; se pasan por tamiz y se ponen en una sartén con aceite, cebolla, ajo, perejil y champiñóns; se deja hervir, y para servir los pollos se ponen éstos en medio de la fuente y se cubren con la salsa y las verduras alrededor.

JAMON CON ESPINACAS

Para preparar un jamón con espinacas hay que disponer de una cazuela bastante grande para que el jamón esté en ella a sus anchas, y de una cobertera-recipiente de mango torcido y largo para que pueda colocarse, si es preciso, en el fondo de la cazuela. Colócase el jamón, cocido y preparado en esta cobertera y es introducido de este modo en la cazuela.

Esta precaución es indispensable, porque estando el jamón cocido, y teniendo que cocer aún durante dos horas, se haría pedazos al sacarlo de la cazuela. Por otra parte, se pasan por manteca fresca, sin dejarlas dorar, dos cebollas y otras tantas zanahorias cortadas en pedazos, con una cabeza de ajo, tomillo, una hoja de laurel, sal y pimienta.

Se moja luego con una botella de vino blanco y una taza de consommé. Cuando este adobo este casi cocido, se echa en un tamiz colocado encima de la cazuela que contiene el jamón y se deja hervir lentamente durante dos horas, con muy poco fuego. Se cuecen, separadamente, espinacas bien picadas, con un poco de crema; se deja que se evapore el exceso de agua que las espinacas dan siempre; se añade algunas cucharadas de jugo de cocción del jamón, y cuando se juzgue que tenga buen gusto y buena consistencia, se echa en una fuente bastante grande y se coloca el jamón en el centro, a fin de que quede rodeado de espinacas, que se adornan con cortezones de pan frito. Es uno de los mejores modos de servir un jamón frío. Como es raro que se coma todo un jamón en una comida, se limpia el que quede de las espinacas adheridas; el jamón que haya sufrido esta preparación es más tierno y mejor, para comerlo frío, que el jamón de igual calidad cocido solamente al natural.

HUMITA CON LECHE

Se rallan 18 choclos; es mejor que sean tiernos. Se prepara en una cacerola, grasa, 4 tomates, 1 ají, pimienta, pimentón, azúcar al paladar y sal; cuando esto esté frito se le echa el choclo rallado conjuntamente con 1 vaso de leche y se pone a fuego lento. Si se seca pude agregársele un poco más de leche. Se ha de revolver continuamente hasta que se sáca del fuego.

TRUCHA CON SALSA PICANTE

Se limpia el pescado como de costumbre, se le quitan las espinas; se corta en pedazos gruesos, se salan y se dejan reposar. Se secan los pedazos gruesos, se untan con mostaza dulce y después de pasarlos muy bien cubiertos con harina, se hacen dorar bien en grasa y manteca mezcladas y bien calientes. Entretanto, con las espinas y la cabeza se tiene cocido un caldo que sirve para preparar la salsa; para esto se cuela, se espesa un poco con harina, se le agrega extracto de carne y alcaparras. Se sirve con esta salsa y adornado con tajadas de limón.

SOPA DE CHOCLOS (ARGENTINA)

Se fríen en grasa 4 cebollas picadas y 6 tomates exprimidos; se echa caldo hirviendo a razón de 1 cucharón por persona; se agrega un terroncito de azúcar disuelto en una cucharada de buen vino añejo: también puede agregarse una ramita de albahaca. Media hora antes de servir se echa la pulpa de 6 a 12 choclos rallados y se revuelve. Al servir se pasa la sopa por un colador grueso y se agrega una yema de huevo, manteca derretida y queso.

SOPA DE MAIZ

Se muelen granos de maíz y se tamizan para separar la envoltura gruesa. Se muelen una segunda vez y se utiliza lo que queda para la sopa. Se deja cocer con el agua necesaria a fuego lento; se agrega un poco de aceite y sal y se concluye la preparación, agregándole pan rallado o tostadas en aceite.



Callad por un instante; recogeos en vosotros mismos, y oiréis las voces que amablemente hablan al espíritu: escucharéis las armonías insospechadas que el silencio vierte en sutil cascada sobre la mente. El silencio es la palabra interior, la voz sincera de la conciencia, expresión de lo más verdadero que oculta cada ser en su rincón más íntimo: guarda silencio la boca para que hable el corazón, según Musset, que bien debía sentirlo así, y Montesquieu dice que algunas veces el silencio es más elocuente que todos los discursos.

No habléis demasiado: las palabras dan al vulgo, solamente ideas ya elaboradas, mientras que el silencio da ocasión al sabio para vislumbrarlas.

La palabra es el don de que se vale el hombre para disimular sus ideas y sentimientos. Y aquel que siempre habla no tiene tiempo para concentrarse en silencio y escuchar la voz de su conciencia; se dirá de él que acumula palabras huecas, sin saber a veces lo que dice: recuerde entonces que el silencio es de oro y la palabra de plata, según el antiguo y sabio proverbio árabe.

Las grandes cumbres de la humanidad, cuyas ideas serán siempre águilas de majestuoso vuelo que difícilmente sobrepujarán muchos humanos, se han levantado sobre la base del silencio, del recogimiento y la meditación, como Moisés, Buda, Confucio, Jesucristo, elaborando en silencio sus avanzadas ideas que habrían de arrastrar tras de sí a la masa informe de la humanidad. Esto sin olvidar otros pilares más modernos que asientan únicamente en el silencio: la ciencia, las artes con su resumen de bellezas incorpóreas.

En silencio, pues, trabajan las ideas imperecederas, sabias, sublimes; las del loco se elaboran con ruido interior, hasta asustando a su propio y mísero dueño. Y al asesino, que se creo solo al hacer hervir tumultuosas sus ideas enfermas, oye los clamores de su conciencia impotente para detenerlas, como un eco lejano; otras veces un espíritu patológico aconseja a gritos, con gritos de culpabilidad, las desviaciones de una conciencia anormal, pero no se trata ahora de casos desnaturalizados que no pueden realizarse, por lo demás, en silencio.

Los gansos son seres despreciables por lo mismo que sus graznidos irritantes retumban en su oquedad interior; el zumbido de la mosca repulsiva, el croar del sapo legamoso y demás seres que nos atormentan, repugnan tanto porque alejan el silencio que las almas elegidas buscan.

En silencio se traducen las verdaderas emociones, las que la naturaleza provoca en la más recóndita célula sensible; en silencio emotivo se exteriorizan los juicios provocados por la obra del artista silencioso, sin tener que recurrir a las ideas dichas ya por el académico (que son suyas), sino por medio del éxtasis, sin romper el silencio para expresarlas.

El silencio es azul en noches de quietud divina y nos habla de cariño, de alegrías, de amor. Es luminoso cuando la luna derrama escamas de plata sobre la quietud de las cosas. Es blanco en medio de la noche eterna, exánime del polo. Es negro cuando acompaña a la pena...

En silencio se muere solamente cuando se posee alma tan grande como para dominar los alaridos del dolor, cuando la noble quietud invade lentamente el cuerpo, atraída por la tranquilidad absoluta del pensamiento.

Muy en silencio las moléculas líquidas se aglomeran, se distribuyen armoniosamente y elaboran los suntuosos edificios cristalinos...

En silencio las bacterias cumplen su noble misión de cerrar el ciclo eterno de la materia, para que los productos de degradación se transformen, ennoblezcan y asciendan hasta la perfección, para que luego, nutriendo nuevas células, edifiquen otros organismos y prosperen los ya formados.

Los gusanos de seda elaboran quedamente su capullo, y al perforarlo después de un silencio fecundo, muestran el prodigio de sus alitas escamadas de plata; cumplida su misión sobre la tierra, mueren en medio de un silencio conmovedor.

El silencio es la síntesis de la vida.

El navío de vela, raudamente impulsado por la brisa, baja las ondas marinas en el silencio de la noche; se desliza casi sin rozamiento y su estela se bruñe a la luz de la luna. ¡Cuánta diferencia con el transatlántico rugiente cuya hélice lucha porfiadamente con las aguas, revolviéndolas, y el humo ensombrece la línea del horizonte! Aquél nos dice de sencillas vidas de pescadores amantes de la naturaleza, que se sienten cercanos a Dios en el infinito del mar; éste de la ambición humana, del afán de lucro; en aquél se piensa en los fabulosos abismos del mar, poblados de maravillas de la creación; en éste se reflexiona al compás del rugiente vapor que se revuelve en las calderas, la forma de apartar a sus semejantes del camino de la felicidad personal.

En silencio aparecen a nuestra vista los fenómenos más grandiosos de la naturaleza: ora un arco iris ártico hermosamente circular; una aurora boreal en su cortinado de multicolor hermosura; una azulada bruma ocultando ciudades encantadas; un espejismo luminoso en la inmensidad del desierto; una nube que en la tarde tranquila el sol va tiñendo con cambiantes del rojo, amarillo, azul, púrpura, violeta, gris; mas, he ahí que la nube se ha cargado de electricidad, también en silencio, y ahora estalla su ira violenta, sembrando el rayo y el trueno a su paso: el encanto queda roto desde que el silencio ha sido interrumpido, pero el espíritu mide silenciosamente su pequeñez dentro del universo...

Allá, en la inmensa oscuridad del infinito, donde reina el vacío absoluto, la nada, dos esferas enormes, que viajan sin destino, han chocado sin producir el más leve ruido; pero del contacto se ha engendrado un haz de fúlgidas chispas que han incendiado ambas masas, formando dos nuevos soles... ¡Y todo ha sido en silencio!

Y la esfinge aislada en el desierto, cuyo gesto deja perplejos a los mortales, ¿no parece que estuviera a punto de revelarnos el enigma de la vida y la muerte? Mas sus pétreos y entreabiertos labios han preferido caer bajo el azote del tiempo, antes que hablar. ¡He ahí la verdadera imágen del silencio, de Dios!

El arsenico del vino

La cuestión del peligro que puede envolver para la salud pública el tratamiento arsenical de las viñas, ha dado lugar a muchas controversias, y los análisis, más o menos oficiales, efectuados en diversas ocasiones por especialistas de nota, han dado lugar a interpretaciones bastante contradictorias.

M. Mathieu, director de la estación etnológica de Beaune (Francia), dió a conocer los resultados de sus últimos estudios en colaboración con M. Foré, y según estos señores, el tratamiento arsenical es inofensivo.

Los autores han examinado uvas y vinos recolectados o preparados durante el año 1909, que fué muy lluvioso, y durante el de 1911, de sequía excepcional.

La uva no había recibido ningún tratamiento arsenical y los vinos hechos con ella contenían rastros infinitesimales de arsénico.

El vino de 1909, preparado con uvas que habían recibido arsénico antes de la florescencia, contenían algo más, a pesar de las abundantes lluvias que, según ciertos autores, lavan las uvas y las limpian por completo del producto tóxico, pero la proporción era muy pequeña: menos de una décima de miligramo por litro.

Las uvas de 1911 acusaron 1/20 de miligramo por kilo, pero según los autores antedichos, esta cantidad representa el máximum posible y una gran parte del arsénico se queda en la casca u orujo.

EL CASUS BELLI CONYUGAL



En las querellas conyugales casi siempre hay un tercero. Esta vez el tercero pasaba por la calle.

Encajes químicos

La fabricación de los encajes químicos es muy sencilla y no requiere telares. La máquina que produce los encajes químicos se reduce, en su parte esencial, a un receptáculo que contiene una solución cúprico-amoniacal de celulosa, un cilindro en el cual está grabado el negativo del dibujo del encaje y una tinta de coagulación.

Al girar el cilindro cae sobre él la solución, penetra en los intersticios del grabado y se fija en el líquido coagulador, resultando un encaje que puede recibir el tinte y el apresto como los encajes ordinarios.

El nuevo encaje tiene una hermosa apariencia, es homogéneo e inalterable, dura más y es menos combustible que el encaje de hilo y no le afecta el agua.

Los dibujos pueden ser infinitos, porque el cilindro reproduce cuantas líneas se graben en él.

Protección de los oídos contra los estampidos de los cañones

Para evitar los ruidos violentos producidos por los disparos de los cañones, que ocasionan a veces a los artilleros roturas del tímpano y otros accidentes sensibles, se han ideado diversos aparatos, y voy a dar cuenta de tres de ellos, según datos que tomo de "La Nature".

TIMPANÓFILO. — *Está destinado a proteger el tímpano y los órganos internos del oído contra los ruidos fuertes, explosiones, etc., sin aminorar la percepción de los ruidos débiles, como órdenes transmitidas, nidos sospechosos cuando se practica el servicio de "escuchas". Este servicio es sencillo y ligero (pesa unos 3 gm.), y se coloca en el oído con gran facilidad, sin producir molestia. Consta de un tubo de caucho de forma conveniente para adaptarse al oído, que se une a una pieza de aluminio, en el centro de la cual descansa una lámina de mica. La distancia de ésta al orificio que lleva en su centro la pieza es de 2 mm. Las vibraciones de la voz y de los ruidos débiles dejan abierto el orificio, y son transmitidas por éste; una conmoción brusca del aire coloca la lámina de mica sobre el fondo de la pieza de aluminio y obtura el repetido orificio, impidiendo llegue aquélla al tímpano.*

PIERDE-SONIDO. — *Está constituido por una especie de embudo de aluminio, cuyo extremo más estrecho va protegido por un anillo de caucho y se introduce en el oído. La base del embudo está obturada por un disco delgado de aluminio, que no llega a apoyar directamente sobre ella pon impedirlo un pequeño muelle, el cual está graduado de modo que una fuerte presión exterior pueda vencerlo, y entonces apoya sobre el embudo obturando por completo su conducto central. De aquí se deduce que el aparato deja pasar los sonidos ordinarios sin deblitarlos y detiene los sonidos violentos. Es más ligero que el timpanófilo y se adapta mejor al oído, pero no resulta tan fuerte como él.*

OBTURADOR VERAIN. — *Está dispuesto de modo que se amortigüen las variaciones fuertes de prisión por medio de una o varias cámaras de expansión. El aire entra por una canal delgada llegada a una cavidad, en donde nuevamente se expansiona, sale por otra canal que desemboca en el oído externo, en donde nuevamente se expansiona, Esta serie de cánulas y cámaras destruye mucho las vibraciones demasiado violentas, pero también disminuirá los sonidos débiles. Este aparato tiene al exterior la forma ovoide.*

Horacio B. OYHANARTE.

El "spleen"

El spleen ha sido considerado siempre como una enfermedad genuinamente inglesa, que en su forma típica no se encuentra sino entre los habitantes de las islas Británicas. Es una enfermedad psíquica, referente al la cual dos psiquiatras, los doctores Harphery y Elli, emprendieron extensos estudios, cuyo resultado acaban de publicar. Los dos facultativos no se limitaron a estudiar dicha enfermedad en Inglaterra, sino que aportaron la prueba de que existe también en otros países.

Como causa generadora del ataque de spleen acusan en primera línea al clima de la región en que vive el enfermo y a la índole del paisaje que le rodea. El spleen es una especie de melancolía, unida, por coincidencia rara, a las manías de grandeza y despilfarro, así como al constante afán de extravagancias, de modo que se explica que los que padecen esta enfermedad forzosamente han de ser personas pudientes. Los dos psiquiatras han podido investigar 512 casos de spleen graves, de los que 428 recaen en las islas Británicas, 22 en América, 17 en Holanda, 3 en Dinamarca, 18 en Suecia, 12 en Noruega y 12 en Alemania.

Según se ve por esta estadística, es Inglaterra la que da el mayor contingente de esta clase de enfermos. Pero hay que tener en cuenta que el clima de este país es especialmente favorable a su desarrollo, y que, por otra parte, se encuentra precisamente en la Gran Bretaña un crecidísimo número de personas ricas, entregadas a la ociosidad, que les empuja en los brazos de la melancolía.

Antonio Formidable PIÑERO.

El Dios oculto

Durante mi primer viaje a Siria, recibí hospitalidad en una patriarcal casa del Líbano, donde vivía un anciano de profunda piedad que me tomó mucho afecto. Al publicarse la "Vida de Jesús", oyó numerosos sermones en mi contra, y entró en grandes dudas. Dirigióse a su hijo Domingo, al tanto de las cuestiones francesas, y que me había acompañado en mis viajes.

—Dime, hijo mío, ¿cuáles son esos errores de M. Renán? Procedamos por orden. Entre las verdades que es preciso creer, está primero Dios Padre. Veamos, ¿cree M. Renán en Dios Padre?

—¡Oh! — respondióle Domingo. — En ese punto es de una solidez a toda prueba.

El viejo lo miró de hito en hito.

—¿Sabes que es mucho?—díjole. Y agregó:—¡Es mucho!

No renunciemos a Dios Padre, no neguemos la posibilidad de una justicia final. ¿Nunca hemos estado en una de esas situaciones trágicas en que Dios es, en cierta manera, el confidente y el consolador obligado? ¿Qué queréis que hagan, sino levantar los ojos al cielo, la mujer pura, acusada injustamente, el inocente, víctima de un error judicial irreparable, el hombre que muere realizando un acto de abnegación, el sabio atormentado por la soldadesca bárbara? ¿Dónde buscar al testigo sino en lo alto? Aun en nuestras vidas apacibles en que las grandes pruebas son tan raras, ¿cuántas veces no experimentamos la necesidad de apelar a la verdad absoluta y decirla: "¡Habla, habla!" Los momentos de esta especie son tal vez aquellos en que estamos más cerca de la verdad. Pero lo inaudito es que jamás nada indica que nuestra protesta haya conmovido a "algo". Cuando Nemrod apuntaba al cielo su arco, las flechas le volvían ensangrentadas. Nosotros no obtenemos ninguna respuesta...

¡Oh, Dios que adoramos, a pesar nuestro, a quien oramos veinte veces al día sin saberlo, verdaderamente eres Dios oculto!

Ernesto RENAN

El costo de la vida en los Estados Unidos

Aun cuando desde 1913 el costo de la vida ha ido subiendo en los Estados Unidos hasta alcanzar un aumento de 75 por ciento, las últimas estadísticas demuestran que, en algunos casos, el "aumento de los salarios" ha sido mucho mayor.

El salario de los obreros de las fábricas de acero ha subido en un 121 por ciento desde 1913; el de los aserraderos en un 94 por ciento; el de las fábricas de tejidos de algodón en un 79 por ciento y el de las fábricas de telas de seda y de lana en un 91 y 93 por ciento, respectivamente. Las diferentes industrias a que se refieren los datos anteriores emplean cerca de 2.000.000 de obreros.

EL CHANCHERO EN EL CABARET



—¡Pero, señor! ¡Me está echando sal!
—Para que se conserve...

Colaboración espontánea

A Nelly

(Con motivo de su poesía "¡Aquello!", publicada en FRAY MOCHO.)

Si fué tu amor tan sublime,
Entonces, ¿por qué olvidar?
¿Acaso tú, al recordar,
No sientes supremo alivio?
¡Busca, pues, su cáliz tibio!
¡Tan dulces es poder amar!

Mas si el ser por quien temblara
Tu angustiado corazón
No puede hoy calmar la herida,
Entonces, Nelly querida,
¡Amemos... una ilusión!

PEPE

Recepción

¡Bienvenido, amor nuevo...! El pecho mío
—que guarda un corazón convaleciente...—
sus puertas abre a tu ilusión sonriente
confiando en el remedio de tu Estío...

Noches de calma me robó el hastío
y el desengaño ensombreció mi frente;
pero, a pesar de todo, dulcemente
espero, abro los brazos y sonrío...

Amor, ¡oh dulce amor que fulges puro
como una anunciación de lo futuro;
todo me entrego a tí sin vacilar!

Y todo te lo doy: mi fé, mi cielo,
—hasta este loco y azulado anhelo
de alcanzar lo imposible de alcanzar...!

José M. NUÑEZ

Andariega

Para FRAY MOCHO.

Cruza el monte, baja al llano, no detengas
con amores, tu mirada en la espesura;
no descanses en el margen de las piedras,
ni, si caes, pidas lástima o ayuda.

Anda solo, siempre solo, no te importe
la campaña de los hombres, tus hermanos;
vive solo, llora solo, que en el monte,
no los pinos son más flojos, solitarios.

Tienen vida, vida propia, vida fuerte,
las violetas en las cumbres olvidadas,
y las flores a millares de las vegas
casi siempre se marchitan con la azada.

Anda, anda, hombre fuerte, hombre noble,
cruza el río sin ayuda de la barca;
no descubras ni tu patria, ni tu nombre,
que el olvido sólo a débiles espanta.

Si tu brazo no te sirve en la refriega,
tienes otro que te ayude y que te aguante;
no te apoyes en la garra de una fiera,
si es que quieres ir seguro en tu viaje.

Tira el palo que te sirve de embarazo,
suelta el lazo que sujeta tu cintura,
sube solo por las rocas y peñascos
y ¡verás como respiras en la altura!

Sentirás como la sangre se remoza
con las auras de los pinos centenarios,
con los brezos, con las zarzas, con las hojas,
que en las cumbres tienen vida y tienen años.

Siempre solo, edifica tu cabaña
junto al roble que se yergue solitario,
y con haces de tomillos y retamas
cubre el pecho y las paredes de tu cuarto.

Seas fuerte, seas noble, seas hombre,
y no siervo de los viles alimañas
que se dicen poderosos, ricos, nobles,
y que sólo tienen cieno dentro el alma.

"Andariega" sea el lema de tus días,
y en el monte y en la selva y en el valle,
cree siempre, que la vida sólo es ruda
cuando es noble, cuando es fuerte y cuando es [grande.

Mariano MACIA.

Homenaje a José Hernández

El autor de "Martín Fierro".

¡Maestro! ¡Gaucho viejo! Yo te saludo,
¡Desde el rincón humilde de mi destierro!
Donde pulso mi lira como un escudo,
Y te canto en el nombre... ¡Del gaucho Fierro!

Para ti... ¡Gaucho viejo! Van mis mejores
Pinceladas de artista, como un encargo
De formar en un cuadro... ¡Tus payadores!
¡Tus caciques! ¡Tus Chinas! ¡y el mate amargo!

¡Yo que admiro tu obra...! Grande y de aliento,
¡Yo que admiro tu obra...! Grande y de aliento.
¡Y me alumbro con ellas en mi destierro!

Yo te nombro... ¡Maestro! ¡Como una gloria!
Que ha pasado a ser carne de nuestra historia,
Y te canto en el nombre... ¡Del viejo Fierro!

Eduardo E. MENDEZ.

Gente que muere sobre el suelo

Los sijs o seijs forman una secta religiosa de la India, que durante un siglo fué una verdadera nación militar y tuvo gran preponderancia en el Penyab. Hoy sólo conserva seis principados, en los cuales viven unos dos millones de individuos.

Sus costumbres son muy curiosas, como las de todos aquellos países; pero entre ellas una de las más notables consiste en que ningún seij que se precie de observar bien su religión muere en el lecho. Sea cualquiera su categoría o su edad, el moribundo se echa en el suelo pelado y allí espera la muerte, porque, según sus creencias, en semejante trance no debe existir el más pequeño trapo que aisle al cuerpo del contacto con la tierra.

Los seijs son muy refractarios al estudio y su educación muy deficiente. El número de los que saben leer y escribir no llega al 6 por 100 de la población total.

El distintivo de este pueblo es su carácter guerrero y sus largas cabelleras, pues nunca se tonsuran, como otros indios.

Los primeros médicos especialistas

En las excavaciones que se practicaron en Deir el Baharí, en el sitio donde se alzaba Tebas, encontró el profesor Reissner un papiro, cuya traducción ha dado a la estampa en una de las publicaciones de la Universidad de California, que con otros documentos publicados anteriormente, se pueden añadir muchos datos a la historia de la Medicina en el antiguo Egipto.

Era esta una ciencia muy apreciada y, según Herodoto, los numerosos médicos que existían se dedicaban a una especialidad: unos curaban los ojos, otros el vientro, otros la cabeza, etc.

El origen de las enfermedades se atribuía a los espectros o espíritus maléficos que penetraban en el cuerpo del hombre y sólo se podía lograr la curación completa por medio de fórmulas mágicas y con la intervención de un exorcista. Sin embargo, se sometían los enfermos a un régimen terapéutico sencillo, en el que intervenían los remedios caseros, los vegetales, los minerales, mágicos o no mágicos, la carne viva, el hígado, la sangre fresca, el pelo y los cuernos de los ciervos, la leche de mujer, los sesos de tortuga, los orines, etc.; remedios todos, cuya invención se atribuía a los dioses o a los reyes de las antiguas dinastías. La mayor parte de ellos eran eficaces y no escasos los conocimientos médicos de los egipcios, pues ya habían estudiado o conocían la circulación de la sangre, cuyo descubrimiento lo hizo en Europa después, en el siglo XVI, el sabio español Miguel Servet.

Hay que observar que los documentos a que nos venimos refiriendo son de época muy anterior a la de los médicos griegos, pues datan de la dinastía XVIII, es decir, de cerca de 1.500 años antes de nuestra Era, cuando estaba en su apogeo la dominación de Tebas.

LA PAJA EN EL OJO AJENO



Este es el mismo que dijo que la guerra era bárbara.

El nuevo motor inglés que supera al Diesel

El nuevo motor Still, de combustión interna, y que costó ocho años de estudios a William Joseph Still, ha causado gran sensación en el mundo técnico de la ingeniería.

Consiste en un motor de doble fuerza, accionado por gasolina y vapor, que viene a revolucionar el valor comercial de los motores de combustión interna.

Aprovechando el vapor de agua, perdido hasta ahora en la cámara de refrigeración y en el escape y dejándolo expandir en el motor, en la parte trasera del pistón principal, de modo que un golpe de pistón sea producido por el vapor y otro por la presión de la combustión, se obtiene una enorme economía.

Como lo hace notar Sir Algernon Parsons, todo el mundo ha observado el vapor de agua que se escapa del radiador de un automóvil o de un autobús. Este desperdicio de calor es el que el motor Still aprovecha.

Cuando un motor común de combustión interna está sobrecargado, se para, pero entonces el motor Still suple una reserva de energía capaz de sostener un fuerte recalentamiento, durante algún tiempo, convirtiendo así estos motores en más estables para muchos requisitos.

PAGINA INFANTIL. — Aventuras de Pipirí





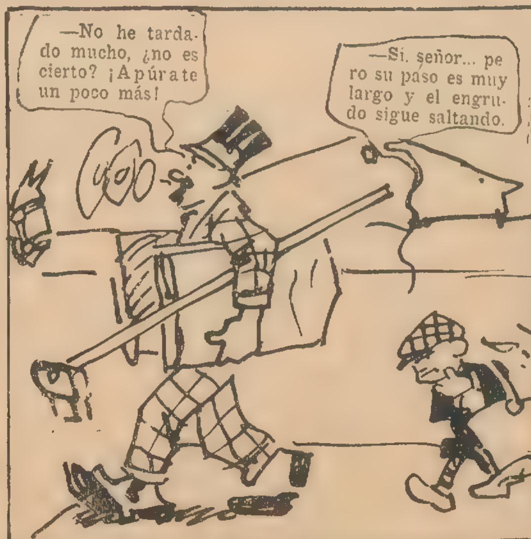




















PARA LA GENTE DEL CAMPO

CONSEJO DE "INDISCUTIBLE PORVENIR", ESTIMADO CALVETE



—No está mal tu paisaje, pero deberías poner alguna loma. El terreno alto vale más.

Mes de febrero

LA CHACRA

Prosiguen y terminan las tareas del mes anterior y se empieza a trabajar los rastrojos y las tierras destinadas a trigo, lino o cebada. Debiendo quemarse el campo por exceso de malezas, conviene hacer uno o dos surcos del lado opuesto a la dirección del viento para evitar quemazones peligrosas o imprevistos accidentes. Se da otra reja a los terrenos destinados a sembrarse con alfalfa u otras forrajeras, en los meses de abril o mayo. Se siembra la cebada para verdeo, cuidando que resulte muy tupida. Sigue el corte de alfalfa, pero cuando éste es poco abundante, conviene echar animales para que la coman. Se combaten las malezas antes que semillen o infesten los campos, y se preparan los galpones para la cosecha del maíz. Aprovechar las primeras lluvias para arar los rastrojos.

Se acaba la preparación de la tierra para sembrar plantas forrajeras y se siembra trébol, centeno, mostaza, turneps, etc. A fin del mes, ya puede empezarse a sembrar alfalfa. Se siembran las papas de la segunda estación.

LA HUERTA

Las siembras de este mes son ya tardías, pues están expuestas las plantas a semillar, espigando pronto. Se removerán y carpirán los tablones desocupados para que se oreen para las siembras y plantaciones del otoño. —Se debe seguir cuidando del riego.— Si se quiere tener ajíes muy temprano, se sembrarán en cajones portátiles que se pondrán al abrigo del sol de mediodía, y que se tapan en las noches frías.

Sembrar en almácigos lechugas, remolachas, escarolas, cebolleta para verdeo, coliflores, brócoli y repollo. Y de asiento sembraráse perejil, zanahoria, rábanos, espinaca, porotos cuarentinos y amarillos para chauchas.

Se aporca el apio para que blanquee; se remueven los frutilares viejos; y se siembran en almácigos bien abrigados: tomates, ajíes y pimientos, para conseguirlos bien temprano.

Se transplanta la acedera; se preparan las esteras y abrigos para los almácigos; se escarda y se riega con frecuencia.

LA QUINTA

Se sigue injertando y apuntando las ramas caídas bajo el peso de las frutas.—Sigue la cosecha de las frutas, con las mismas precauciones anotadas en el mes anterior, cuidando de recogerlas, si son para la venta, algunos días antes de su madurez.

Cuidar los viveros, los injertos, los acodos; abrir los hoyos para el trasplante de los árboles desde el vivero; cosechar las aceitunas; labrar los olivares y proceder a despampanar las moreras nuevas.

Se siembran: damascos, almendros, guindas, ciruelas, perales, moras y duraznos, convenientemente estratificados.

EL MONTE

Se señalan los árboles que se cortarán a fin de estación.—En los montes altos se procederá a dar una labor con cultivador, para facilitar la germinación de las semillas, sobre todo en las claras.

Se componen los caminos y se abren picadas; se abren también los hoyos para el trasplante de otoño; se labran las tierras que se deben sembrar más tarde; se recogen las semillas maduras y se extratifican las que se quiera sembrar en primavera.

LA VIÑA

Terminar el deshojado.—Apartar los racimos más perfectos para semilla, dejando la simiente en las uvas hasta la siembra.—Marcar las mejores cepas para multiplicación.—Empezar la cosecha.

EL JARDIN

Continúan los trabajos del mes anterior; se plantan gajos herbáceos, como ser: geranios, claveles, verbenas, aquirantes, aljabas, etc.—Se cambian por otras plantas las pasadas de flor y se riegan diariamente con cuidado. —Se acodan claveles y otras plantas herbáceas, pelargonias, geranios, verbenas.—Se sacan las cabezas, de flores cuyas hojas estén secas, y se guardan para volverlas a plantar en el otoño.

Se siembra de asiento: miosotis, resedá, silene, buglosa.—En almácigos: acacias, ácer, negundo, cataloa, paulonia, imperialis, magnolia, araucaria, ciprés y pinos.—Empieza la siembra de los conejitos y pensamientos.

ARBORICULTURA

Sigue la cosecha de las frutas, eligiendo las más maduras, pero si son para ventas, hay que recogerlas algunos días antes de su madurez completa.—Cuidar de los viveros, injertos y acodos. Practicar los hoyos para el trasplante de los frutales del vivero.—Cosechar las aceitunas y labrar los olivares.

Siémbranse: damascos, almendros, guindos, ciruelas, perales, duraznos.— Se puede empezar a marcar los árboles que se cortarán en la estación.

AVES DE CORRAL

Hacer provisión de huevos para el invierno, pues en parte de este mes, los huevos quedan sin fecundar. Elegir entre las gallinas las más lindas para reproductoras, y engordar las demás.

Durante los meses de grandes calores es menester cuidar que no falte a las gallinas agua limpia y pasto fresco todos los días; los bebederos deben estar a la sombra.—Durante esta estación son las aves muy perseguidas por toda clase de insectos, que las arruinan, haciéndolas enflaquecer e impidiendo la cría de los pollos. Para evitarlo, es necesario dar una blanqueada a las paredes y perchas del gallinero, barrerlo a fondo todos los días y llenar los pocitos con ceniza y tierra seca para que las gallinas puedan revolcarse en ellos, y si no basta, añadir en éstos un poco de flor de azufre o algún polvo insecticida.

Comienza el cebo o engorde de los pollos nacidos en septiembre y octubre. Con este fin se encierran en un espacio más reducido. Se les da tres comidas diarias; pastas preparadas con papas cocidas y harina de maíz. Se hace la castración de los gallos que se destinan para la venta.

EQUINOS

Si ha llovido y si los campos están buenos se principiará a domar los potros, con tal de haber tenido el cuidado de amadrinarlos en el otoño, y, si no estuviesen amadrinados, se puede hacerlo encerrándolos en un potrero de noche hasta que sigan a la madrina.

VACUNOS

Hay que tratar que tengan agua a discreción y a proximidad.—Los que no encierran su hacienda deben recogerla muy de madrugada, trayéndola despacio.—Los que tienen crías especiales, deben reparar la entrada de los toros ajenos a su rodeo.—Recorrer los campos, si hay epidemia, para sacar el cuero de los animales caídos.— Seguir todavía todo este mes teniendo los toros finos con las vacas.

OVINOS

Las ovejas requieren los mismos cuidados que en el mes anterior.—Si no se ha bañado todavía las ovejas para curarlas de la sarna, debe apresurarse a bañarlas, siendo éste el último mes para hacerlo. A veces la parte sarnosa está cubierta de una costra dura que impide que el remedio penetre; en este caso conviene aplicar la grasa de potro que en pocos días disuelve la costra, y entonces se puede curar la oveja, si no se ha curado ya con la grasa solamente.—En algunas localidades se esquilan las borregas en este mes, y en otras las esquilan en diciembre, pudiendo en este último caso las borregas pasar los grandes calores aliviadas de su vellón.

CAPRINOS

Las cabras, aunque de naturaleza resistentes y modestísimas en cuanto a los cuidados que requieren, padecen algunas enfermedades que influyen sobre la cantidad y calidad de la leche. Hay que alojarlas en un local limpio, bien ventilado y donde el sol entre a voluntad. Debe tener el suelo impermeable, sobre el cual se coloca una cama de pasto seco o paja, que se renueva con frecuencia. Observando estas reglas se evita el mal olor que despide la hacienda cabría aglomerada. Se calcula para cada animal un metro cuadrado de piso. Como característica del buen estado de salud en las cabras, mencionaremos: cabeza pequeña y ágil, ojos abultados y vivos, caídas las orejas, el pelo fuerte, untuoso y brillante. Al no presentarse así o cuando rehusan de tomar agua es señal que están enfermas. Esas enfermedades no se diferencian mayormente de las enfermedades de las ovejas, siendo su tratamiento parecido.

PORCINOS

Continuar llevando los cerdos a pastoreo, empezar a darles ración suplementaria de maíz y papas cocidas; este suplemento se va aumentando en los meses siguientes.

LA CRIA DEL CONEJO

Una industria auxiliar de la agricultura, es la cría del conejo que puede explotarse en el país con provecho.

Las razas mejores para nuestra campaña son: el conejo de Flandes y el Polonés; pero los mestizos de Flandes y criollos son los más recomendables por su rusticidad, tamaño, fecundidad y resistencia a las enfermedades.

Para la reproducción deben elegirse machos vigorosos, de mirada viva y pecho ancho; y hembras mansas, anchas y largas de lomo. Un conejo bien alimentado puede bastar para diez conejas. Estas paren de 3 a 12 conejitos, cada vez, durando la gestación 30 días. Pueden obtenerse de 6 a 10 pariciones por año.

La cría debe efectuarse en las conejeras o jaulas que se construyen con madera, tela metálica y cinc.

Durante la cría debe observarse una rigurosa higiene porque influye mucho sobre el resultado de la explotación. La alimentación en el país consiste en alfalfa, repollos, nabos, etc.; en el invierno puede darse un poco de maíz pisado algo humedecido y un poco de avena verde. No debe suministrarse pasto mojado, para evitar disturbios intestinales. Los alimentos se dan por la mañana, a mediodía y a la tarde. No es necesario dar agua a los conejos porque su alimentación es acuosa.

El beneficio que se puede obtener de una conejera bien explotada, con 50 madres y 6 machos, una hectárea para producir pasto y un hombre para su cuidado, pasa de 500 pesos por año.

Conciencia social de la previsión contra las enfermedades de la infancia

por el doctor Genaro GIACOBINI

Para FRAY MOCHO.

Los conocimientos humanos, no deben circunscribirse a los claustros universitarios, rasgo saliente de la mentalidad científica de los primeros tiempos.

En la renovación de valores mentales, la conciencia científica en su aplicación práctica a la vida social, ha de infundirse en los pueblos como una manifestación necesaria y compensadora de su propia vida.

La ciencia, en sus principios de previsión, lleva como suprema finalidad el conocimiento de la verdad, el perfeccionamiento humano y el libre ejercicio integral de las compensaciones artísticas como manifestación de la existencia y sus tributos de belleza natural.

De ahí que interesa al género humano ,toda la satisfacción de sus necesidades espirituales que consagra el imperio de la verdad, escudriñando y planteando los principios que aseguren la vida social.

La verdad no ha de ser patrimonio de una casta privilegiada y que constituiría, por así decir, la aristocracia del talento; ha de tener, en cambio, esa expresión de socialización que haga efectiva la democracia de la ciencia.

Con ese espíritu, su influencia y poder de cultura se difundirán en los pueblos intensificando su poder comprensivo y haciendo efectivas las normas de su perfeccionamiento integral.

Es menester en ese principio intensificar la conciencia popular de los conocimientos humanos que tiende a asegurar el imperio de su propia conservación y progreso.

En lo que respecta a los derechos naturales de la niñez y en la previsión de las enfermedades que la atacan y producen, su cuadro demográfico cada vez más exacerbado, la inteligencia y el espíritu popular no reune sus preceptos fundamentales, su capacitación interpretativa.

Si el problema de la previsión profiláctica en las enfermedades de la infancia, se considera desde un punto de vista técnico y especialista, haciendo caso omiso del interés social que reporta la conciencia pública en pro de su propia reconstitución y vida fisiológica, las generaciones humanas sufrirán el peso inevitable de las desintegraciones inherentes a la lucha por la vida y bajo la presión de los agentes que atacan destruyendo la salud y el vigor de las mismas.

Ha de entrar en esa lucha gigantesca de la humanidad contra los procesos patológicos que minan el organismo de la infancia, todo un espíritu de amplia justicia social, que coloque al niño a vivir su verdadera vida fisiológica que prescribe la ciencia y coopera da por la energía estimuladora de la conciencia pública, agente y factor interesado al fiel cumplimiento de la justicia humana.

Si queremos resolver los problemas inherentes a la infancia, debemos evitar las causas que la perturben en sus desviaciones fisiológicas, y debemos colocar la misma al cumplimiento integral de sus finalidades orgánicas.

Puntualizadas estas consideraciones, me permito observar que la conferencia internacional del trabajo, realizada en Wáshington en octubre del año pasado, entre otras cuestiones sancionó la reglamentación del trabajo nocturno de los menores. Admitió en consecuencia, que los menores podrán trabajar de noche en los establecimientos industriales, sujetos a ciertas prescripciones legales y relacionadas a una igual reglamentación de la edad de admisión de los mismos al trabajo.

El problema del trabajo nocturno de los menores, no puede plantearse y resolverse en las conclusiones sancionadas por la conferencia internacional del trabajo de Wáshington.

La biología, fisiología y la psicología humana, están en pugna contra ese desgaste intenso de energía que puede desplegar el niño en el trabajo industrial durante las horas de la noche, siendo dichas horas las que necesita el menor para la restitución en el descanso de sus integraciones vitales, que el trabajo en las condiciones antifisiológicas de la noche le quita, no haciendo desenvolver en él el juego integral de sus funciones; que capacita al despliegue de una energía vital cada vez más creciente y predisponiéndole, en consecuencia, a todas las taras degenerativas que en su exponente más acabado registran las enfermedades consuntivas, como ser la tuberculosis.

Es inútil que se establezcan ligas y dispensarios contra la tuberculosis, si se obliga al menor a trabajar de noche en los establecimientos industriales.

Tendremos ahí una fuente decisiva de incubación de la misma, fuente perniciosa de desequilibrio funcional que la ciencia registra y que es menester hacer sentir con una amplia conciencia social de previsión en el espíritu jurídico y político de los pueblos. Debe plantearse la faz jurídica de la cuestión, con una amplia mira de deber social, afirmando que la ciencia médica no puede aceptar el trabajo nocturno de los menores, velando por el bien de las generaciones humanas y por la salud de la raza.

Los estadistas han de rever sus condiciones legales para colocar la situación jurídica de los menores en el trabajo en concomitancia con los preceptos de la ciencia.

Los derechos de la vida del niño han de respetarse y cumplirse sus leyes constructivas, si queremos que la raza y la humanidad puedan sentir los efluvios físicos y morales que definan las horas futuras en el engranaje histórico de los derechos humanos.

¿Mienten los números?

Un irlandés que trabajaba para un manufacturero de Holanda, pidió un aumento de sueldo.—Si tú lo mereces —le dijo su patrón—te lo concederé con el mayor gusto. Pero veamos, Pat, lo que haces en un año. Hay 365 días en un año; tú duermes 8 horas cada día, lo que hace un total de 122 días de sueño, que, restados de 365 días, dejan 243. Después tienes 8 horas de descanso cada día, que hacen otros 122 días en un año, que, restados de 243, dejan un total de 121 días. Hay 5 domingos en un año y tú no trabajas en estos días. Descontando esto también, nos quedan 60 días. Tienes, además, 14 días feriados que, substraídos del último total, nos dejan 55 días. Tú no trabajas los sábados por la tarde; esto da un total de 26 días en un año. Resta también esto y te quedan 29 días. Ahora bien, tú empleas una hora y media en ir a almorzar, lo que hace, en un año, 28 días. Resta esto, y tienes un día. Yo siempre te dispenso de tu trabajo el día de la fiesta de San Patricio; ahora te pregunto, Pat, si todavía te crees con derecho a un aumento de sueldo.

Pat, contestó:—Bien, ¿qué diablos he estado haciendo en todo este tiempo?

Donde se vive en el fogón

Hogar, en nuestro idioma, significa lo mismo fogón que casa, pero entre una casa y un fogón media una diferencia inmensa. Esta comunidad de nombres tiene sin duda su origen en los tiempos en que el hombre vivía constantemente junto al fuego donde guisaba cuando vivía, en una palabra, en su fogón. Este estado de cosas todavía puede encontrarse en Finlandia. Cualquiera puede observar en dicho país que la vida entera se encuentra alrededor del fogón, especie de horno de tahona de más que regulares dimensiones. La parte posterior de este horno constituye la despensa y el guardarropa, y encima de esta habitación se hace la cama donde duermen los habitantes de la casa. De este modo, se tienen tres habitaciones en una: cocina, alcoba y despensa. Es el colmo del aprovechamiento del espacio y, como hemos dicho, la más acabada realización del concepto de hogar.

Casamientos en Mayo

Según las estadísticas, el número de matrimonios que se verifican en el mes de mayo es mucho menor que los de los otros meses del año.

Este miedo a contraer matrimonio en el florido mes tiene su fundamento en la antigua superstición de que mayo era un mes desgraciado. Durante siglos se ha creído así. Ovidio ya lo indica y hace notar que la plebe tenía horror al mes de mayo.

Los romanos daban varias razones de por qué este mes no era propicio para casarse.

Abril era el mes consagrado a Venus, junio a Juno, y como estas dos diosas eran propicias al matrimonio, podían ofenderse si las ceremonias matrimoniales se efectuaban en mayo, mes que estaba consagrado a Maya, la madre de Mercurio.

Otra explicación es que, los romanos se veían imposibilitados para celebrar las ceremonias matrimoniales en ese mes porque una multitud de festivales religiosos que en ese mes se verificaban no daban tiempo para dedicarse a otra cosa.

Esta superstición se extendió por toda Europa poco a poco y ha dejado sus semillas, pues es lo cierto que en la inmensa mayoría de las naciones de Europa se casa mucha menos gente en este mes que en los restantes del año.

Rodolfo PERACCA.

Reptiles empleados como arma de guerra

Luchando Aníbal, el gran cartaginés, con Eumenes de Pérgamo, y disponiendo de una flota muy inferior a la de éste, ideó un artificio que tal vez hoy no lo sancionaran las leyes de lo que hemos dado en llamar guerra civilizada.

Durante un armisticio supo Aníbal, por conducto de un confidente, cuál era el buque donde iba el rey enemigo, y mandó llenar de serpientes venenosas muchas vasijas de barro que fueron distribuídas entre los barcos de su escuadra, con orden de aproximarse a la galera de Eumenes.

Así fué hecho, y en el combate que se trabó los de Aníbal empezaron a arrojar tan extrañas bombas al puente del buque regio, cuya tripulación tomó a risa lo que ella creía proyectiles inofensivos; risa que se trocó en pánico en cuanto se hicieron presentes los reptiles. La galera capitana emprendió la retirada en cuanto le fué posible, y los comandantes de las demás, creyendo que su rey huía, se retiraron también, de suerte que Aníbal salió completamente victorioso a muy poca costa.

NO ES NADA EXTRAÑO



—Su cara me parece conocida.
—No sería extraño, señora; la tengo desde que era chico.

La fuga del "Tigre de Palermo"



I

¡3 de febrero de 1852!

He aquí una fecha recordatoria de uno de los acontecimientos más trascendentales de la historia política argentina, como que ella marcó la de la pusilánime fuga del tirano Rozas—digno epílogo de un régimen regresivo,—y el comienzo, puede decirse, de la verdadera y definitiva organización de la República.

Aun está latente en el alma del pueblo el recuerdo de aquella larga noche de tiranía, cuyo velo pugnaron por descorrer hombres eminentes y militares esforzados.

La empresa era colosal; no sólo se trataba de destruir la acción de un hombre, ni tampoco de anular el prestigio de un partido: se trataba de la supresión de un régimen oprobioso, sostenido con brazo férreo, y de alcanzar el triunfo de una época anárquica, encaminándola hacia la solidaridad de los pueblos, como único medio de conseguir la consolidación de los ideales democráticos.

Por eso, recordando el acontecimiento producido el 3 de febrero de 1852, se hace obra de justicia, al rendir un homenaje a los ciudadanos que, desde el surgimiento de Rozas al poder y, en aquel día inolvidable, asistieron al campo de los cruentos sacrificios, para devolver con su abnegación, los prestigios a esa patria, digna, bajo todo concepto, de alcanzar los beneficios que son consagrados a los pueblos que su libertad conquistan en medio de las clarinadas imponentes del combate.

II

El caos de 1820 trajo al escenario político argentino a don Juan Manuel de Rozas, en ocasión de la entrada del gobernador Martín Rodríguez a la plaza de la Victoria, a sangre y fuego. En sus filas se distinguió el famoso regimiento 5.° de caballería de campaña, *Los Colorados*, a las órdenes del comandante Rozas, ascendido, por dicho hecho de armas, a coronel de línea.

Alejado, después de este suceso, Rozas no hubiera vuelto a figurar, a no ocurrir la revolución unitaria de 1828, que le presentó la anhelada oportunidad de escalar el poder, para lo que solamente Dorrego era su obstáculo. Muerto éste, no tenía nada que temer; contaba con un ejército poderoso, y fácilmente habría de lograr lo que se proponía...

Por otra parte, las masas inconscientes de la campaña estaban de su lado. Lavalle le pedía la paz, y ella se celebró, acordándose el restablecimiento de la Legislatura que existía antes del 1.° de diciembre de 1828. Reunida ésta, uno de sus primeros actos fué nombrar gobernador y capitán general de la provincia de Buenos Aires, elección que recayó en don Juan Manuel de Rozas (diciembre 6 de 1829), con el empleo le *Brigadier General*, el dictado de *Restaurador de las Leyes* y con *facultades extraordinarias*.

Los tres años por que fué electo pasaron, habiendo observado durante ellos una conducta demasiado severa, suprimiendo la libertad de imprenta y de reunión, y aun varios institutos de enseñanza.

En 1831 celebró un pacto con los gobernadores de Santa Fe y Entre Ríos, por el cual debía regir el *sistema federal*, y que no era otra cosa que un pretexto para despotizar la República a su antojo.

Por fin, el 6 de diciembre de 1832, terminó su gobierno, sucediéndole el brigadier don Juan Ramón Balcarce, quien renunció poco después, concluyendo su período el general don Juan José de Viamonte, que también hubo de dimitir...

Como nadie quisiera aceptar el puesto que quedaba vacante—porque Rozas todo lo había preparado con astucia—el presidente de la Legislatura, doctor don Manuel Vicente Maza, ocupó el gobierno en octubre de 1834, desempeñándolo hasta abril del año siguiente, en que, Rozas, volvió a ser electo, con las mismas *facultades extraordinarias* que le concediera la Cámara de Representantes por pluralidad de votos, por no decir unánimemente, desde que sólo *tres* de sus miembros fueron los únicos que, con honestidad y patriotismo, se negaron a otorgarlos... He aquí los nombres de estos tres bravos patriotas, nombres que deberían aprender todos los argentinos y jamás olvidarlos: Juan José de Cernadas, Manuel Alejandro Obligado y Pastor Senillosa.

III

Encaramado nuevamente Rozas en el sillón gubernamental de Buenos Aires, fué desde esa fecha, 13 de abril de 1835, que quedó oficialmente inaugurado en el país el despotismo, que había de perdurar hasta el tronar de los cañones redentores de Caseros...

¡Diez y siete años infamó el suelo que le vió nacer!

Con su sistema odioso, vinculado a la asociación de bandidos *La Mazorca*, aterrorizó de tal modo, que el degüello, el espionaje, la delación, la confiscacion de bienes, le sirvieron de armas favoritas para mantener su predominio.

El puñal, con toda clase de humillaciones, apagó los ayes lastimeros de los mártires. Lavalle, Lamadrid, Gamboa, Acha, Alvarez, Paz, Crámer, Rico, Ramos Mejía, Castelli, Vega, Pringles, Grimau, Maza y otros muchos conspicuos ciudadanos se pronunciaron contra el bárbaro tirano. Pero todo fué inútil. Los que pudieron huir se refugiaron en Montevideo, Brasil, Chile y Bolivia. Los que no, fueron a poblar las inmundas cárceles del déspota, o a regar con su generosa sangre los campos memorables de los cruentísimos entreveros de la cruzada homérica por la liberación de la patria, que caía inmolada, día a día, por el Tiberio argentino.

No satisfecho con los nacionales, se encaró con los extranjeros, obligando a los franceses residentes en Buenos Aires, a servir en el ejército, lo que originó el bloqueo de todos los puertos de la Federación (marzo de 1838) y que terminó en octubre de 1840, por la celebración de un tratado de paz.

Un segundo bloqueo, anglo-francés, tuvo lugar en 1845, por idénticas causas. De esta fecha es el famoso combate de la *Vuelta de Obligado*.



IV

Sin embargo, los emigrados no descansaban: la estrella de la Esperanza les hacía prever el día no lejano de la redención de la patria. ¡Tanto llegaron a minar el poder del dictador, hasta expulsarle!...

Se distinguieron en tan humano y patriótico proceder, los doctores Florencio Varela (asesinado en Montevideo, en 1848), Valentín Alsina, Juan José de Cernadas, Domingo Faustino Sarmiento, José Mármol, Juan Bautista Alberdi, Esteban Echeverría, Juan María Gutiérrez, Bartolomé Mitre, Miguel Cané, Carlos Tejedor, y los generales José María Paz, Félix de Olazábal, Martín Rodríguez, Iriarte, Quesada y muchos otros ilustres argentinos que comían el pan amargo del destierro, y que, "incontaminados de los vicios de la época, consiguieron levantar el espíritu de *nacionalidad*, que parecía estar adormecido por la pesadilla real de la tragedia que iniciara y cerró el capítulo más luctuoso de la vida política argentina".

También la prensa ocupó su lugar prominente en esta lucha denodada y cruenta.

Los emigrados argentinos no podían dejar de acudir a la palabra impresa como el más eficiente instrumento de propaganda contra Rozas. De ahí que *El Constitucional, La Revista, El Nuevo Rozas, El Britania, El Comercio del Plata* y *El Nacional*, desempeñaran un rol importantísimo en la titánica cruzada.

Redactaba *El Comercio del Plata* el doctor Florencio Varela, quien, si no tenía las dotes periodísticas de su hermano Juan Cruz, por lo menos contribuía con su propaganda al levantamiento del espíritu público. Prueba inconcusa de ello es su vida inmolada al zarpazo traicionero de la imparangonable fiera de Palermo.

El Nacional tenía por redactor principal a don José Rivera Indarte, ciudadano que, en un principio, creyó de buena fe en los propósitos enunciados por Rozas, y que, poco después, en vista de la ruta que seguía, desarrolló una acción significante en beneficio de la reparación institucional de nuestro país.

¡Oh!—como ha escrito Joaquín Vedia:—la prensa de los desterrados—que todos fueron periodistas,—entrando en el país, había removido el fondo de las conciencias, había revelado a los ,culpables la infalibilidad de la justicia próxima, había puesto una esperanza en los buenos, y el miedo en los peores. Pues aquellos emigrados fueron y son la más grande, la más ilustre de las generaciones argentinas y, templados en la adversidad, fortalecidos en la lucha, inspirados en la soledad del destierro, exaltando en la nostalgia larga el amor de la patria, pudieron hacer todos y cada uno su propia divisa con la palabra del sublime expatriado: *A te fia buono averti fatta parte per te stesso.* Persiguiéndolos y dispersándolos, Rozas no se hizo tan sólo de enemigos implacables y terribles; hizo algo más, algo mejor que eso: preparó la clase de hombres necesarios al país en la situación moral y material en que él iba a dejarlo; será ese el único servicio que le deba su tierra. Ese grupo había levantado ya muy alto la voz para que no se le oyera, y el pueblo oprimido la oyó y la comprendió. La hora de la crisis de envilecimiento, de depresión, de miseria moral, había pasado ya, y todo estaba listo para la redentora jornada definitiva."

La postrer hora del ominoso poder del bárbaro tirano había sonado en el reloj de la patria. El anhelado instante de su merecido castigo se acercaba. La divisa de los libertadores se cumplía, a pesar de los esfuerzos que en su contra hacia el ya agónico régimen "rosista". ¡Los clarines y tambores "unitarios" ensayaban ya las dianas triunfadoras de "Caseros!"...

V

Llegamos, pues, al momento solemne en que la República Argentina va a definir su suerte. O sucumbe, a pesar del denuedo y la constancia de sus hijos proscriptos, o el mundo saludará alborozado la redención de aquel pueblo que, cuarenta y dos años atrás, surgiera "a la faz de la tierra", arrullado por la cálida y elocuente verba de los patricios de "Mayo".

El gobernador de Entre Ríos, don Justo José de Urquiza—que hasta entonces (1.° de mayo de 1851) fuera uno de los más temibles tenientes del tirano,—de acuerdo con la *Comisión Argentina*, de Montevideo, constituída por los beneméritos ciudadanos (ingratamente olvidados por sus pósteros): Julián Segundo de Agüero, Valentín Alsina, Juan José Cernadas, Ireneo Portela, Gregorio Gómez y Florencio Varela—levantó la bandera de la rebelión en nombre de la libertad y los principios *federales* que Rozas había falseado: prometió la reunión de un Congreso, la elaboración de una Constitución, según la voluntad del país, e hizo alianza con la provincia de Corrientes y las repúblicas Oriental del Uruguay y del Brasil. Y se lanzó en seguida, al frente de 5.000 soldados, a levantar el sitio que, desde 1843, pesaba sobre Montevideo por las tropas de Oribe: a su presencia, éstas se alistaron en las filas del Libertador (8 de octubre de 1851). Inmediatamente repasa el río Uruguay con 27.000 hombres, luego el Paraná, frente al Diamante, y entra por Santa Fe, que se pronunció en su favor, a la provincia de Buenos Aires, marchando sin resistencias hacia la capital, en tanto que el dictador, desorientado, amedrentado, reconcentraba sus fuerzas, en número de 22.000 plazas, en Santos Lugares y Caseros.

VI

Así las cosas, amanece el 3 de febrero de 1852, y el dios de la Victoria exorna con los laureles del triunfo las armas libertadoras.

He aquí cómo los historiadores Saldías y de Vedia han descripto los proemios y el epílogo de la memorable gran jornada:

"A las 8 de la mañana—dice el primero—el ejército de los aliados estaba formado en una loma frente a la que ocupaba el de Buenos Aires y en el orden siguiente: A la izquierda, cuatro batallones de infantería oriental, formados en columna, y un escuadrón de artillería a las órdenes del coronel César Díaz. En el centro, dos batallones de los capitulados en Montevideo, y remontados en Entre Ríos y Santa Fe, un escuadrón de artillería, y la división imperial brasileña, compuesta de seis batallones y un regimiento de artillería, a las órdenes del brigadier Manuel Márquez de Souza. Derecha, cinco batallones de infantería entrerriana y correntina al mando del coronel Galán, baterías de artillería, interpoladas entre las columnas de infantería, al mando del coronel Pirán y tenientes coroneles Bartolomé Mitre y González Fontes; y cuatro grandes divisiones de caballería correntina, entrerriana y brasileña, comandadas por los generales Lamadrid y Medina y coroneles Galarza y Avalos. A retaguardia del extremo izquierdo, las divisiones de caballería del general Juan Pablo López y coronel Urdinarrain. La derecha estaba a las inmediatas órdenes del general Urquiza. La batalla duró escasamente cuatro y media horas, debido a la resistencia opuesta por el centro rosista, constituído por la artillería y mandado por el coronel Martiniano Chilavert." "La tiranía—escribe, por su parte, de Vedia—fué allí vencida, definitivamente vencida. Rozas, retirándose del campo de la acción, remitió su renuncia, escrita a lápiz, a la Sala de Representantes, cuyos miembros iban poco después a rendir acatamiento al que habían declarado *loco y traidor* meses antes, en uno de los fantaseos de legislativo servilismo de que tantas pruebas dieron. Y el hombre que durante diez y siete años había ensangrentado y embrutecido a Buenos Aires y toda la República, salió aquella noche fugitivo de la ciudad que pudo decirle, y le dijo, que era suya *hasta la muerte.*"

VII

De esta manera, sonó en el reloj, hasta entonces parado, de la patria, la última hora del ominoso poder del siniestro "Tigre de Palermo".

Y, así, el verdugo de su tierra, mientras resonaban en sus oídos las dianas triunfadoras de las legiones libertistas y los gritos de júbiloso entusiasmo de los moradores de la ciudad redimida, huía cobardemente a refugiarse en un buque de la armada inglesa, para alejarse de las playas que tanto había envilecido y profanado, rumbo a la Gran Bretaña, en una de cuyas ciudades, Southampton, murió a los 84 años, el 14 de marzo de 1877.

En edad tan avanzada, ¿habrá sentido la voz acusadora de su conciencia y se le habrán presentado, como en macábricas visiones, los cuadros de sus crímenes horrendos?...

Huyó como hijo desnaturalizado, para morir en tierra extraña, maldecido por todos sus compatriotas, que cumplirán y harán cumplir, sí, no obstante los deseos insensatos de algunos de sus panegiristas, por los siglos y los siglos, las palabra proféticas del inmortal *Apóstrofe* de Mármol:

¡Ni el polvo de tus huesos
la América tendrá!

Gontrán **ELLAURI OBLIGADO.**

APUNTECITO ESTIVAL



—Amigo, hay que alejarse de Buenos Aires y sentir la frescura de alguna de las playas del sud.
—Pues hombre, sin ir tan lejos, ¿no tiene usted aquí la gran frescura de Hipólito?

MAR DEL PLATA, — Veraneo humorístico, por Alió.



Desfile de veraneantes.

EN BUSCA DE LA LUZ FRIA

Si podemos descubrir el secreto de la luz que produce el cocuyo, ciertos peces que habitan en las profundidades del mar y otros organismos luminosos, no solamente podemos reducir de un modo material la carestía de la vida, sino producir una luz segura, constante y barata para el alumbrado.

Este descubrimiento y su aplicación al uso comercial, será un paso de adelanto más grande que el dado por el descubrimiento de la luz eléctrica de Edison en 1878. La luz que ahora usamos a tan alto costo, fabricada por los gasómetros y las plantas eléctricas, representa solamente el quince por ciento de la energía que se gasta en fabricarla.

Esto significa que el 85 % del combustible utilizado fabricándola se desperdicia. Como el consumo anual del combustible para manufacturar la luz asciende a muchos millones de toneladas, está claro que en seguida que se economice, se reducirá el precio del carbón, y por tanto habrá un abaratamiento en ese combustible.

Los peces fosforescentes y los cocuyos usan el 99 % de su energía en la producción de esa luz. Además, una partícula de esa sustancia fosforescente, retiene su fuerza luminosa aunque esté diluída en agua cuya cantidad represente un millón setecientas mil veces su tamaño. Los doctores Maynard, N. Metcalf y Hoyt S. Hopkins de la Universidad de Ohio, se aproximan en sus trabajos al momento de arrebatar ese gran secreto a la naturaleza.

El resultado de sus experimentos se ha publicado en el boletín del Museo Nacional de los Estados Unidos. En dicho boletín los científicos describen varias clases de extraordinarios organismos luminosos que existen en todos los océanos del mundo y que califican como los organismos más brillantes de todas las masas de aguas marinas.

Esos doctores han aislado los organismos que producen esa luz, y sus esfuerzos están dedicados ahora a su análisis completo, con el objeto de reproducirlos sintéticamente, para el uso del alumbrado.

Ellos han descubierto que esa luz no solamente no da calor, sino que reproduce de un modo simultáneo con la iluminación, una baja temperatura en todo el medio que los rodea.

Esa extraordinaria cualidad de la "luz fría" ha sido investigada por William W. Coblenz en su gran estudio sobre el cocuyo, publicado por el instituto de "Carnegie" en Wáshington.

El doctor Coblenz, escribiendo sobre este extraordinario fenómeno, indica que la emisión de la luz de esa sustancia peculiar, puede decirse que va acompañada por la absorción del calor. Por ejemplo: un cocuyo lanza relámpagos luminosos 80 ó 90 veces por minuto, y causa un enfriamiento de 5 a 6 6 centímetros de variación en el termómetro delicado que se usa para medir el calor.

Pero hay otra especie de seres luminosos que parpadean lanzando relámpagos de luz, tres veces cada segundo, y dando un máximum de enfriamiento de 6 a 7 centímetros. Esta cualidad de luz fría es la que más ha confundido a la ciencia.

Los doctores Metcalf y Hopkins han hecho investigaciones en unas 213 colonias de esos organismos luminosos, que despiden el máximum de luz, y de ellos los experimentadores han podido definir trece especies y variedades distintas. El pequeño animalito que más cantidad de luz emite se llama "Pirosoma", y pertenece al grupo conocido como Tunicates. Se parece a la familia de los accidianos, la primera forma de vida que apareció en el mar, y que ha podido sobrevivir hasta el presente, completamente olvidado y sin que le molestaran los cambios y convulsiones de este errante planeta durante su carrera de millones de años.

Un pirosoma es del tamaño de una pulga. Su cuerpo está cubierto por una especie de túnica compuesta de células luminosas que brillan como una bombilla eléctrica, despidiendo todo el cuerpo esa luz uniforme. Este animalito está siempre iluminado, siendo en esto diferente al cocuyo, que parpadea alternativamente lanzando sus relámpagos en la obscuridad, sobre todo mientras está en el celo buscando a su compañera. Mas el pirosoma no tiene necesidad de buscar a su compañera, porque los dos sexos están combinados en un solo animal. Este pequeño ser pone sus huevos en un montón de zooides, o animálculos que forman colonia. La colonia se encierra pronto, debido a uno de los grandes milagros de la naturaleza, en una masa de gelatina que forma un pabellón sobre ellos, al que se llama túnica. Cuando el embrión rompe el huevo, se divide en cuatro brotes, y esos cuatro, cada uno en otros tantos, y rápidamente se constituye la colonia pirosoma. Cuando hay unos cien, forman un círculo achatado como un disco sobre el agua.

La túnica que los protege se desenvuelve inmediatamente, produciendo una especie de cadena con canales y tubos que sirven para la alimentación y para ventilar el agua en que se desarrollan esos seres. Cuando todo ha quedado concluído, se ilumina por completo el interior con una luz fría, de manera que los recién nacidos puedan estar perfectamente sin quemarse, y el autor de sus días abandona la colonia para ir á formar otra en algún lugar apartado, como harán exactamente los recién nacidos cuando se hayan desarrollado, abandonando la masa gelatinosa. Este es el movimiento continuo trabajando constantemente en la fabricación de la luz fría desde la superficie hasta el fondo del océano. Cada pirosoma completamente desarrollado queda convertido en un ser libre, provisto de sus aletas cubiertas de escamas tan finas que parecen pelos, y, a pesar de su pequeñez, tiene un corazón, vasos sanguíneos y aparato bronquial.

FIGURAS DE TURF



El vate Rufino Coll, miembro caracterizado de la "gran familia" y competente "entraineur" de "Buen Ojo".

El monarca más forzudo

Maximino I, que desde pastor llegó a ser emperador de Roma, fué, tal vez, el monarca de mayor fuerza física. La historia no dice cuánto pesaba; pero sí que tenía cerca de dos metros y medio de estatura. De sus proporciones puede juzgarse, sabiendo que las pulseras de su mujer le servían de sortijas, y no obstante su corpulencia y su peso, que indudablemente debía de ser enorme, fué el atleta más fuerte que ha existido.

Su hazaña más notable, y por la que se dió a conocer primeramente, la llevó a cabo una vez que fué a Francia el emperador Severo.

En aquella ocasión le pidió permiso el gigantesco aldeano para tomar parte en una lucha, en la que se ofrecía un premio al vencedor, y acto seguido derrotó a diez y seis de los luchadores más vigorosos. Entonces se le concedió permiso para alistarse en las filas del ejército, y un día que había recorrido muchos kilómetros, siguiendo al caballo del emperador, le dijo éste: "Tracio, ¿estás dispuesto a luchar después de esta carrera?" "Con mucho gusto", fué la respuesta, e inmediatamente venció a los siete soldados más fuertes del ejército.

El huerto del Canadá

En 1901, época en que se hizo una estadística, el Canadá poseía los árboles frutales siguientes: 15 millones de manzanos, 1.300.000 melocotoneros, perales 900.000, 2.400.000 ciruelos, 1.200.000 cerezos y 180.000 diversos, o sea un total de cerca de 21 millones de árboles frutales a los cuales hay que añadir 2.700.000 viñas.

Estas cifras se han aumentado desde entonces en enormes proporciones; sólo los propietarios de la Colombia inglesa han plantado 4.500.000 árboles en diez años. Calcúlase que en los huertos del Canadá hay actualmente treinta millones de árboles frutales que a razón de 125 francos de valor medio por árbol, representan un capital de 3.000.750.000 francos.

Bibliografía

Hemos recibido:

"Estudio del status civitatis de los extranjeros residentes en la Argentina", por Carlos A. Mansilla.

"Anfora llena", poesías por Agustín P. Rivero Astengo.

"De la penumbra íntima", poesías por Mauricio Antonelli.

"La religión", por Ernesto J. J. Bott. Publicación de la "Acción Socialista".

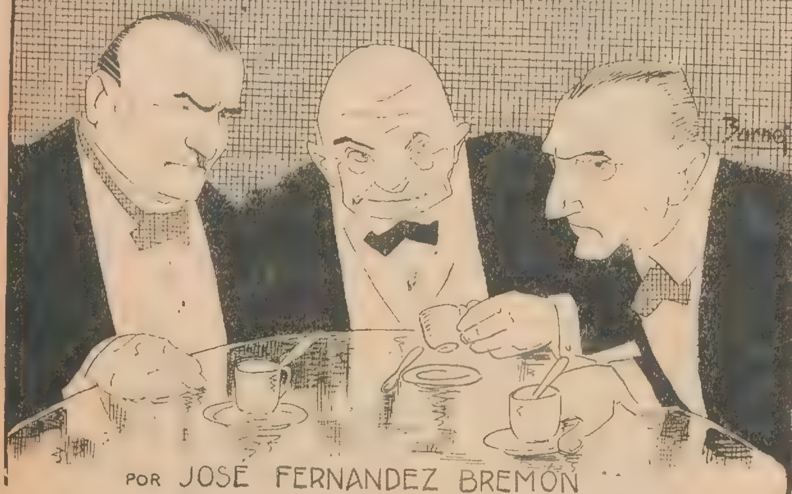
Boletín del ministerio de relaciones exteriores". —Noviembre de 1919. República Oriental del Uruguay.

"Boletín del ministerio de agricultura de la nación".—Tomo XXIV. Número 1.

"La novela semanal".—Año IV. Número 114.

"La novela cordobesa".—Año I. Número 15.

"Conferencia sobre espiritismo", por Cosme Mariño. Refutación a la dada anteriormente por el presbítero Ayala.



Era un viejecillo ochentón D. Caralampio; su cuerpo estaba en continua vibración; y no podíamos figurárnoslo en estado de reposo, habiéndolo visto siempre parpadeando con rapidez y como titiritando; su voz era temblona; su barba, sus quijadas y sus manos temblaban sin cesar. Estábamos en el café, cerca de la vidriera, cuando le vimos llegar con paso trémulo.

—¡Mozo!—dijimos.—La cafetera y el servicio, que ya está aquí D. Caralampio.

Y este aviso sirvió para que el viejo no tuviera que esperar; tomó la taza con ansia en sus manos temblorosas, no sin que chocase un rato en el platillo, se la llevó a los labios, y soltó una carcajada.

—¿Podemos saber la causa de ese regocijo?—preguntó mi amigo Pérez.

—Es un efecto del café—respondió alegremente.

—Nosotros le hemos tomado, y no estamos tan contentos.

—Ustedes tomarán café con leche; una golosina.

—Ninguno de los dos.

—O con azúcar.

—No, sino amargo.

—Pues entonces, le prueban nada más; para sentir la lucidez de este elixir maravilloso, hay que entregarse a él sin condiciones; tomar cincuenta tazas diarias, por lo menos, como yo.

—¿Y no ha muerto usted de una irritación?

—Sin el café no existiera hace ya tiempo. Este agradable temblorcillo que me mantiene en constante agitación, es el espíritu retozón y expansivo del café, con que sustituí el mío propio, cuando mi alma se alejó de mi cuerpo, hará diez años. Soy un cadáver que vibra a fuerza de café. Guárdenme ustedes el secreto o me enterrarán mis herederos.

Pérez y yo nos miramos sorprendidos, porque la palidez y demacración de don Caralampio hacían aquella broma verosímil.

—El café—prosiguió diciendo—no es sólo un bálsamo que me conserva incorrupto, sino el flúido vital que me anima infundiéndome la claridad mental que se llama doble vista. Por eso me reía hace un momento. Vosotros veis a los hombres tales como son en apariencia; yo, como son en realidad, bajo el influjo de los hábitos contraídos en su última encarnación. Todos los que en ella fueron plantas o animales, los veo adornados de la última cabeza que tuvieron.

—Entonces las gentes que ahora pasan por la calle se le representarán en formas muy extravagantes...

Pueden ustedes juzgar preguntando lo que gusten.

—Aquella señora tan elegante que se aproxima—le dije—parece una persona regular.

—Pues tiene cabeza de hormiga y lleva un aderezo entre sus garfios, que acaba de adquirir; estoy seguro de que nunca vuelve sin carga a su granero. Esas cabezas de hormiga abundan mucho, porque necesitan ir en procesión: el hombre que sigue a la señora lleva un recibo en sus tenazas; el otro un fajo de billetes, otro una col y otro un paraguas; ninguno ha perdido su viaje.

—¿Y aquel caballero tan majestuoso que anda con tanta gravedad?

—Es un elefante con sombrero de copa.

—Supongo que a esa linda señorita que va con su papá no le pondrá usted reparos—dijo Pérez.

—Sólo veo en sus hombros una mata de perejil, que hace las veces de cabeza.

—¿Y ese poeta romántico que ahora me saluda?

—Ese fué ciprés y debe sentir la nostalgia de las tumbas. Pero... Mucho cuidado con ese pobre lloroso que se acerca a pedirnos limosna: si se la dan, échensela en el sombrero, no les arranque un brazo con la boca.

—¿Pues quién ha sido?

—Un cocodrilo.

—Sí, se acerca arrastrando...

—Como que estaba acostumbrado a andar a rastras. Oigo vocerío. ¡Mozo! ¿Qué sucede?

—Un ladrón que acaban de prender —respondió el mozo.—Aquí le traen.

Don Caralampio no pudo contener la risa al examinar al delincuente conducido entre cuatro.

—¿Y esto le hace a usted reir?—le pregunté severamente.

—Hombre, ¿no me ha de hacer reir el grupo? Son cuatro zorros que llevan presa a una gallina.

—¿Qué mira usted ahora?—pregunté al viejo.

—Una hermosa cabeza de burro que se acerca. Siento no la vean ustedes: no pueden ustedes figurarse lo bien que encaja sobre un tronco humano el busto severo de un jumento. ¡Ah! ¿Le conocen ustedes? Perdonen si he sido indiscreto: pero son tan visibles las orejas...

—Debe estar usted equivocado: ese hombre es un sabio, que en todas partes figura, brilla y aconseja...

—Ni me retracto, ni deben ustedes extrañarlo. Conozco otro sabio que lleva un melón bajo las alas del sombrero: pasa por un cerebro privilegiado, y en vez de sesos tiene pipas.

—¿Puede usted decirnos qué cabeza tiene ese caballero?

—No distingo bien si es de atún o de bonito.

Era un ex ministro de marina.

—¿Y aquel otro?

—De tortuga.

Era el jefe del movimiento en un ferrocarril. No había duda: D. Caralampio tenía doble vista.

—Crean ustedes que ya nada me choca—decía;—pero he tenido muchos desengaños y sorpresas. Donde ustedes ven una dama delicada, yo distingo una cabeza de serpiente que quiere fascinarme con sus ojillos claros y su lengua de lanceta. Fuí a visitar a un senador, título y hombre que juzgué de sentimientos elevados, y me hallé con un cerdo grosero que gruñía por una ración de tronchos y patatas. ¿Y cuando entro en una grave academia y encuentro muchos sillones ocupados por monos, ardillas y otros animales trepadores? He hecho otras observaciones curiosas. Por ejemplo: la inclinación de los que han sido cucarachas a vestir el traje negro y de los que fueron galápagos a tirarse por un balcón o por el viaducto. Tenía un amigo perezoso y pegajoso y resultó que era un pobre caracol. En fin, no pueden ustedes figurarse lo pintoresco que es entrar en un salón de baile y ver los trajes vaporosos, fracs y uniformes, y sobre ellos, entre algunos rostros humanos, cabezas de loro, de jirafas, truchas, setas, abejorros, gansos, hipopótamos y micos.

—¿Y nosotros, D. Caralampio?

—Ustedes... ustedes son inofensivos: viven de noche y aman la sombra: sin duda en otra encarnación durmieron en racimos colgados de una viga.

—Es decir...

—Que habrán sido murciélagos. La concurrencia en las calles de Madrid cambia de noche y siempre llevo a esas horas mi revólver, porque entre los mochuelos, lechuzas y raposas que a esas horas cruzan por mi lado, pasan también lobos y hienas de ojos fosforescentes, que me miran con gula, enseñando los colmillos.

En aquel momento se oyeron gritos lejanos como de motín; las gentes espantadas y empezaron a cerrarse las tiendas y las puertas del café.

—¿Ven ustedes ese tropel que huye en primera línea dando el ejemplo de la fuga? Es una bandada de liebres, que corren siempre las primeras. ¿Ve usted detrás el grupo de los que alborotan? Todos ellos son perros de agua, mastines, falderos, alanos, godos y podencos. Detrás irá el montón de siempre: ya distingo sus cabezas lanudas y sus cuernos retorcidos: son los borregos que siguen siempre a los que gritan, sin saber adónde van. Pero ustedes me dispensarán si me retiro...

—Es aún temprano, don Caralampio. Espere un poco.

—Imposible. Acaba de entrar una señora en el café y le tengo miedo; ha reparado en mí; no puedo detenerme.

—¿Cuál es?

—Aquella que mira.

—En efecto: parece que le conoce a usted.

—Pues bien; es una araña y yo soy una mosca; permítame que vuele.

Y el viejo, trémulo y azorado, salió del café con toda la rapidez que le permitían sus temblores: la señora salió detrás, dándole caza.

Pocos días después, los periódicos anunciaron una boda: don Caralampio se había casado a los ochenta años de edad.

La mosca había caído en las redes de la araña.

Es muy posible que en época futura desaparezcan las famosas cataratas del Niágara, de que tanto esperan los ingenieros, porque el fondo del lago Erié, que las alimenta, se va hundiendo poco a poco, y llegará día en que el nivel de las aguas quede más bajo que las cimas de los acantilados desde donde saltan las cataratas. Si esto llegase a ocurrir, el río San Lorenzo, con cuyas aguas se forman, se convertiría en tributario del Missisipí.

MAL NEGOCIO



—¿Me concede, entonces, la mano de su hija?
—La mano, sí, pero sin nada adentro.

El "Buey gordo" de Carnaval

En París, como en todas partes, el anacrónico cuanto inexplicable Carnaval muere poco a poco, y si aún resuena en dicha ciudad por esta época la alegre carcajada del dios Momo, cubierta la testa por el encascabelado cucurucho del payaso, débese a la restauración, no muy lejana, del histórico cuanto abigarrado cortejo del "Buey Gordo", delicia del buen "badaud" parisién, tan entusiasta como cualquier otro papanatas, de esa clase de fiestas callejeras.

Este cortejo, en el que se gastan mucho dinero los gremios, el comercio y el municipio de París, tiene un origen remotísimo. Dicen los eruditos que es una reminiscencia del cortejo del "Buey Apis", instituído por uno de los faraones para recordar al pueblo los beneficios de la agricultura; ceremonia que heredaron griegos y romanos, transmitiéndola estos últimos a los galos.

Durante muchos siglos la fiesta tuvo un carácter sagrado, y se celebraba en el equinoccio de primavera, época en que el sol entra en el signo de Tauro; pero desde que comenzó a extenderse el cristianismo en Francia perdió su aspecto de fiesta pagana, convirtiéndose en diversión popular, basada quizá en un símbolo: el último triunfo de la carne antes del comienzo de los rigores cuaresmales. Ya en tiempo del rey Carlos V aparecía trasladada desde el 21 de marzo al miércoles de Ceniza, y era organizada por los prebostes de París, quienes facilitaban el gordo héroe de la mascarada y satisfacían todos los demás gastos de la misma. La primera descripción gráfica que encontramos de la curiosa procesión carnavalesca es del siglo XVIII, figurando en ella el abotargado buey cubiertos los lomos por enguirnaldadas gualdrapas, sobre las que va sentado un chicuelo disfrazado de amorcillo, al que se denominaba entonces "rey de los carniceros", por proporcionar este gremio la res destinada a encabezar la comitiva. Rodeando al buey avanza una porción de personajes grotescamente vestidos de turcos, romanos, sacrificadores, druidas y mosqueteros.

Un documento de la misma época dice que el cortejo recorría las principales calles de la capital, haciendo estación ante los palacios del rey y de los más significativos personajes de la corte; recordándose a este propósito que, en 1739, no habiendo encontrado en su casa los carniceros al presidente del tribunal supremo, encamináronse a él y penetraron ordenadamente en el edificio, con el "Buey gordo" en primer término, llegando hasta el salón de sesiones. Por cierto que el pacífico animal, asustado por el ruido de las voces, o quizá embravecido repentinamente al verse delante las togas rojas de los magistrados, dió un testarazo a sus conductores, y después de distribuir unas cuantas cornadas entre la concurrencia, escapó del recinto de las leyes y se entregó a una carrera desenfrenada por las calles de París.

La revolución de 1793, considerando esta mascarada resabio de tiempos que aborrecía, dió al traste con ella; pero Napoleón I la restableció en 1805 por un decreto en el que se fijaban todos los detalles de la ceremonia, hasta el peso del buey, el cual debía llegar a 1.400 libras. Los cronistas de entonces citan como notables, por el lujo desplegado, los cortejos del "Buey gordo" correspondientes a 1811 y 1812, volviendo a quedar en suspenso la fiesta en 1814, por razones de índole política, y a reaparecer al ocurrir la restauración.

Desde 1821 el buey ya no es suministrado por los carniceros, sino que se elige para la mascarada a la res más gorda presentada en un concurso que se celebraba (y sigue celebrándose) en Poissy, y en 1822 empieza a sufrir la fisonomía del cortejo radicales modificaciones. El amorcillo que antes aparecía sobre el "Buey gordo" lo trasladaron los organizadores a una carroza simbólica representando el Tiempo. Y la verdad es que el cambio no podía estar más justificado, pues en años anteriores habían sido numerosos los niños encargados del papel que murieran de pulmonía fulminante, debido a lo ligerito del traje, o que resultaran con la cabeza abierta por caerse de su movible asiento. Los turcos, mamelucos y salvajes de los antiguos cortejos fueron reemplazados por dioses y diosas del Olimpo, predominando, naturalmente, las Venus y las Dianas en atavíos nada compatibles con la temperatura que por esta época del año se disfruta en París.

Desde 1845 apareció la costumbre de dar al "Buey gordo" el nombre del libro, de la obra teatral, del acontecimiento saliente, o del hombre de moda. Inauguró la serie un "Péro Goriol", protagonista de una novela de Balzac, siguiendo luego un "Dagoberto", personaje de "El Judío Errante", un "Monte-Cristo", un "Aramis", un "Sebastopol", un "Solferino" y otros tantos títulos o nombres famosos. Beranger, Paul de Kock, Offenbach, Dennery, Scribe y Sardou, entre otros escritores o compositores célebres, tuvieron su "Buey gordo" correspondiente, y esto se exageró hasta el punto de que la sátira popular inventó un refrán graciosísimo relacionado con dicha costumbre: Nadie es nada—decía—si no ha sido "Buey gordo" alguna vez.

También alcanzó el uso a la prensa: hubo su "Buey gordo" "Figaro" y su "Buey gordo" "Evénement", para celebrar la fundación de ambos importantes diarios. Respecto a este último, hay una anécdota curiosísima. Parece que Villemesant, fundador del "Evénement", envanecido del éxito alcanzado por su reciente creación, no quiso que el cuadrúpedo que llevaba el nombre del diario fuese a parar al matadero como un buey vulgar. Al efecto, se decidió a comprarlo. Su espanto no tuvo límites cuando, al hacerse cargo de su adquisición al día siguiente, se encontró con un señor buey de 1.200 kilos de peso. Entonces se le ocurrió una idea genial: yéndose a ver al director del teatro del "Châtelet", le alquiló la res en 150 francos diarios para que la hiciese figurar en una revista que por aquellos días estaba muy de moda. Y los excelentes parisienses acudían en masa cotidianamente al teatro de referencia, pagando 6 y 8 francos por contemplar al mismo buey que habían ya visto gratis en las calles.

Durante los últimos años del segundo imperio, los cortejos relativamente modestos del "Buey gordo" llegaron a ser magníficas exhibiciones con centenares de comparsas vestidos de soldados romanos, "reitres", lansquenetes, mosqueteros de Luis XIII, guardias franceses, etc., y numerosas carrozas alegóricas.

El paseo, que nunca se había verificado sino el domingo o el martes de Carnaval, se prolongaba durante tres días, y a fin de nutrir las filas del acompañamiento, eran puestos a contribución los regimientos que guarnecían a París y los teatrillos de segundo orden.

Los comparsas de a caballo recibían un jornal de 10 francos; los de a pie 6 francos, y las Venus, las Junos o las Minervas, 7 francos indistintamente, esto es, sin consideración a su rango mitológico o a la cantidad de ropa aportada. Además, todos los actores de la carnavalada tenían derecho, antes de ponerse en movimiento la comitiva, a un almuerzo compuesto de pan, carne fiambre, queso y una taza de café; al que representaba al dios Baco, y sin duda por no incurrir en un contrasentido imperdonable, o porque estuviese más en carácter, se le hacía regalo de un litro de vino.

En cuanto al "Buey gordo", y dada su condición de héroe de la fiesta, se le trataba ricamente, obsequiándole con heno a discreción y con vino de Burdeos del más caro, en vez de agua.

Al llegar los terribles acontecimientos de 1870 palideció, como era natural, la fiesta, quedando suprimida al advenimiento de la República, y en suspenso continuó hasta 1896, en que quedó restablecida definitivamente bajo los auspicios del gremio de carniceros, y en general de los mercados de París, contribuyendo a aumentar su animación el protectorado más o menos directo de los artistas de Montmartre, quienes planean todos los años, organizan y dirigen, la vistosa y divertida mascarada.

Perros que no ladran

Cuéntanse por lo menos tres variedades de perros que no ladran jamás, y que son el llamado perro de cabeza de león, del Tibet; el perro de pastor, de Egipto, y el perro australiano.

Otro tanto ocurre con el perro de los indios-liebres que, según los naturalistas, desciende del coyote, y con el perro esquimal, que tampoco ladra, sino que se limita a aullar.

Este perro desciende de los lobos del país, y la raza se conserva pura gracias al cuidado que tienen los esquimales de cruzar las perras con lobos, hecho que comprueba el aserto de Quatrefages, según el cual, el ladrido lo ha adquirido el perro en domesticidad para hacerse entender del hombre, pues como dicho queda, ningún perro salvaje ladra, sino aúlla.

Indudablemente, el perro doméstico ha desarrollado de un modo considerable la gran inteligencia que posee en sus relaciones con el hombre, llegando a formarse con él cierto fondo común de ideas, que no emplea jamás con sus semejantes. También es indudable que el perro entiende muchas cosas que el hombre le ordena, y este mismo, por su parte, emplea con el perro un lenguaje especial que no es el suyo ni el del perro, al paso que éste, para hacerse comprender del hombre, emite también sonidos especiales, que forman el ladrido.

La novela mejor pagada desde que esa rama de la literatura existe fué la "Sapho", de Alfonso Daudet, publicada en 1884, por la que satisfizo al célebre escritor la casa editorial 1.250.000 francos.

EL TERNO GRIS

por Ramiro BLANCO

Al despertarse Gabriel aquella mañana, lo primero que pensó fué que tenía que hacer dos cosas: escribir una carta de amor y empeñar su terno gris.

Teníale lo primero desazonado y cavíloso. Declararse por escrito parece empresa fácil y al alcance de las más limitadas inteligencias; pero en caso tal estaba obligado a escribir una carta modelo de corrección y delicadeza; algo breve, discreto, velado... y no retahila de vulgaridades y cursilerías, indignas de la bellísima e ilustre dama en quien él había puesto los ojos.

Los negrísimos de "Solita" (que así la llamaban sus íntimos), hablábanle con sobrada elocuencia el mudo lenguaje del amor; pero él se decía modestamente:

—¿Quién soy yo, mísero estudiante de Derecho, morador de una vil casa de huéspedes, para aspirar a ser amado de tamaña beldad?

Mirábase al espejo y no se parecía mal del todo. Otros más feos andaban por el mundo sin asustar a la gente. ¡Qué demonio! Se decidió (como queda dicho) a escribir la carta.

Para hacerla llegar a su destino pensaba utilizar a la doncella de Solita, no menos almibarada y peripuesta, en su clase, que la aristocrática señora, detalle que Gabriel tuvo en cuenta calculando que le iban a salir muy caros los servicios que tan flamante doncella le prestara.

Por fortuna, el terno que iba a empeñar estaba casi nuevecito, y el préstamo sobre él daría lo suficiente para atender a la imperiosa necesidad de una espléndida propina.

Sintióse inspirado aquella mañana y en un dos por tres redactó la epístola, tal y como en su caletre la tenía de tiempo atrás bosquejada.

Cuatro palabritas bien puestas, compendio y resumen de sus aspiraciones. El párrafo más substancioso decía:

"Para dar este paso... ¡cuánto he luchado conmigo mismo! Pero presumo de leer en los ojos, y los de usted me revelan tesoros de sensibilidad; me dicen que es usted buena y caritativa, que no querrá usted abandonar a un desdichado..."

Estos renglones resultaban un tantico anfibológicos, mas él los dejó así, pensando que en esa misma vaguedad estaba el quid de la cosa, y que al buen entendedor con media palabra basta.

Si esta verídica narración hubiera de ser escrita en forma de novela, explicándose todos los incidentes con sus pelos y señales, vendría ahora como de molde que el autor diera aquí fin a un artículo, comenzando otro bajo este epígrafe, según la antigua usanza:

"De cómo nuestro héroe empeñó el terno gris, guardando cuidadosamente la papeleta en el bolsillo, y puso en manos de la doncella ocho pesetas y la epístola tan largamente meditada".

Pero no es cosa de detenerse en tan nimios detalles y volvamos a encontrar a Gabriel en su habitación, donde todo el día estuvo encerrado, lleno de impaciencia y asomándose no pocas veces a la ventana por ver si veía llegar a la linda portadora de la contestación y con ella la más grata de las noticias.

Lo que es como enamorado, si que lo estaba el chico.

A la caída de la tarde ¡por fin! entró la patrona en la habitación, trayendo en una mano la suspirada esquelita, muy coquetona y perfumada, y en la otra un envoltorio.

¿Qué mil diablos de lío era aquel? ¿Por qué se lo traían?

Apresuróse a deshacer los nudos... y se quedó con tanta boca abierta... ¡Era el terno gris!

Rasgó con temblorosa mano el sobre de la carta y leyó:

"Caballero: La mento su estrechez y le envío con gusto su ropa desempeñada, pues para eso, sin duda, me remitió usted dentro de su carta la papeleta de empeño.

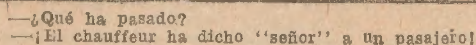
"No merecía la pena de que se tomase usted el trabajo de leer en mis ojos la caridad ni la sensibilidad, ni la bondad, ni menos el haber seguido mis pasos durante tanto tiempo... para recabar de mí tan pequeño favor.—S."

Gabriel se dejó caer anonadado sobre la cama, y tirándose de los pelos exclamó a semejanza de los personajes de comedia de enredo:

—¡Todo lo comprendo ahora! ¡Horror! ¡He metido atolondradamente la papeleta de empeño dentro de la amorosa misiva!

Ramiro BLANCO.

INCREIBLE



—¿Qué ha pasado?
—¡El chauffeur ha dicho "señor" a un pasajero!

Cómo se curan los mordiscos

Cuando muerde una serpiente no hay que perder tiempo tratando de matarla, sino rasgar la ropa para dejar la herida al descubierto cuanto antes. Con un cuchillo bien afilado se abren los agujeros hechos por los dientes del reptil, cortando a lo largo y hacia afuera, para que salga bien la sangre. También se consigue el mismo resultado chupando la herida, pero este sistema es menos eficaz.

Luego se lava la parte lesionada, y se lleva al paciente a que lo vea el médico lo más pronto posible, conservando la presión sobre la herida.

Cuando muerde un gato, un perro, etc., se lava primeramente la herida y se aplica polvos de cuerno de ciervo. Si el animal estaba enfermo, chúpese la herida después de limpiarla.

Para las picaduras de ciempiés, tarántulas, etc., se aplica los polvos de cuerno de ciervo o sal común. Si la herida duele mucho, hay que consultar con el médico.

Dr. Vaca NARVAJA.

Ceniza en lugar de sal

Existe un pueblo que sazona sus alimentos con ceniza, y la razón de, al parecer, tan extravagante costumbre es como sigue: los negros del Ubanghi, en el Africa ecuatorial, no desconocen el empleo de la sal de cocina, cuyas propiedades aprecian tanto como los pueblos civilizados. Lo que ocurre es que dicha región se halla muy lejos del mar y de los lagos salados, debido a lo cual tienen que procurarse sus naturales la sal por mediación de los traficantes árabes, quienes se aprovechan de su monopolio para explotar a los pobres negros de un modo inicuo. Y como éstos no pueden pasarse sin sal, han vuelto a la costumbre de reemplazarla por las cenizas de ciertas plantas, calcinadas en recipientes cerrados. Por desgracia para los consumidores, las tales plantas contienen muy poca sosa, siendo en cambio muy ricas de potasa, cuyo carbonato hace entre los indígenas del Ubanghi el papel de cloruro de sodio. Lo más singular del caso es que las sales de potasa tienen fama, ampliamente justificada, de ser venenosas. Un europeo no las ingeriría sin experimentar, aunque la dosis fuera pequeña, graves trastornos intestinales, en tanto que los naturales del Ubanghi las consumen en grandes cantidades sin que les produzcan el más leve daño.

Pueblos que aclaman al sol

Bossekop es una pequeña población situada en la Laponia, no lejos del cabo Norte y más allá del círculo polar, donde el disco del sol queda completamente invisible desde el 17 de noviembre. Durante algún tiempo, una luz crepuscular ilumina aún al mediodía el contorno meridional del horizonte, con una claridad apenas perceptible; pero hacia el 21 de diciembre, hasta esta luz desaparece en absoluto.

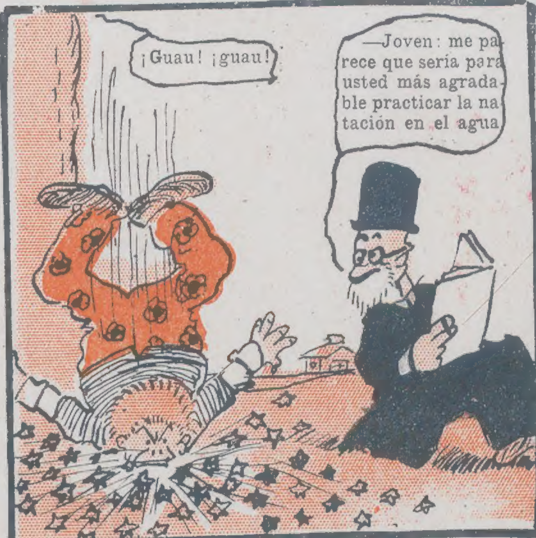
A principios de enero, esta dudosa claridad reaparece, aumentando por grados, hasta que el último día del mes empieza a verse de nuevo el disco solar.

Su primer rayo es acogido con aclamaciones de júbilo por toda la población, que lo espera impaciente en las ventanas y en todos los puntos elevados. Aquel día se considera festivo, se suspende toda clase de trabajo, se baila, se felicitan los vecinos mutuamente y se bebe a la salud del sol, cuyo valor se aprecia mejor después de su larga ausencia. Además, ese día se pagan las apuestas que durante todo el mes se han hecho sobre la marcha de los relojes, pues como no ha habido medio de comprobarlos durante dos meses y medio, casi todos aparecen atrasados o adelantados con exceso.

Entre los materiales de construcción no existe ninguno tan duradero como el ladrillo, cuando está bien hecho. En el Museo Británico se conservan algunos encontrados en las ruinas de Ninive y Babilonia, que no presentan el menor signo de deterioro ni de disgregación, aun cuando por aquel tiempo no se quemaban ni se cocían al horno, sino que, sencillamente, se ponían a secar al sol.

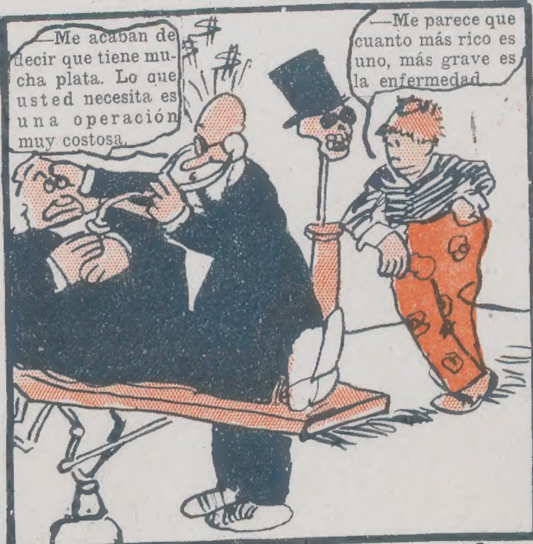
"CARAMELO EN LA MALA"













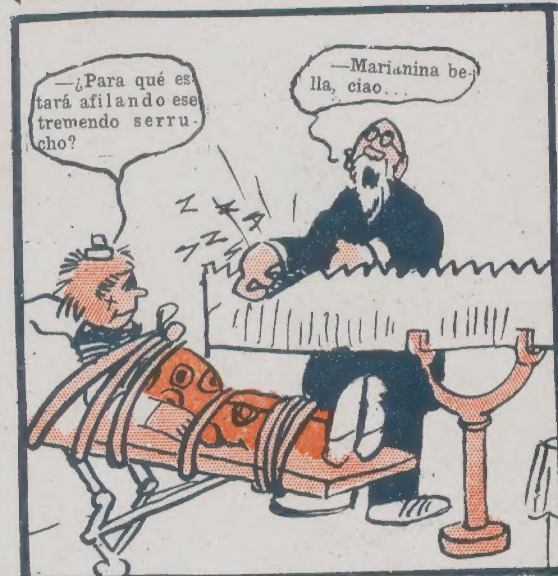




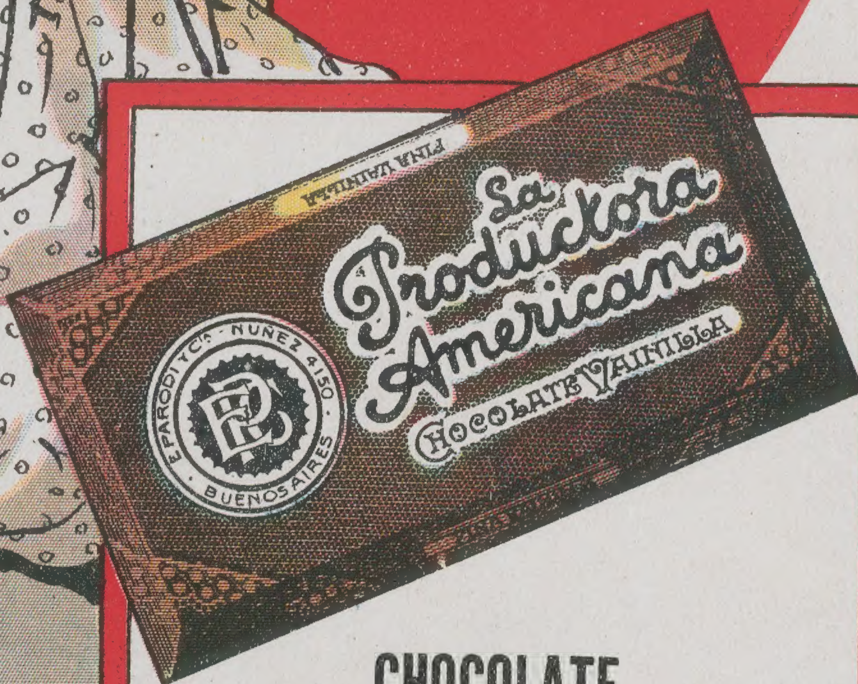








Talleres heliográficos de Ricardo Radaelli, Paseo Colón, 1266—Buenos Aires



CHOCOLATE

La Productora Americana

Su éxito creciente no se debe a una acción milagrosa, sino a una lógica consecuencia. En la excelente calidad de su materia prima, y en el escrupuloso procedimiento seguido en su elaboración, radica el secreto de su triunfo. El público, que así lo advierte, emite su fallo soberano.

E. PARODI y Cía.

RIVADAVIA 620 BUENOS AIRES